

**ERIC HOFFER**

## El Verdadero Creyente

Sobre el Fanatismo y los Movimientos Sociales

Traducción de  
ADELA GARZÓN PÉREZ

Prólogo  
JULIO SEOANE REY

*A Margaret Anderson sin cuya estimulante ayuda  
a través de un continente no se hubiera podido  
escribir este libro*

El hombre quiere ser grande, y se ve pequeño; quiere ser feliz, y se ve miserable; quiere ser perfecto, y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser objeto de amor y de la estima de los hombres, y ve que sus defectos no merecen sino su aversión y su desprecio. Esta situación embarazosa en que se encuentra produce en él la más injusta y criminal pasión que es posible imaginar; porque concibe un odio mortal contra esta verdad que le reprende y le convence de sus defectos.

—Pascal, *Pensées*

Y tenían betún en lugar de argamasa.

—Génesis 11

## ÍNDICE

PRÓLOGO: EL FANATISMO DE ANTES Y DE AHORA, por Julio Seoane

PREFACIO

### PARTE 1. EL ATRACTIVO DE LOS MOVIMIENTOS DE MASAS

- I. El deseo de cambio
- II. El deseo de sustitutos
- III. El carácter intercambiable de los movimientos de masas

### PARTE 2. EL CONVERSO POTENCIAL

- IV. El papel de los indeseables en los asuntos humanos
- V. El pobre
  - El nuevo pobre
  - El desesperadamente pobre
  - El pobre libre
  - El pobre creativo
  - El pobre unido
- VI. Inadaptados
- VII. El egoísta inmoderado
- VIII. El ambicioso frente a oportunidades ilimitadas
- IX. Minorías
- X. El aburrido
- XI. Los pecadores

### PARTE 3. ACCIÓN UNIFICADA Y AUTOSACRIFICIO

- XII. Prólogo
- XIII. Factores que impulsan el autosacrificio
  - Identificación con una totalidad colectiva
  - Simulación
  - Desprecio del presente
  - “Cosas que no son”
  - Doctrina
  - Fanatismo
  - Movimientos de masas y ejércitos
- XIV. Agentes unificadores
  - Odio
  - Imitación
  - Persuasión y coerción
  - Liderazgo
  - Acción
  - Sospecha
  - Los efectos de la unificación

### PARTE 4. COMIENZO Y FINAL

- XV. Hombres de palabras
- XVI. Los fanáticos
- XVII. Los hombres prácticos de acción
- XVIII. Buenos y malos movimientos de masas
  - La repugnancia y esterilidad de la fase activa
  - Factores que determinan la duración de la fase activa
  - Movimientos útiles de masas

## PRÓLOGO

### EL FANATISMO DE ANTES Y DE AHORA

Sabemos desde hace tiempo que cuanto más se cita un autor, menos se lee. Esto es precisamente lo que le ocurre a Eric Hoffer, siempre citado, siempre presente en los repertorios de frases célebres, con cientos de páginas sobre aforismos en Internet, pero en general poco leído y mucho menos entre nosotros. Por eso merece la pena publicar ahora su principal obra, *El verdadero creyente*, en un momento social y cultural que proporciona especial significado a su pensamiento. El fanatismo nunca desaparece, pero a veces se disfraza de progreso y modernidad, de conocimiento verdadero y voluntad de creer, hasta que el verdadero creyente vuelve a enseñar sus afilados dientes y una vez más nos coge de sorpresa. Por eso necesitamos reconocerlo, antes y ahora, y Hoffer es una ayuda inestimable para espabilar nuestra conciencia y refrescar nuestra memoria sobre la multiplicidad de formas que adopta el fanatismo, incluidas las del momento actual.

#### ***Un famoso desconocido***

Hoffer es, además, un ejemplo en sí mismo de la conveniencia de creer sin prisas y con cierta desconfianza o, al menos, con espíritu crítico, porque nada en él es claro y evidente. Fue un trabajador, bracero y jornalero en granjas y puertos, convertido de pronto en filósofo preclaro por los años cincuenta, a raíz de la publicación de su primer libro, y también héroe popular a través de una serie de entrevistas en la televisión americana. Parecía conservador en algunas de sus opiniones, sobre la lucha racial o las protestas estudiantiles, pero era progresista en la defensa de una sociedad libre compuesta de individuos autónomos y creativos. Un intelectual con docenas de cuadernos abarrotados de notas sobre libros, más de los que parece posible leer, pero sin haber pasado nunca por la escuela, sin educación formal, ni maestros, grupos o academias. La primera mitad de su vida, alrededor de cuarenta años, es un misterio adornado de múltiples anécdotas divulgadas por él mismo, sin certificado de nacimiento, documentación pública o amigos y conocidos que lo recuerden. Después, otros cuarenta años, es un filósofo, un personaje de televisión, con reconocimientos presidenciales y miembro de comisiones relevantes sobre temas públicos. Resulta fácil y tentador verlo como un hombre hecho a sí mismo, uno de los ideales americanos, pero a casi todos se les nota mientras que él lo lleva con una naturalidad sorprendente.

Parece ser que nació en 1898, posiblemente en Nueva York, y no en 1902 como aparecía hasta hace poco en todas sus referencias biográficas, al menos esto es lo que se afirma desde la Institución Hoover de la Universidad de Stanford, que adquirió todos sus papeles y trabajos en el año 2000, archivos que aclaran muy poco de su biografía más allá de lo que el propio Hoffer relata sobre sí mismo. Sus padres eran de origen alemán, quizá alsacianos, y él podía leer tanto en alemán como en inglés, aunque pronunciaba siempre con un ligero acento alemán. Su madre murió cuando él tenía unos siete años, precisamente cuando perdió la vista por razones desconocidas y que recuperó espontáneamente a los quince años. En este suceso se basa Hoffer para explicar su hambre de lectura a partir del día en que volvió a ver, puesto que no sabía si volvería a perder la visión en cualquier momento. Su padre era ebanista y murió cuando él tenía unos diecisiete años. Se ocupó de él una tal Martha Bauer, inmigrante alemana que regresó a su patria hacia 1920, donde desaparece su pista definitivamente.

Durante las décadas de los años veinte y treinta, Hoffer decide viajar por todo el país, trabajando de jornalero en el campo, de minero o de cualquier otra ocupación

eventual a lo largo de California, Oregón y Washignton, hasta terminar de estibador en el puerto de San Francisco, desde 1942, según parece después de haber sido rechazado por razones médicas para alistarse y luchar contra Hitler. Durante esas dos largas décadas, Hoffer recorre el país a lo largo de ciudades y pueblos, caminos y granjas, leyendo cientos de libros en bibliotecas públicas y librerías, tomando notas y perfilando ideas en las estaciones a la espera de algún tren de mercancías o en las carreteras aguardando autobuses o camiones que le llevaran de un sitio a otro. De las docenas de cuadernos de notas que consiguió reunir por este procedimiento nació *El Verdadero Creyente* y algunos libros más, así como varias decenas de artículos. Un sistema de trabajo realmente increíble el que nos relata Hoffer, más adecuado para el argumento de un *road movie* intelectual y no tanto para una mente culta y disciplinada como demostró tener a través de sus frases y sus escritos sobre el comportamiento social y político.

Después de algunos intentos fallidos, consigue publicar en 1951 *The True Believer*, la obra que le lanza a la vida pública y, en esta ocasión, una vida convenientemente documentada. Le siguen otros libros, difíciles de cuantificar porque algunos son reprints de artículos ya publicados o fragmentos de obras anteriores. En 1955 aparece *The Passionate State of Mind*, un conjunto de aforismos sobre los temas recurrentes de la obra anterior. *The Ordeal of Change* es de 1963 y se preocupa especialmente por el efecto que producen los cambios radicales sobre las actitudes del individuo y sobre los movimientos de masas. En 1967 recoge una colección de artículos sobre temas de actualidad bajo el título de *The Temper of our Time*, temas que ya tenía anotados en cuadernos de años anteriores y que publica más tarde de forma íntegra en *Working and Thinking on the Waterfront* (1969). De la misma forma que *First Thing, Last Thing* es una colección de ensayos ya publicados en revistas y periódicos sobre la ciudad y sus consecuencias sobre el hombre, un tema muy querido y recurrente entre los intelectuales norteamericanos. Estas consideraciones sobre la naturaleza humana se repiten en *Reflections on the Human Condition* (1973), esta vez más estructuradas y sistemáticas. *In Our Time* es de 1976 y recoge una serie de ensayos breves sobre la clase media, los planteamientos raciales, el comercio a través de la historia y otros temas de actualidad. *Before the Sabbath* (1979) tiene forma de diario y se replantea, una vez más, la crisis social de su época. Otro compendio de sus ideas anteriores, incluyendo el texto del Verdadero Creyente, aparece en *Between the Devil and the Dragon*, ya en 1982 hacia el final de su vida. Después de su muerte, en mayo de 1983, se publica *Truth Imagined*, una autobiografía donde demuestra su habilidad narrativa y capacidad de entretenimiento contando historias sobre su vida. Resulta inevitable, por mucho que uno intente contenerse, contraponer el largo recorrido desde su primera obra hasta la última, desde los peligros de la verdad en la creencia hasta el deleite de la verdad en la imaginación, quizá el tema básico de su odisea psicobiográfica.

Al margen del reconocimiento intelectual, también conoció algunos honores sociales, aunque sin abandonar nunca su estilo sencillo y su vestimenta de trabajador portuario. En 1967 fue invitado a la Casa Blanca por el entonces presidente Johnson y un año después le designaba como miembro de la Comisión Nacional sobre las Causas y Prevención de la Violencia. El 23 de febrero de 1983, unos meses antes de su muerte, recibió la distinción de la Medalla Presidencial de la Libertad, otorgada en esta ocasión por el presidente Ronald Reagan.

### ***El Verdadero Creyente***

La primera y principal obra de Hoffer tiene una serie de argumentos y matices que sólo se pueden apreciar leyéndola con parsimonia. Sin embargo, su razonamiento es relativamente simple.

En primer lugar, distingue tres etapas evolutivas en los movimientos de masas: la fase de *preparación*, protagonizada por aquellos que usan la palabra hablada o escrita, los que denomina como “hombres de palabras”, que critican y desprestigian la si-

tuación actual. La fase de *expansión* o etapa activa del movimiento, en la que Hoffer centra la mayor parte de su análisis y que está alimentada por el fanático o verdadero creyente. Y, por último, la fase de *consolidación*, etapa final del movimiento que desarrollan los hombres prácticos de acción.

En segundo lugar, el fanático que caracteriza la fase activa de los movimientos es un individuo frustrado, con una concepción peyorativa de sí mismo y harto de soportarse, que se une al movimiento para liberarse de su inútil vida y tener un motivo por el que luchar y destruir en nombre de una causa que considera sagrada. El verdadero creyente se caracteriza por el fanatismo, el entusiasmo, la esperanza apasionada, odio e intolerancia, fe ciega y lealtad sincera.

En tercer lugar, y esta es una de las tesis más polémicas, todos los movimientos de masas son intercambiables entre sí, se transforman fácilmente en cualquier otro posible. Según sus mismas palabras, aunque existen diferencias evidentes entre el cristiano fanático, el mahometano fanático, el nacionalista fanático, el comunista fanático y el nazi fanático, es cierto que el fanatismo que les anima se puede entender y tratar como si fuera el mismo.

Por último y en cuarto lugar, Hoffer se considera en la obligación de reconocer, aunque sea en breve espacio y al final de la obra, que los movimientos masivos son una enfermedad del alma, pero también un instrumento de resurrección para salvar las sociedades y las naciones de la muerte. Es decir, que el fanatismo, un invento judeo-cristiano según cita de Haldane, es necesario para el renacimiento de sociedades estancadas o agonizantes.

Todas y cada una de estas tesis son especialmente polémicas y tienen una larga tradición en la investigación social, por lo que son ya bastante conocidas. Pero merece la pena destacar algunos aspectos para valorar adecuadamente la perspectiva personal de Hoffer. Para empezar, sería conveniente recordar el ambiente social que proporciona sentido a estos argumentos.

### ***El contexto de Hoffer***

A principios de los años cincuenta y prácticamente durante toda esa década, estaba todavía presente la reconstrucción social, económica y política de una guerra mundial cuyas proporciones nunca se habían conocido. Sin embargo, como sentenció Jung (1945), antes de la reconstrucción viene el desescombro, que también incluye la reflexión sobre lo ocurrido. Y a esa tarea se dedicaron muchos autores que intentaban explicar lo que había ocurrido, cómo era posible que hubiese ocurrido, qué ideología, doctrina o causa sagrada podría justificar cincuenta millones de muertos o, mejor quizá, qué patología se había extendido por el mundo y cuál era la terapia y sus posibles vacunas. Aunque desde aquí y ahora, comenzado ya el siglo XXI, todas aquellas reflexiones nos parecen insuficientes y hasta quizá ingenuas, en realidad cumplieron su función de tranquilizar conciencias, despejar responsabilidades e infundir nuevas esperanzas para afrontar el futuro. Uno de los intentos más conocido y mejor conseguido de esa época para limpiar los escombros de la catástrofe apareció un año antes del *Verdadero Creyente* de Hoffer, y fue realizado por Theodor Adorno, filósofo, marxista y sociólogo, junto con un amplio equipo de colaboradores e investigadores, que concluyó con la publicación de *La Personalidad Autoritaria* (1950). La devastación, la masacre y el holocausto de la guerra tenían su fundamento, entre otras cosas, en una personalidad patológica, contagiosa como la peste, y configurada por factores sociales y psicológicos que la convierten en vulnerable a la propaganda fascista. Una especie de verdadero creyente del movimiento nazi y fascista, cuya gravedad se puede medir mediante una escala psicológica denominada Escala F o Escala de Fascismo.

Pero la obra de Adorno, quizá la más completa e influyente del momento y durante varias décadas, tenía diversos antecedentes con orientaciones más o menos similares, como por ejemplo Stagner (1936), Maslow (1943) o Edwards (1944). Sin embargo, entre estos antecedentes destacan por su especial impacto *El miedo a la libertad*

(1941) de Erich Fromm que, preocupado por las relaciones entre condiciones socio-económicas, carácter e ideología, percibe miedo en el ciudadano moderno a la libertad conseguida al soltarse de las ataduras de la sociedad tradicional y, en consecuencia, sentirse más sólo y aislado. En cualquier caso, el precedente más importante y con la honestidad intelectual que concede anticiparse a la historia, a los acontecimientos que estaban por desencadenarse, es *La psicología de masas del fascismo* (1933) de Wilhelm Reich, una obra que influyó sin duda tanto sobre Fromm como sobre Adorno, y que plantea el fascismo como la expresión política de las personas frustradas, el “pequeño hombre” reprimido dentro de una sociedad autoritaria (Collier et al., 1991).

La presente obra de Hoffer aparece dentro de este contexto, las reflexiones y replanteamientos después de la catástrofe, pero no hace referencia a ninguno de estos autores, ni siquiera a Fromm, el más divulgado y reconocido en América, editado en inglés en 1941, algo realmente curioso en un hombre con los hábitos de lectura de Hoffer. Sin embargo, en su planteamiento del fanatismo, habla continuamente del frustrado aunque se cuida mucho de señalar que no utiliza el término en sentido “clínico”, que en la época significaba realmente en sentido psicoanalítico. En todo caso, es cierto que Hoffer va más allá del fanatismo nazi, puesto que habla también del verdadero creyente cristiano, mahometano, nacionalista, comunista o revolucionario y, en este sentido, su descripción abarca un tipo genérico, intemporal, que no está limitado por determinados acontecimientos históricos. Pero resulta difícil olvidar que pronunciaba el inglés con un ligero acento alemán y que le preocupa Hitler hasta el punto de mencionarlo más de setenta veces a lo largo de esta obra, unos indicios suficientemente claros como para suponer la génesis de las ideas de Hoffer.

### **Las tesis polémicas**

La descripción que hace Hoffer del fanático, del creyente que está dispuesto a todo por su causa sagrada en la medida en que constituye su salvación personal, la causa verdadera y única, es una descripción brillante y sugestiva tanto por el impacto de sus frases como por el contenido de sus argumentos. Pero también es conveniente reconocer que contiene, al menos, dos tesis polémicas. La primera es que todos los movimientos de masas son intercambiables, es decir, que fácilmente se transforman en otro cualquiera. La segunda es que el verdadero creyente es un converso potencial, es un tipo único, un individuo frustrado que puede defender esto o lo otro, pero sigue siendo el mismo al margen de la causa que defienda. En el fondo es una única tesis, puesto que los movimientos de masas están compuestos por el mismo tipo de individuo y eso hace que sean equivalentes entre sí. Por supuesto que reconoce que hay doctrinas mejores y peores, benignas y perversas, pero en la fase activa del movimiento, en la etapa de expansión, en el momento en que es un movimiento de masas propiamente dicho, todas son iguales y están compuestas por las mismas personas. ¿Realmente son iguales el nazismo y el cristianismo, el comunismo y el islamismo, el judaísmo y el nacionalismo, o cualquier otra combinación posible? ¿Es el mismo fanático el nazi que el comunista, el cristiano que el judío, el islámico que el nacionalista?

La desconfianza de Hoffer y del propio entorno americano de la época por las masas en movimiento tiene dos raíces distintas. Por un lado, la influencia francesa en América, en las primeras décadas del siglo XX, a través de la divulgación de las ideas de Gustav Le Bon, Gabriel Tarde o el propio Émile Durkheim, poniendo de moda los conceptos de sugestión, contagio, imitación, sonambulismo social o mente de grupo. La idea de que el individuo recibe de forma pasiva las ideas de su entorno fundamenta una cierta prevención contra la democracia de masas, un recelo que recorre el pensamiento americano desde sociólogos progresistas como Edward Ross, citado por Hoffer en la obra que presentamos, hasta otros más conservadores como David Riesman que publica en 1950 su conocida *Muchedumbre solitaria*. El verdadero creyente de Hoffer recuerda en muchos aspectos esta tendencia americana de prejuicio contra las masas.

Pero existe otro origen más cercano a Hoffer que influye en su percepción de movimientos de masas intercambiables y de fanáticos indiferenciados o conversos potenciales. Nada más acabar la Guerra Mundial comenzó la otra, la que Walter Lippmann bautizó como *Guerra Fría*, con toda la parafernalia concomitante de Actividades Anti-americanas, caza de brujas de McCarthy, *telón de acero* y demás estrategias que enfrentaron a las dos grandes ideologías vencedoras, la comunista y la capitalista, según términos al uso de entonces. Ese ambiente influyó rápidamente en los intelectuales de la época, “hombres de palabras” al fin y al cabo, que se apuntaron raudos a la lucha criticando, por ejemplo, a la *Personalidad Autoritaria* por estar demasiado sesgada hacia el autoritarismo de derechas, cuando también existía un autoritarismo de izquierdas. Edward Shils (1954) es uno de los primeros, desde las ciencias sociales, en levantar el dedo acusador contra Adorno y señalar al comunista como autoritario patológico, pero también Hans Eysenck (1954) desde Inglaterra convierte a fascistas y comunistas en equivalentes psicológicos (Seoane, 1997) por muy contrarias que fueran sus doctrinas y aunque hubiesen sido enemigos acérrimos en la última gran guerra. Comienzan así a desdibujarse las fronteras entre ideologías, utilizando al fanático que las sirve como elemento común, como un viajero frustrado que no paga aduanas, una tendencia que desemboca en sus últimas consecuencias con la publicación de Daniel Bell (1960) sobre el fin de las ideologías. Pues bien, Eric Hoffer no parece ajeno a estas presiones ambientales, ya sea la prevención hacia la democracia de masas o al fanático intercambiable entre movimientos sociales, pero al menos intenta no alegrarle la vida excesivamente al senador McCarthy puesto que no se limita a los parecidos de familia entre fascistas y comunistas, sino que generaliza las relaciones de parentesco a los nacionalistas, cristianos, musulmanes o judíos.

Cuando se acepta que todos los movimientos de masas contienen en su fase activa a individuos frustrados y fanáticos, resulta difícil imaginar las características contrarias al fanatismo. Entiéndase bien, los individuos que no son verdaderos creyentes se distinguen con facilidad y el mismo Hoffer lo señala abiertamente cuando habla de los “hombres de palabras” que preparan el movimiento o los “hombres prácticos de acción” que aparecen en la fase de consolidación. Pero esos son otros hombres y no constituyen el polo opuesto del fanático. Puede que Hoffer esté pensando en el individuo autónomo y creativo como antítesis del fanático, puesto que afirma que “nada estimula tanto nuestra confianza y nos reconcilia con nosotros mismos como la capacidad continua para crear; para que las cosas puedan crecer y desarrollarse bajo nuestra mano, día tras día”, y añade más adelante “resulta impresionante observar como el deterioro de las capacidades creativas del individuo provoca una inclinación pronunciada a unirse a los movimientos de masas”. Posiblemente está pensando en el liberalismo racional, pero resulta una descripción demasiado vaga, aunque sugestiva, para distinguir con claridad al verdadero no creyente. Este mismo problema se lo plantea Richard Christie, un conocido psicólogo que en 1954 investigaba en el *Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences* de la Universidad de Stanford, y que organiza por entonces un grupo de trabajo sobre *El verdadero creyente* de Hoffer interesándose por los factores sociológicos y psicológicos de los miembros de organizaciones extremistas políticas y religiosas. Su punto de partida es que tales extremistas, los fanáticos de Hoffer, son tan inflexibles en las tácticas políticas que no pueden comprometerse en la negociación necesaria para el éxito político en las sociedades modernas. Todo lo contrario, según Christie, a las características desarrolladas en *El Príncipe* de Maquiavelo, que representa a un individuo moderno más interesado en alcanzar las metas propuestas que en defender principios y doctrinas.

Richard Christie y Florence L. Geis (1970) publican una serie de estudios y una escala de medida de la personalidad maquiavélica, cuyas características fundamentales son una cierta carencia de afectividad en las relaciones interpersonales, es decir, cierta frialdad y falta de apasionamiento en el contacto con los demás; al mismo tiempo que desinterés por la moralidad convencional en el comportamiento, individuos más interesados en la visión utilitaria de las relaciones personales que en la moralidad de

las mismas. También encuentran bastante realismo en su percepción del ambiente o, dicho de otra manera, carencia de distorsiones psicopatológicas de especial relevancia. Y, por último, son personas con muy poco compromiso ideológico, es decir, no tienen “causas sagradas” que defender ni verdaderas creencias por las que luchar. En definitiva, la personalidad maquiavélica según Christie y Geis está representada en un individuo que sabe negociar las situaciones y los principios, en lugar de defenderlos por encima de todo, con cierta distancia afectiva de los problemas en lugar del apasionamiento fanático, realista y utilitario, y que le disgustan los principios eternos, las doctrinas verdaderas y los compromisos ideológicos. Este es el verdadero no creyente, según esta versión psicológica, el que no es fanático y que nunca participaría en la fase activa de un movimiento de masas. Queda por investigar más a fondo si esta personalidad coincide o no con la descripción más benévola que hace Hoffer cuando habla del individuo autónomo y creativo.

### ***El fanatismo actual***

La concepción de Hoffer sobre los movimientos de masas ha evolucionado mucho en la investigación sociológica (Seoane, Garzón et al. 1988), que ahora prefiere hablar de movimientos sociales y hace especial hincapié en los aspectos racionales y organizativos en detrimento de los espontáneos y emocionales. De la misma forma que los llamados “nuevos movimientos sociales” se alejan de las grandes ideologías clásicas para centrarse más en las desigualdades sociales y en problemas concretos de la vida actual. Sin embargo, la descripción que hace Hoffer del verdadero creyente sigue siendo válida, al menos así lo piensan la mayor parte de sus lectores cuando reconocen al fanático actual a través de las acertadas descripciones que recorren el libro. Bien parece que el fanático de siempre sigue existiendo en cierta medida por los círculos políticos, religiosos, educativos, culturales y en la misma calle a la búsqueda de algún movimiento que proporcione sentido y dirección a su vida.

La preocupación por los fundamentalismos actuales también refuerza las reflexiones de Hoffer. Si bien el fundamentalismo debe su nombre a la orientación evangelista conservadora que surgió en Estados Unidos y que culminó con la publicación en 1909 de un conjunto de libros llamados *Los fundamentos*, hoy en día se utiliza por analogía para cualquier movimiento que pretenda mantener y restaurar su doctrina de forma intransigente y dogmática. El fundamentalismo islámico es el que más nos preocupa desde aquí, una preocupación que ya aparece en el pensamiento de Hoffer, pero existen muchos otros fundamentalismos políticos y religiosos que no son precisamente islámicos. Y es evidente que cualquiera de ellos se nutre de fanáticos, al igual que los nacionalismos actuales admiten muchos en sus filas.

En cualquier caso, la obra de Hoffer sigue teniendo la actualidad de los clásicos y su lectura es una ayuda inestimable para replantearse muchas de las situaciones sociales y políticas del presente. El conjunto de su vida y de sus reflexiones nos sugiere que posiblemente sean más honestas las hipótesis que las confirmaciones, las conjeturas que las refutaciones, es decir, que es más importante y beneficioso imaginar la verdad que creer en ella.

JULIO SEOANE

*Valencia, 2008*

### ***Referencias***

- Adorno, T.W. et al. (1950): *La Personalidad Autoritaria*. Buenos Aires, Editorial Proyección, 1965.
- Bell, D. (1960): *The end of ideology. On exhaustion of political ideas in the fifties*. New York: Free Press.
- Christie, R.-Geis, F.L. (1979): *Studies in machiavellianism*. New York: Academic Press.

- Collier,G.-Minton,H.L.-Reynolds,G.(1991): *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Tecnos, 1996.
- Edwards,A.L.(1944): The signs of incipient fascism. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 39, 301-316.
- Eysenck,H.J.(1954): *The Psychology of Politics*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Fromm,E.(1941): *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Jung,C.G.(1945): *Después de la catástrofe*. Obra Completa, vol. 10, 187-208. Madrid: Ed. Trotta, 2001.
- Maslow,A.H.(1943): The authoritarian character structure. *Journal of Social Psychology*, 18, 401-411.
- Reich,W.(1933): *Psicología de masas del fascismo*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- Riesman,D.(1950): *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós, 1981
- Seoane,J.(1997): Aportaciones sociales de la psicología de Hans Eysenck. *Anales de Psicología*, vol. 13, 2, 127-137.
- Seoane,J.-Garzón,A. et al.(1988): Movimientos Sociales y Violencia Política. En J.Seoane-A.Rodríguez, *Psicología Política*; Madrid; Pirámide
- Shils,E.A.(1954): Authoritarianism: 'Right' and 'left.' En R. Christie y M. Jahoda (Eds.), *Studies in the scope and method of "The Authoritarian Personality."* Glencoe, Ill.: Free Press.
- Stagner,R.(1936): Fascistic attitudes. An exploratory study. *Journal of Social Psychology*, 7, 309-319.

## Prefacio

Este libro trata sobre algunas peculiaridades comunes de todos los movimientos de masas, ya sean movimientos religiosos, revoluciones sociales o movimientos nacionalistas. Esto no quiere decir que todos los movimientos sean idénticos, sino que comparten ciertas características esenciales que les proporciona un parecido familiar.

Todos los movimientos de masas desarrollan en sus partidarios cierta facilidad para morir y una tendencia hacia la acción conjunta; todos ellos, al margen de la doctrina que predicán y del programa que plantean, alimentan el fanatismo, el entusiasmo, una esperanza ferviente, odio e intolerancia; todos son capaces de liberar una poderosa corriente de actividad en ciertos aspectos de la vida; todos exigen una fe ciega y una lealtad sincera.

Al margen de las diferencias de doctrina y aspiraciones, todos los movimientos reclutan a sus primeros seguidores entre el mismo tipo de hombres; todos atraen a los mismos tipos de mentalidad.

Aunque existen diferencias evidentes entre el cristiano fanático, el mahometano fanático, el nacionalista fanático, el comunista fanático y el nazi fanático, es cierto que el fanatismo que les anima se puede entender y tratar como si fuera el mismo. Al igual que es la misma fuerza la que les impulsa hacia la expansión y el dominio del mundo. Tienen cierta uniformidad en todos los tipos de dedicación, de fe, de persecución del poder, de unidad y de autosacrificio. Existen grandes diferencias en los contenidos de las causas sagradas y de las doctrinas, pero cierta uniformidad en los factores que los convierten en eficaces. Quien encuentra razones precisas, como Pascal, para la eficacia de la doctrina cristiana también encuentra razones para la eficacia del comunismo, el nazismo y la doctrina nacionalista. Aunque puedan ser diferentes las causas sagradas por las que las personas mueren, quizá mueran básicamente por la misma causa.

Este libro se interesa principalmente por la fase activa y originaria de los movimientos de masas. Esta fase está dominada por el verdadero creyente —el hombre con una fe fanática que sacrifica fácilmente su vida por una causa— y es importante rastrear su génesis y el retrato de su naturaleza. Para ayudarnos en este intento, se utiliza una hipótesis de trabajo. Partimos del hecho de que el frustrado<sup>1</sup> predomina entre los seguidores iniciales de todos los movimientos de masas y que se asocian por propia voluntad, suponiendo que: 1) la frustración de sí mismo, aunque no sea impulsada desde el exterior, puede generar la mayor parte de las características peculiares del verdadero creyente; 2) una técnica eficaz de conversión consiste básicamente en inculcar y fijar las inclinaciones y respuestas propias de la mente frustrada.

Para comprobar la validez de estos supuestos, era necesario investigar las dolencias que afligen al frustrado, cómo reacciona contra ellas, el grado en el que estas reacciones se corresponden con las respuestas del verdadero creyente y, finalmente, la manera en que estas reacciones facilitan el surgimiento y extensión de un movimiento de masas. También era necesario examinar las prácticas de los movimientos contemporáneos, dónde se han perfeccionado y aplicado las técnicas de conversión eficaces, para así descubrir si corroboran la visión de que el proselitismo del movimiento de masas alimenta deliberadamente en sus seguidores un estado mental frustrado, y que avanza automáticamente hacia sus intereses cuando secunda las tendencias del frustrado.

La mayoría de nosotros necesitamos tener en estos días algún tipo de comprensión de los motivos y respuestas del verdadero creyente. Porque aunque la nuestra es una edad sin dios, está muy lejos de ser irreligiosa. El verdadero creyente aparece sobre la marcha y tanto por conversión como por rechazo está configurando el mundo

---

<sup>1</sup> La palabra "frustrado" no se utiliza en este libro como un término clínico. Aquí designa a las personas que, por una u otra razón, sienten que sus vidas están arruinadas y desaprovechadas.

a su propia imagen. Y aunque estemos alineados con él o contra él, sería bueno conocer todo lo que podamos sobre su naturaleza y potencialidades.

Quizá no sea superfluo añadir algunas palabras de precaución. Cuando hablamos de parecido familiar en los movimientos de masas, utilizamos la palabra “familia” en un sentido taxonómico. El tomate y la belladona son de la misma familia, las solanáceas. Aunque una es nutritiva y la otra venenosa, tienen muchos rasgos morfológicos, anatómicos y fisiológicos en común, de forma que hasta los no entendidos le encuentran un parecido familiar. El supuesto de que los movimientos de masas tienen muchos rasgos en común no implica que todos los movimientos sean igualmente beneficiosos o perjudiciales. El libro no plantea ningún juicio y tampoco expresa preferencias. Simplemente intenta explicar; y las explicaciones —siempre teorías— son sugerencias y argumentos aun cuando se mantengan con cierto tono categórico. Nada mejor que citar a Montaigne: “Todo lo que yo digo es por la vía del discurso, y nada por la vía del consejo. Yo no hablaría tan audazmente si tuviera que ser creído.”

## **Parte 1**

### **El Atractivo de los Movimientos de Masas**

#### **I El Deseo de Cambio**

##### **1**

Es cosa sabida que los que se apuntan a un movimiento revolucionario están fascinados por un cambio súbito y espectacular en sus condiciones de vida. Un movimiento revolucionario es un instrumento importante de cambio.

No es tan evidente el hecho de que la religión y los movimientos nacionalistas también pueden ser vehículos del cambio. Se necesita algún tipo de entusiasmo o agitación generalizada para la realización de un amplio y rápido cambio, y no parece que sea un problema el que la euforia se derive de la expectativa de riquezas incalculables o se deba a un movimiento de masas. En este país, los cambios espectaculares después de la Guerra Civil se realizaron en una atmósfera cargada de entusiasmo fruto de las fabulosas oportunidades en la promoción personal. Cuando esa promoción no podía servir como fuerza impulsora o no estaba permitida, había que encontrar otras fuentes de entusiasmo si se querían realizar y perpetuar cambios rápidos, como por ejemplo la estimulación y renovación de una sociedad paralizada o las reformas radicales en el carácter y las formas de vida de una comunidad. Los movimientos religiosos, revolucionarios y nacionalistas son organismos que generan ese entusiasmo general.

En el pasado, los movimientos religiosos eran los instrumentos por excelencia del cambio. El conservadurismo de una religión —su ortodoxia— es el coágulo inerte de lo que anteriormente fue una savia altamente productiva. El nacimiento de un movimiento religioso es todo cambio y experimento —abierto a nuevas concepciones y técnicas desde todos los puntos de vista. Cuando surgió el Islam era un medio de organización y modernización. El cristianismo fue una influencia civilizadora y de modernización entre las tribus bárbaras de Europa. Las Cruzadas y la Reforma fueron factores cruciales para despertar al mundo occidental del estancamiento de la Edad Media.

En los tiempos actuales, los movimientos de masas implicados en los grandes y rápidos cambios son revolucionarios y nacionalistas —ya actúen por separado o en combinación. Pedro el Grande tenía probablemente una dedicación, poder e inclemencia equivalente al de la mayoría de los líderes revolucionarios o nacionalistas que tuvieron éxito. Pero él fracasó en su propósito principal, convertir a Rusia en una nación occidental. Y la razón de su fracaso fue que no consiguió infundir en las masas rusas un entusiasmo apasionado en el alma. O bien pensó que no era necesario o no supo como convertir su propósito en una causa sagrada. No es extraño que los revo-

lucionarios bolcheviques que exterminaron al último de los zares y a los Romanov tuviesen cierta sensación de afinidad con Pedro —y con el Zar y los Romanov. Porque su propósito era ahora el de ellos y querían tener éxito donde él había fracasado. La revolución bolchevique puede figurar en la historia como un intento de modernizar un sexto de la superficie mundial y también como un intento de construir una economía comunista.

El hecho de que tanto la Revolución Francesa como la rusa se transformaran en movimientos nacionalistas parece indicar que en los tiempos modernos el nacionalismo es la fuente más abundante y duradera de entusiasmo masivo, y que el fervor nacionalista es conveniente si se desean llevar a cabo los cambios proyectados e iniciados por el entusiasmo revolucionario. Uno se pregunta si las dificultades encontradas por el actual gobierno laborista británico no se deberán, al menos en parte, a que el intento de cambiar la economía del país y la forma de vida de 49.000.000 de personas se iniciaron en una atmósfera libre de fervor, exaltación y esperanzas imparables. La aversión hacia los desagradables modelos desarrollados por la mayor parte de los movimientos de masas contemporáneos ha mantenido alejados del entusiasmo revolucionario a los líderes civilizados y decentes del partido laborista. Todavía existe la posibilidad de que los acontecimientos puedan obligarles a utilizar alguna forma suave de chovinismo, de tal manera que en Inglaterra “la socialización de la nación [pueda tener] como corolario natural la nacionalización del socialismo”<sup>2</sup>

La colosal modernización de Japón probablemente no habría sido posible sin revitalizar el espíritu del nacionalismo japonés. Quizá también sea verdad que la rápida modernización de algunos países europeos (en particular, Alemania) estuvo facilitada en cierta medida por el arrebató y difusión del fervor nacionalista. Según los indicios actuales, el renacimiento de Asia se realizará mediante la instrumentación de los movimientos nacionalistas y no tanto por otros medios. Fue la aparición de un movimiento nacionalista genuino el que permitió a Kemal Atatürk modernizar Turquía casi de la noche a la mañana. En Egipto, virgen de cualquier movimiento de masas, la modernización es lenta y vacilante, aunque sus gobernantes, desde los tiempos de Mehmet Alí, recibieron con agrado las ideas occidentales y sus contactos con Occidente fueron estrechos y abundantes. El Sionismo es un instrumento para la renovación de un pueblo atrasado y para la transformación de comerciantes y eruditos en granjeros, trabajadores y soldados. Si hubiese sabido Chiang Kai-shek cómo poner en movimiento un movimiento de masas o, al menos, mantener el entusiasmo nacionalista encendido por la invasión japonesa, podría haber actuado ahora como el renovador de China. Pero como no sabía hacerlo, fue apartado con facilidad por los maestros en el arte de la “glorificación religiosa” —el arte de convertir los propósitos prácticos en causas sagradas. No es difícil entender la razón de que América e Inglaterra (o cualquier otra democracia occidental) no jueguen un papel directo y destacado en el despertar de los países asiáticos de su retraso y estancamiento: las democracias no se inclinan ni son capaces de impulsar un espíritu propagandista de millones de asiáticos. La contribución de las democracias occidentales en el impulso del Este ha sido indirecto y, desde luego, no intencionado. Han encendido un entusiasmo por el resentimiento hacia Occidente; y es este fervor anti-occidentalista el que está presente en el resurgir de Oriente desde su anquilosamiento de siglos.<sup>3</sup>

Aunque el deseo de cambio es con frecuencia un motivo superficial, todavía es necesario descubrir si un examen de este deseo puede arrojar alguna luz sobre el funcionamiento interno de los movimientos de masas. En consecuencia, investigaremos la naturaleza del deseo del cambio.

---

<sup>2</sup> E.H. Carr, *Nationalism and After* (Nueva York: Macmillan Company, 1945), p. 20.

<sup>3</sup> Ver el final de la Sección 104.

## 2

Tenemos tendencia a localizar las fuerzas que configuran nuestra existencia fuera de nosotros mismos. El éxito y el fracaso están relacionados en nuestras mentes con el estado de las cosas que nos rodean. Por eso las personas con sensación de realización piensan que el mundo es bueno y les gustaría conservarlo tal como está, mientras que los frustrados alientan el cambio radical. La tendencia a buscar todas las causas en el exterior persiste aun cuando sea evidente que nuestro estado de existencia es el producto de cualidades personales, tales como capacidad, carácter, apariencia, salud y cosas semejantes. Si algo pone enfermo a un hombre, si tiene un dolor en sus entrañas... rápidamente comienza a reformar —el mundo.”<sup>4</sup>

Resulta incomprensible que aquellos que fracasan se inclinan por culpar al mundo de su fracaso. Lo notable es que el éxito, aunque les enorgullece por su previsión, fortaleza, economía y otras “cualidades genuinas”, en el fondo están convencidos de que es el resultado de una combinación fortuita de circunstancias. La auto-confianza del que tiene éxito, incluso con cierta regularidad, nunca es absoluta. De ningún modo existe seguridad de que se conocen todos los ingredientes en la producción del propio éxito. El mundo exterior les parece un mecanismo difícilmente equilibrado, y en la medida en que golpea a su favor surge el miedo a ocuparse inútilmente de él. De esta forma, la resistencia a cambiar y el ferviente deseo de hacerlo nacen de la misma convicción, y ambas con igual vehemencia.

## 3

La insatisfacción en si misma no crea necesariamente un deseo de cambio. Tienen que estar presentes otros factores antes de que el descontento se convierta en desafecto. Uno de ellos es el sentido de poder.

Los que están atemorizados por su entorno no piensan en el cambio, al margen de lo miserable que sea su condición. Cuando nuestro modo de vida es tan precario como para hacer patente que no podemos controlar las circunstancias de nuestra existencia, nos agarramos a lo que está comprobado y a lo que ya es familiar. Ante un profundo sentimiento de inseguridad, respondemos convirtiendo nuestra existencia en una rutina inmutable. De esa forma adquirimos la ilusión de que domesticamos lo imprevisible. Pescadores, nómadas y agricultores, que tienen que luchar contra los elementos, el trabajador creativo que depende de la inspiración, el salvaje temeroso de su entorno —todos ellos temen el cambio. Se enfrentan al mundo como si fuese un jurado todopoderoso. El que es vergonzosamente pobre está atemorizado ante el mundo que le rodea y no es partidario del cambio. Es una vida peligrosa la que vivimos cuando el hambre y el frío nos pisan los talones. Existe así un conservadurismo del indigente tan profundo como el conservadurismo del privilegiado, y el primero es un factor de la perpetuación del orden social tan importante como el segundo.

Los hombres que se lanzan a la tarea de un gran cambio sienten normalmente que están en posesión de algún poder irresistible. La generación que hizo la Revolución Francesa tenía una concepción exagerada de la omnipotencia de la razón del hombre y del alcance ilimitado de su inteligencia. Nunca, decía Tocqueville, estuvo la humanidad tan orgullosa de sí misma ni tuvo tanta fe en su propia omnipotencia. Y junto con esta exagerada auto-confianza había una sed universal de cambio en todas las mentes.<sup>5</sup> Lenin y los bolcheviques, que se lanzaron desenfrenadamente en el caos de la

---

<sup>4</sup> Henry David Thoreau, *Walden*. Modern Library edition (Nueva York: Random House, 1937), p. 69

<sup>5</sup> Alexis de Tocqueville, *On the State of Society in France Before the Revolution of 1789* (London: John Murray, 1888), pp. 198-199.

creación de un nuevo mundo, tenían una fe ciega en la omnipotencia de la doctrina marxista. Los Nazis no tenían una doctrina tan potente, pero tenían fe en un líder infalible y también fe en una nueva técnica. Resulta difícil pensar que el Nacional Socialismo hubiese hecho un progreso tan rápido si no hubiese sido por la convicción electrificante de que las nuevas técnicas de la guerra rápida y de la propaganda harían irresistible a Alemania.

Hasta el sobrio deseo de progreso está sostenido por la fe —fe en la bondad intrínseca de la naturaleza humana y en la omnipotencia de la ciencia. Es una fe desafiante y blasfema, no muy diferente a la que mantuvieron los hombres que se pusieron a construir “una ciudad y una torre cuya cima tocaría el cielo” y que creían que “nada les impediría lo que habían imaginado hacer”<sup>6</sup>

#### 4

En principio se podría esperar que la mera posesión de poder causa como resultado automático una actitud desafiante hacia el mundo y receptividad al cambio. Pero no siempre es así. El poder puede ser tímido y débil. Parece que la fe en el futuro cuenta más que la posesión de instrumentos de poder. Cuando el poder no va unido con la fe en el futuro, se utiliza principalmente para evitar lo nuevo y mantener el statu quo. Por otro lado, el deseo exagerado, aun cuando no esté respaldado por un poder real, probablemente genera mayor osadía temeraria. Porque el optimismo puede sacar fuerzas de las fuentes de poder más ridículas —una consigna, una palabra, una imagen. Ninguna fe es poderosa a menos que sea también fe en el futuro; a menos que tenga un componente milenarista. Eso es una doctrina eficaz: además de ser una fuente de poder, deberá ser también la llave del libro del futuro<sup>7</sup>

Aquellos que transformarán una nación o al mundo no pueden hacerlo alimentando o dirigiendo el descontento, o demostrando la sensatez y conveniencia de los cambios que se pretenden, o presionando a las personas para una nueva forma de vida. Deben saber como encender y alentar un deseo descomunal. No importa si se desea un reino celestial, el cielo en la tierra, riquezas robadas e incalculables, logros fabulosos o el dominio del mundo. Si los comunistas ganan Europa y una gran parte del mundo, no será porque saben como agitar el descontento o infectar de odio a las personas, sino porque saben como predicar el deseo.

#### 5

En consecuencia, las diferencias entre el conservador y el radical surgen principalmente de sus actitudes hacia el futuro. El miedo al futuro nos inclina y nos aferra al presente, mientras que la fe en el futuro nos convierte en receptivos al cambio. El rico y el pobre, el fuerte y el débil, aquellos que han conseguido mucho o poco, pueden tener miedo al futuro. Cuando el presente parece tan perfecto que lo máximo que podemos esperar es que continúe igual en el futuro, el cambio solo puede significar deterioro. Por tanto, los hombres de grandes logros y aquellos que tienen una vida plena y feliz rechazan la innovación drástica. El conservadurismo de los dependientes y de las personas de edad avanzada proviene del miedo al futuro. Están observando los signos del deterioro y sienten que cualquier cambio es más probable que sea para peor que para mejor. Los vergonzosamente pobres tampoco tienen fe en el futuro. El futuro les parece una estúpida trampa colocada en el camino. Hay que andar con pies de plomo. Cambiar cosas es plantearse problemas.

En cuanto al optimista: no parece que sea importante lo que es, sino la magnitud de su deseo irrefrenable —ya sea un entusiasmo intelectual, un agricultor con tierra

---

<sup>6</sup> Génesis 11:4, 6

<sup>7</sup> Ver Sección 58

fértil, un especulador arriesgado, un comerciante o industrial, un simple trabajador o un noble señor —todos ellos actúan temerariamente con el presente, lo destruyen si es necesario y crean un nuevo mundo. Puede haber así revoluciones tanto por parte del privilegiado como por parte del menesteroso. El movimiento de parcelación de la tierra en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII fue una revolución de los ricos. La producción de lana condujo a una gran prosperidad, de forma que los pastos llegaron a ser más rentables que las cosechas. Los terratenientes expulsaron a los campesinos, cercaron las tierras comunales y provocaron cambios profundos en el tejido social y económico del país. “Los señores y los nobles alteraron el orden social, infringieron las leyes y las costumbres tradicionales, a veces mediante la violencia, casi siempre mediante presión e intimidación”<sup>8</sup> Otra revolución inglesa de los ricos ocurrió a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Fue la Revolución Industrial. Las impresionantes potencialidades de la mecanización entusiasmaron las mentes de los fabricantes y comerciantes. Comenzaron una revolución “tan extrema y radical como nunca había inflamado las mentes de los sectarios”<sup>9</sup>, y en relativamente poco tiempo estos respetables y devotos ciudadanos cambiaron el aspecto de Inglaterra hasta hacerla irreconocible.

Cuando los deseos y sueños se desatan en las calles, es prudente que el tímido cierre puertas y ventanas, y se esconda hasta que la furia haya pasado. Porque con frecuencia existe una monstruosa incongruencia entre los deseos, siendo nobles y compasivos, y la acción que desencadenan. Es como si muchachas engalanadas y apuestos jóvenes fuesen los heraldos de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

## 6

Porque los hombres que se lanzan de cabeza en una aventura de grandes cambios, deben estar intensamente descontentos aunque no en la indigencia, y deben tener la sensación de que mediante la posesión de una potente doctrina, un líder infalible o alguna nueva técnica, tienen acceso a una fuente de poder irresistible. También deben tener una concepción exagerada sobre las esperanzas y potencialidades del futuro. Finalmente, deben de ignorar por completo las dificultades incluidas en su enorme empresa. La experiencia es una desventaja. Los hombres que comenzaron la Revolución Francesa no tenían ninguna experiencia política. Lo mismo ocurre con los bolcheviques, los nazis y los revolucionarios de Asia. El hombre experimentado en estos asuntos llega en último lugar. Se introduce en el movimiento cuando ya está en marcha. Quizá sea la experiencia política del inglés la que le mantiene tímido ante los movimientos de masas.

## II El Deseo de Sustitutivos

### 7

Existe una diferencia fundamental entre el atractivo de un movimiento de masas y el atractivo de una organización práctica. La organización práctica ofrece oportunidades para el progreso personal y su atractivo es principalmente egoísta. Por el contrario, un movimiento de masas, especialmente en su fase inicial y activa, no atrae a aquellos que intentan reforzar y fomentar una concepción positiva de sí mismo, sino a aquellos que desean ardientemente liberarse de un sí mismo no deseado. Un movimiento de masas atrae y mantiene a unos seguidores no a causa de que pueda satisfacer el deseo de progreso personal, sino porque puede satisfacer la pasión de renunciar a sí mismos.

---

<sup>8</sup> Karl Polanyi, *The Great Transformation* (Nueva York: Farrar and Rinehart, Inc., 1944), p. 35.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 40

Las personas que ven que sus vidas están irremediabilmente perdidas pueden no sentir que el progreso sea un propósito válido. La esperanza de una carrera individual no es suficiente para realizar un gran esfuerzo, ni les lleva a una fe y a una dedicación exclusiva. Consideran el egoísmo como algo impuro y malévolo; algo sucio y desafortunado. Cualquier empresa relacionada consigo mismo les parece inútil. Nada que tenga sus raíces y razones en sí mismo puede ser bueno y noble. Su deseo más íntimo es una nueva vida —un renacimiento— o, en su defecto, una oportunidad para adquirir nuevos elementos de orgullo, confianza, aspiración, un sentido de propósito y de mérito identificándose con una causa sagrada. Un movimiento de masas les ofrece oportunidades para ambas cosas. Cuando se unen al movimiento como verdaderos conversos renacen a una nueva vida en un compacto cuerpo colectivo o, si son atraídos como simpatizantes, encuentran elementos de orgullo, confianza y propósito identificándose con los esfuerzos, logros y esperanzas del movimiento.

Un movimiento de masas ofrece al frustrado un sustitutivo completo de sí mismo o los elementos que le hacen la vida soportable y que no puede encontrar en sus recursos individuales.

Es cierto que entre los primeros seguidores de un movimiento de masas existen aventureros que se unen con el deseo de que el movimiento haga girar la rueda de su fortuna y les catapulte a la fama y el poder. Por otro lado, cierto grado de dedicación desinteresada aparece a veces en aquellos que se unen a corporaciones, partidos políticos ortodoxos y otras organizaciones prácticas. Aun así, permanece el hecho de que un interés práctico no puede durar a menos que pueda atraer y satisfacer el propio interés, mientras que el vigor y crecimiento de un movimiento de masas depende de su capacidad para provocar y satisfacer la pasión de la auto-renuncia. Cuando un movimiento de masas comienza a ser atractivo para personas que están interesadas en su carrera individual, es un signo de que ya ha pasado su etapa pujante; ya no está comprometido en fabricar un nuevo mundo sino que desea poseer y preservar el presente. En ese momento deja de ser un movimiento y se convierte en una empresa. Según Hitler, cuantos más “anuncios y oficinas tenga un movimiento, peor será su material, y al final estos parásitos políticos ahogan cualquier reunión interesante de tal forma que el luchador honesto de tiempos anteriores ya no reconoce al viejo movimiento... Cuando esto sucede, la ‘misión’ de ese movimiento está perdida”<sup>10</sup>

La naturaleza del sustitutivo completo que ofrece la conversión se discute en los capítulos sobre el auto-sacrificio y la acción conjunta en la Parte 3. Aquí tratamos al sustitutivo parcial.

## 8

La fe en una causa sagrada es en gran medida un sustitutivo de la fe perdida en nosotros mismos.

## 9

Cuanto menos justificado está un hombre en la pretensión de perfección para sí mismo, con más facilidad reclama la perfección total para su nación, su religión, su raza o su causa sagrada.

---

<sup>10</sup> Adolph Hitler, *Mein Kampf* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1943), p. 105.

## 10

Es más probable que un hombre se centre en sus propios negocios cuando merece la pena ocuparse de ellos. Cuando no es así, se escapa de sus absurdos asuntos centrándose en los negocios de los demás.

Esta atención a los negocios de los demás se manifiesta en chismorrear, curiosear y entrometerse, y también en un interés efervescente en los asuntos comunitarios, nacionales y raciales. Al escapar de nosotros mismos caemos sobre los hombros de nuestros vecinos o nos lanzamos sobre ellos.

## 11

La apasionada convicción de que tenemos un deber sagrado hacia los demás es con frecuencia una forma de sujetar nuestro yo a una balsa salvavidas. Lo que parece ser echar una mano es a menudo agarrarse a la apreciada vida. Aferrarnos a nuestros deberes sagrados y abandonar nuestra absurdas e insignificantes vidas. No cabe duda de que al cambiar una vida centrada en uno mismo por otra desinteresada ganamos mucho en autoestima. La vanidad del desinterés, hasta en los que practican la mayor humildad, es infinita.

## 12

Uno de los atractivos más poderosos de un movimiento de masas es su oferta de un sustituto para el deseo individual. Este atractivo es especialmente eficaz en una sociedad empapada por la idea de progreso. Porque en la concepción de progreso, "mañana" es algo muy vago, y la frustración que produce no tener nada que esperar es muy intensa. Hermann Rauschning dijo de la Alemania pre-hitleriana que "La sensación de haber llegado al final de todas las cosas era una de las peores angustias que teníamos que soportar después de haber perdido la guerra"<sup>11</sup> En una sociedad moderna, las personas solo pueden vivir sin esperanza cuando están deslumbradas y sin respiración por un ajetreo incesante. La desesperación producida por el paro no solo viene por la amenaza de indigencia, sino por el brusco panorama de un gran vacío por delante. Es más probable que los desempleados sigan al charlatán de la esperanza que a los que proporcionan ayuda.

Se acusa a los movimientos de masas de drogar a sus seguidores con la esperanza del futuro mientras que les roban la felicidad del presente. Sin embargo, el presente está irremediabilmente perdido para los frustrados. Las comodidades y los placeres no pueden hacerlo todo. Ningún contenido real o bienestar puede surgir en sus mentes si no es desde la esperanza.<sup>12</sup>

## 13

Cuando nuestros intereses y esperanzas individuales no tienen valor, necesitamos desesperadamente alguna cosa más para nuestras vidas. Todas las formas de dedicación, devoción, lealtad y entrega son en esencia una forma de agarrarse fuertemente a algo que puede dar valor y significado a nuestras vidas inútiles y malgastadas. Por tanto, aferrarse a un sustituto será necesariamente algo apasionado y extremo. Pode-

---

<sup>11</sup> Hermann Rauschning, *The Conservative Revolution* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1941), p. 189.

<sup>12</sup> Thomas Gray, *Letters*, Vol. I, p. 137. Citado por Gamaliel Bradford, *Bare Souls* (Nueva York: Harper and Brothers, 1924), p. 71.

mos tener confianza en nosotros mismos, pero la fe que tenemos en nuestra nación, religión, raza o causa sagrada tiene que ser exagerada e intransigente. Un sustituto abrazado con moderación no puede suplantar y borrar al yo que deseamos olvidar. No podemos estar seguros de que tenemos algo valioso por lo que vivir a menos que estemos dispuestos a morir por ello. Esta disposición para morir es la evidencia para nosotros y para los demás de que la elección que hemos tomado como sustituto del fracaso y la ruina es además la mejor que podíamos tomar.

### III El carácter intercambiable de los Movimientos de Masas

#### 14

Cuando las personas están maduras para un movimiento de masas, normalmente están maduras para cualquier movimiento operante, y no solamente para uno con una doctrina o programa particular. En la Alemania pre-hitleriana era cuestión de azar el que un joven inquieto se uniese a los comunistas o a los nazis. En la superpoblada Rusia zarista, la población judía estaba madura tanto para la revolución como para el sionismo. En la misma familia, un miembro se unía a los revolucionarios y el otro a los sionistas. El Dr. Chaim Weizmann cita una frase de su madre en aquellos días: “Suceda lo que suceda, estaremos bien. Si Shemuel [el hijo revolucionario] está en lo cierto, viviremos felices en Rusia; si es Chaim [el sionista] el que tiene razón, iremos a vivir a Palestina”<sup>13</sup>

Esta receptividad a todos los movimientos no siempre termina después de que el potencial verdadero creyente se haya convertido en apasionado converso de un movimiento específico. Cuando los movimientos de masas tienen una violenta competición entre sí, no es raro que existan ejemplos de conversos —incluso los más entusiastas— que cambian su lealtad de uno a otro. Que un Saúl se convierta en Pablo no es ninguna rareza ni un milagro. En nuestros días, los que reclutan para un movimiento de masas parecen mirar a los fervientes seguidores de sus antagonistas como potenciales conversos. Hitler consideraba a los comunistas alemanes como nacional socialistas en potencia: “El *petit bourgeois* social-demócrata y el líder sindical nunca se harán nacional socialistas, pero el comunista siempre podrá hacerlo”<sup>14</sup> El Capitán Rohm alardeaba de que podría convertir al comunista más rojo en un nacionalista reluciente en cuatro semanas.<sup>15</sup> Por otro lado, Karl Radek miraba a los Camisas Pardas Nazis (S.A.) como una reserva de futuros reclutas comunistas.<sup>16</sup>

Puesto que todos los movimientos de masas recogen a sus seguidores del mismo tipo de hombres y cautivan al mismo tipo de mentes, se sigue que: (a) todos los movimientos de masas son competitivos y la ganancia de un seguidor significa una pérdida para todos los demás; (b) todos los movimientos de masas son intercambiables. Un movimiento de masas se transforma fácilmente en otro cualquiera. Un movimiento religioso puede desembocar en una revolución social o en un movimiento nacionalista; una revolución social, en un nacionalismo militante o en un movimiento religioso; un movimiento nacionalista en una revolución social o en un movimiento religioso.

---

<sup>13</sup> Chaim Weizmann, *Trial and Error* (Nueva York: Harper and Brothers, 1949), p. 13.

<sup>14</sup> Hermann Rauschning, *Hitler Speaks* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1940), p. 134.

<sup>15</sup> Kinrad Heiden, *Der Fuehrer* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1944), p. 30.

<sup>16</sup> Fritz August Voigt, *Unto Caesar* (G. P. Putnam's Sons, 1938), p. 283.

Es raro que un movimiento de masas sea totalmente uniforme. Normalmente despliega algunas facetas de otros tipos de movimiento, y a veces son dos movimientos en uno. El éxodo de los hebreos de Egipto fue una rebelión de esclavos, un movimiento religioso y un movimiento nacionalista. El nacionalismo militante de los japoneses es esencialmente religioso. La Revolución Francesa fue una nueva religión. Tenía “su dogma, los principios sagrados de la Revolución —*Liberté* en santa *égalité*. Tenía su forma de culto, una adaptación del ceremonial católico que estaba elaborado en conexión con las *fêtes* cívicas. Tenía sus santos, los héroes y mártires de la libertad.”<sup>17</sup> Al mismo tiempo, la Revolución Francesa también fue un movimiento nacionalista. La asamblea legislativa decretó en 1792 que los altares deberían ser alzados bajo la inscripción. “el ciudadano nace, vive y muere por *la Patrie*.”<sup>18</sup>

Los movimientos religiosos de la Reforma tenían un aspecto revolucionario que se manifestó en levantamientos campesinos y también fue un movimiento nacionalista. Dijo Lutero: “A los ojos de los italianos, nosotros los alemanes somos cerdos teutones. Nos explotan como charlatanes y exprimen al país hasta la médula. ¡Despierta Alemania!”<sup>19</sup>

Está bastante aceptado el carácter religioso de las revoluciones bolchevique y nazi. La hoz y el martillo, así como la esvástica, pertenecen a la misma categoría que la cruz. El ceremonial de sus desfiles es como el ceremonial de una procesión religiosa. Tienen artículos de fe, santos, mártires y sitios sagrados. Las revoluciones bolchevique y nazi son movimientos nacionalistas de pleno derecho. La revolución nazi lo fue desde el comienzo, mientras que el nacionalismo de los bolcheviques fue un desarrollo posterior.

El sionismo es un movimiento nacionalista y una revolución social. Para la ortodoxia judía también es un movimiento religioso. El nacionalismo irlandés tiene un aspecto profundamente religioso. Los actuales movimientos de masas de Asia son tanto nacionalistas como revolucionarios.

El problema de paralizar un movimiento de masas con frecuencia es un asunto de sustituir un movimiento por otro. Una revolución social puede detenerse impulsando un movimiento religioso o nacionalista. Por eso en países donde el catolicismo recupera su espíritu de movimiento de masas, está contrarrestando la extensión del comunismo. El nacionalismo del Japón canalizó todos los movimientos de protesta social. En nuestro Sur, el movimiento de solidaridad racial actúa como una medida preventiva de agitación social. Una situación similar puede observarse entre los franceses en Canadá y los boers en Sudáfrica.

Este método de paralizar un movimiento sustituyéndolo por otro no siempre está libre de peligros, puede costar caro. Está bien para los que abrazan el presente y desean preservarlo sin jugar con los movimientos de masas. Porque siempre se viaja mal con el presente cuando un movimiento de masas auténtico está en marcha. En la Italia y Alemania de pre-guerra los empresarios prácticos actuaban de una forma totalmente “lógica” cuando animaban un movimiento fascista y nazi para detener el comunismo. Pero al hacerlo, estas personas lógicas y prácticas estaban impulsando su propia aniquilación.

<sup>17</sup> Carl L. Becker, *The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers* (New Haven: Yale University Press, 1932), p. 155.

<sup>18</sup> A. Mathiez, “Les Origins des Cultes Revolutionnaires”, p. 31. Citado por Carlton J. H. Hayes, *Essays on Nationalism* (Nueva York: Macmillan Company, 1926), p. 103.

<sup>19</sup> Frantz Funck-Brentano, *Luther* (Londres: Jonathan Cape, Ltd., 1939), p. 278.

Existen otros sustitutos más seguros para un movimiento de masas. En general, cualquier arreglo que aliente el individualismo, o facilite el olvido de uno mismo, o proporcione oportunidades para la acción y nuevos comienzos, tiende a contrarrestar la subida y extensión de los movimientos de masas. Tratamos estos temas en capítulos posteriores. Aquí solo tocaremos un curioso sustituto de los movimientos de masas, uno que se llama emigración.

## 17

La emigración ofrece algunas cosas que el frustrado desea encontrar cuando se une a un movimiento de masas, concretamente el cambio y la oportunidad de un nuevo comienzo. Los mismos tipos que nutren las filas de un movimiento de masas probablemente también se apuntan a la oportunidad de emigrar. De esta forma las migraciones pueden servir como sustituto de un movimiento de masas. Es posible, por ejemplo, que si los Estados Unidos y el Imperio Británico hubiesen aceptado más emigración de Europa después de la Primera Guerra Mundial, podría no haber existido ni la revolución fascista ni la nazi. En este país, la libertad y facilidad de emigración a través de un gran continente contribuyó a nuestra estabilidad social.

Sin embargo, dada la calidad de su material humano, las migraciones masivas son terreno abonado para la aparición de movimientos de masas. A veces resulta difícil decir dónde termina una emigración masiva y dónde comienza un movimiento de masas —y cuál de las dos llega primero. La emigración de los hebreos de Egipto desarrolló un movimiento religioso y nacionalista. Las emigraciones de los bárbaros en la decadencia del Imperio Romano fueron algo más que cambios de población. Parece ser que los bárbaros eran pocos en número, pero, una vez que invadían un país, se juntaban con los oprimidos y los insatisfechos de todas las formas de vida: “había comenzado una revolución social y se disfrazaba con una superficial conquista extranjera”.<sup>20</sup>

Cada movimiento de masas es en cierto sentido una emigración —un movimiento hacia una tierra prometida; y, cuando es factible y oportuna, se produce una emigración real. Esto sucedió en el caso de los puritanos, anabaptistas, mormones, dujoboris y sionistas. La emigración, en la masa, fortalece el espíritu y la unidad del movimiento; y ya sea en forma de conquista extranjera, cruzada, peregrinaje o asentamiento en una nueva tierra, se practica en la mayoría de los movimientos de masas.

## Parte 2 El Converso Potencial

### IV El Papel de los Indeseables en los Asuntos Humanos

## 18

Existe la tendencia a juzgar una raza, nación o a cualquier grupo distinto por sus miembros menos valiosos. Aunque manifiestamente injusta, esta tendencia tiene alguna justificación. Porque el carácter y destino de un grupo viene determinado con frecuencia por sus elementos inferiores.

La masa inerte de una nación, por ejemplo, está en su sección media. El decente, las personas medias que realizan el trabajo de la nación en sus ciudades y en la tierra

---

<sup>20</sup> H. G. Wells, *The Outline of History* (Nueva York: Macmillan Company, 1922), pp. 482-484.

están constituidas y configuradas por minorías en ambos extremos —los mejores y los peores.<sup>21</sup>

El individuo superior, ya sea en política, literatura, ciencia, comercio o industria, juega un gran papel en la formación de una nación, pero también lo hacen los individuos del otro extremo —los fracasados, inadaptados, marginados, delincuentes, y todos aquellos que han perdido su fundamento o nunca lo han tenido en las filas de la humanidad respetable. El juego de la historia normalmente se juega por el mejor y el peor sobre las cabezas de la mayoría intermedia.

La razón de que los elementos inferiores de una nación puedan ejercer una influencia notable sobre su rumbo es que ellos no tienen ninguna reverencia hacia el presente. Ven sus vidas y el presente arruinados más allá de cualquier remedio y están listos para malgastar y destruir ambas cosas: de ahí su temeridad y su voluntad de caos y anarquía. También desean fervientemente disolver sus vidas arruinadas y sin sentido en alguna empresa comunitaria que conmocione sus alma — de ahí su tendencia hacia la acción conjunta. De esta forma, están entre los primeros en las revoluciones, emigraciones masivas y movimientos religiosos, raciales y chovinistas, y son los que imprimen su marca sobre estas revueltas y movimientos que forman el carácter y la historia de una nación.

Los excluidos y rechazados constituyen el material bruto del futuro de una nación. La piedra que rechaza el constructor llega a ser la piedra angular del nuevo mundo. Una nación sin escoria y descontentos es ordenada, decente, pacífica y placentera, pero quizá sin la semilla del porvenir. No fue una ironía de la historia que los indeseables de los países de Europa cruzaran un océano para construir un nuevo mundo en este continente. Solo ellos lo podían hacer.

## 19

Aunque los resentidos se encuentran en todas las formas de vida, son más frecuentes en las siguientes categorías: (a) el pobre, (b) los inadaptados, (c) los marginados, (d) las minorías, (e) los jóvenes, (f) el ambicioso (ya se enfrente a obstáculos insuperables o a oportunidades ilimitadas), (g) los aferrados a algún vicio u obsesión, (h) el impotente (de cuerpo o de mente), (i) el egoísta desproporcionado, (j) el aburrido, (k) los pecadores.

Las secciones 20-42 tratan con algunos de estos tipos.

## V El Pobre

### EL NUEVO POBRE

## 20

No todos los que son pobres están frustrados. Algunos pobres arrinconados en los barrios de las ciudades están orgullosos de su deterioro. Tiemblan al pensar en la vida fuera de su agujero familiar. Hasta los pobres decorosos, cuando su pobreza es de hace tiempo, permanecen inertes. Están atemorizados por la persistencia del orden de las cosas. Cuando ocurre un cataclismo —una invasión, una plaga o algún otro desastre comunitario— abren sus ojos a la fugacidad del “orden eterno”.

Normalmente son aquellos cuya pobreza es relativamente reciente, el “nuevo pobre”, los que sienten el fermento de la frustración. El recuerdo de cosas mejores les

---

<sup>21</sup> Un caso amable de la configuración combinada por el mejor y el peor se puede observar en el caso del lenguaje. La sección media respetable de una nación compone el diccionario. Las innovaciones provienen de los grandes estadistas, poetas, escritores, científicos, especialistas —y de los peor hablados.

quema en sus venas. Son los desheredados y desposeídos quienes responden a los movimientos de masas. Fue el nuevo pobre del siglo XVII inglés quien aseguró el éxito de la Revolución Puritana. Durante el movimiento de parcelación (ver Sección 5) miles de terratenientes expulsaron a sus arrendatarios y convirtieron sus campos en pastos. “Agricultores fuertes y activos, enamorados de la tierra que los alimentaba, se convirtieron en asalariados o en pordioseros... las calles de las ciudades estaban repletas de indigentes”<sup>22</sup>. Fue esta masa de desposeídos quienes abastecieron de reclutas al nuevo ejército de Cromwell.

En Alemania e Italia, el nuevo pobre que provenía de la clase media arruinada formó el principal apoyo de las revoluciones nazi y fascista. Los revolucionarios potenciales de hoy en Inglaterra no son los trabajadores sino los funcionarios y comerciantes desheredados. Esta clase tiene un recuerdo vívido de la opulencia y supremacía, y es poco probable que se adapte a las condiciones precarias y a la impotencia política.

Últimamente se ha producido un crecimiento tremendo, tanto aquí como en otros países, de un nuevo tipo de nuevo pobre y su aparición contribuye indudablemente a la manifestación y desarrollo de los movimientos de masas actuales. Hasta hace poco, el nuevo pobre venía principalmente de las clases adineradas, ya fuera en las ciudades o en el campo, pero en los últimos tiempos y quizá por primera vez en la historia, el trabajador sencillo desempeña este papel.

Mientras los trabajadores vivían en un nivel de subsistencia, se veían y sentían como el pobre tradicional. Se sentían pobres en los buenos y en los malos tiempos. Las depresiones, aunque fueran graves, no se veían como aberraciones y atrocidades. Pero con la amplia difusión de un alto nivel de vida, las depresiones y el desempleo suponen un nuevo aspecto. El trabajador actual del mundo occidental considera el desempleo como una degradación. Se ve a sí mismo desheredado y herido por un orden injusto, y deseando escuchar a los que reclaman un nuevo reparto.

## EL DESESPERADAMENTE POBRE

### 21

El pobre al borde del desfallecimiento vive con determinación. Estar comprometido en una batalla desesperada por la comida y por un refugio implica sentirse completamente libre del sentimiento de inutilidad. Cada comida es un logro; ir a dormir con el estómago lleno es un triunfo; y cada golpe de suerte un milagro. ¿Qué necesidad podrían tener de “una meta supra-individual que diese significado y dignidad a sus vidas?” Son inmunes al atractivo del movimiento de masas. Angelica Balabanoff describe el efecto de la pobreza extrema sobre el ardor revolucionario de los famosos radicales que se amontonaban en Moscú en los primeros días de la revolución bolchevique. “Veía a hombres y mujeres que habían vivido toda su vida por las ideas, que habían renunciado voluntariamente al bienestar material, a la libertad, felicidad y afecto familiar por la realización de sus ideales —completamente absortos por el problema del hambre y el frío.”<sup>23</sup>

Cuando las personas se afanan de sol a sol por una vida mínima, no se sienten agraviadas ni tienen sueños. Una de las razones para la falta de rebeldía de las masas chinas es el enorme esfuerzo que tienen que hacer para conseguir los medios mínimos de subsistencia. La batalla desesperada por la existencia “es una influencia estática y no precisamente dinámica”<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> Charles A. y Mary R. Beard, *The Rise of American Civilization* (Nueva York: Macmillan Company, 1939), Vol. 1. p. 24.

<sup>23</sup> Angelica Balabanoff, *My Life as a Rebel* (Nueva York: Harper and Brothers, 1938), p. 204.

<sup>24</sup> Edward A. Ross, *The Changing Chinese* (Nueva York: Century Company, 1911), p. 92.

## 22

La miseria no genera automáticamente descontento, ni la intensidad del descontento es directamente proporcional al grado de miseria.

El descontento puede ser mayor cuando la miseria es tolerable; cuando las condiciones han mejorado lo suficiente como para que parezca casi posible una situación mejor. Un agravio es más doloroso cuando casi es una reparación. Tocqueville, en sus investigaciones sobre el estado de la sociedad en Francia antes de la revolución, se sorprendió por el descubrimiento de que “en ningún período que siguió a la Revolución de 1789 había aumentado tan rápidamente la prosperidad nacional como en los veinte años precedentes a ese acontecimiento”<sup>25</sup>. Se ve obligado a concluir que “los franceses encontraron su situación más intolerable a medida que mejoraba”<sup>26</sup>. Tanto en Francia como Rusia los agricultores hambrientos poseían casi un tercio de la agricultura al comienzo de la revolución, y la mayor parte de esa tierra había sido adquirida en esa generación o la anterior a la revolución<sup>27</sup>. No es el sufrimiento real sino el gusto por cosas mejores lo que empuja a las personas a la rebelión. El levantamiento popular en la Rusia Soviética es bastante improbable antes de que las personas consigan saborear la buena vida. El momento más peligroso para el régimen del Politburó será cuando se alcance una considerable mejoría en las condiciones económicas de las masas rusas y el gobierno totalitario esté un poco más relajado. Resulta curioso que el asesinato de Kírov en Diciembre de 1934, íntimo amigo de Stalin, sucedió no mucho después de que Stalin anunciara el final feliz del primer Plan quinquenal y el comienzo de una nueva era próspera y dichosa.

La intensidad del descontento parece ser inversamente proporcional a la distancia del objeto fervientemente deseado. Esto ocurre tanto si nos acercamos como si nos alejamos de la meta. Ocurre con aquellos que tienen a la vista la tierra prometida y con los desheredados que todavía la están buscando; con los que casi son ricos, libres, etcétera, y con los nuevos pobres y los que acaban de ser esclavizados.

## 23

Nuestra frustración es mayor cuando tenemos mucho y deseamos más que cuando no tenemos nada y deseamos algo. Estamos menos descontentos cuando carecemos de muchas cosas que cuando parece que sólo nos falta una.

## 24

Nos arriesgamos más luchando por cosas superfluas que por necesidades. Cuando renunciamos a cosas superfluas, con frecuencia acabamos sin las necesarias.

## 25

Existe una esperanza que actúa como un explosivo y una esperanza que disciplina e infunde paciencia. La diferencia está entre la esperanza inmediata y la esperanza distante.

---

<sup>25</sup> Alexis de Tocqueville, *On the State of Society in France Before the Revolution of 1879*, (Londres: John Murray, 1888), p. 149.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p.152.

<sup>27</sup> Lyford P. Edwards, *The Natural History of Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 1927), p. 70.

En los comienzos de un movimiento de masas se predica la esperanza inmediata. Es un intento de impulsar a sus seguidores a la acción, y es la marca central de la esperanza que impulsa a las personas a la acción. El cristianismo predicaba en sus comienzos el fin de los tiempos y el reino celestial a la vuelta de la esquina; Mahoma mostraba los premios ante los fieles; los jacobinos prometían libertad e igualdad inmediata; los primeros bolcheviques prometían pan y tierras; Hitler prometía el fin inmediato a la esclavitud de Versalles, y trabajo y actividad para todos. Después, cuando el movimiento ya está en posesión del poder, el énfasis cambia hacia una esperanza distante —el sueño y la visión. Porque un movimiento de masas “logrado” está preocupado por la conservación del presente, y aprecia la obediencia y la paciencia por encima de la acción espontánea, y cuando tenemos que “esperar lo que no vemos, es esperar con paciencia”<sup>28</sup>

Cada movimiento de masas establecido tiene su esperanza distante, su droga para embotar la impaciencia de las masas y reconciliarlos con su parte correspondiente en vida. El estalinismo es el opio del pueblo como lo son las religiones establecidas<sup>29</sup>.

## EL POBRE LIBRE

### 26

Los esclavos son pobres, pero cuando la esclavitud está muy extendida y es antigua, existe poca probabilidad de que aparezca un movimiento de masas. La igualdad absoluta entre los esclavos y la vida comunitaria familiar en el acuartelamiento de esclavos impide la frustración individual. En una sociedad con una institución de esclavitud, los agitadores son los recién llegados y los esclavos liberados. En el caso de estos últimos es el peso de la libertad la que está en la raíz de su descontento.

La libertad agrava la frustración al menos tanto como la alivia. La libertad de elección pone la totalidad de la culpa del fracaso sobre la espalda del individuo. Y como la libertad alienta una multiplicidad de intentos, resulta inevitable la multiplicidad de fracasos y de frustraciones. La libertad alivia la frustración mediante los paliativos de la acción, movimiento, cambio y protesta.

A menos que un hombre tenga el talento de hacer algo de sí mismo, la libertad es una carga pesada. ¿Para qué sirve la libertad de elegir si uno mismo es ineficaz? Nos unimos a un movimiento de masas para escapar de la responsabilidad individual o, en palabras del apasionado y joven nazi, “para ser libres de la libertad”<sup>30</sup>. No fue un gesto de hipocresía cuando los nazis corrientes se declararon a sí mismos como no culpables de todas las atrocidades que habían cometido. Se consideraban a sí mismos estafados y denigrados cuando los responsabilizaron por obedecer órdenes. ¿No se habían unido al movimiento nazi para estar libres de responsabilidad?

Parece entonces que la base más fértil para la propagación de un movimiento de masas es una sociedad con una libertad considerable pero desprovista de los paliativos de la frustración. Fue precisamente porque los campesinos franceses del siglo XVIII ya no eran siervos y eran propietarios de la tierra, a diferencia de los campesinos alemanes y austriacos, lo que les hizo receptivos a la llamada de la Revolución Francesa. Ni quizá se hubiera producido una revolución bolchevique si el campesino ruso no hubiera sido libre durante una generación o más y no le hubiese tomado gusto a la propiedad privada de tierra.

---

<sup>28</sup> Epístola de Pablo a los Romanos 8:25

<sup>29</sup> Ver Sección 116.

<sup>30</sup> I. A. R. Wylie, “The Quest of Our Lives”, *Reader's Digest*, Mayo 1948, p. 2.

Incluso los movimientos de masas que surgen bajo el nombre de la libertad en contra de un orden opresivo prohíben la libertad individual cuando ya están en marcha. Siempre que un movimiento de masas está comprometido en una batalla desesperada contra el orden establecido o cuando debe defenderse contra enemigos internos o externos, su principal preocupación será la unidad y el sacrificio, lo que requiere la entrega de la voluntad, juicio y prerrogativas del individuo. Según Robespierre, el gobierno revolucionario era “el despotismo de la libertad contra la tiranía”<sup>31</sup>.

Lo importante es que al olvidar o posponer la libertad individual, el movimiento de masas no va en contra de las inclinaciones de cualquier seguidor entusiasta. Los fanáticos, dice Renan, temen la libertad más que a la persecución<sup>32</sup>. Es cierto que los seguidores de un movimiento incipiente tienen una fuerte sensación de liberación aún cuando vivan y respiren en una atmósfera de adhesión a directrices y órdenes. Esta sensación de liberación proviene de que han escapado de las cargas, temores y desesperanzas de una existencia individual inaceptable. Es esta huida la que sienten como una liberación y una redención. La experiencia de un gran cambio conlleva una sensación de libertad, aún cuando los cambios se realicen en un marco de disciplina estricta. Solo cuando el movimiento ha pasado de su etapa activa y se consolida como una institución estable, entonces existe alguna oportunidad para que aflore la libertad individual. Cuanto más corta sea la fase activa, y no precisamente su final, más parecerá que el movimiento mismo hará posible la emergencia de la libertad individual. Esta impresión será más pronunciada cuanto más tiránica sea la situación que el movimiento de masas destruye y suplanta.

Los que ven sus vidas como algo gastado y arruinado desean fervientemente la igualdad y la fraternidad más que la libertad. Si reclaman la libertad es solo la libertad para establecer la igualdad y la uniformidad. La pasión por la igualdad es parcialmente una pasión por el anonimato: ser una hebra de las muchas que componen una túnica; una hebra que no se pueda distinguir de las demás.<sup>33</sup> De esa manera nadie puede señalarnos, compararnos con otros y mostrar nuestra inferioridad.

Aquellos que chillan con más fuerza por la libertad son con frecuencia los que serían menos felices en una sociedad libre. Los frustrados, oprimidos por sus deficiencias, culpan de su fracaso a las prohibiciones existentes. Su deseo más íntimo es poner fin a la “libertad para todos”. Desean eliminar la libre competición y las despiadadas pruebas a las que continuamente está sujeto el individuo en una sociedad libre.

Cuando la libertad es real, la igualdad es la pasión de las masas. Cuando la igualdad es real, la libertad es la pasión de una pequeña minoría.

La igualdad sin libertad crea una sociedad más estable que la libertad sin igualdad.

<sup>31</sup> Crane Brinton, *A Decade of Revolution* (Nueva York: Harper and Brothers, 1934), p. 161.

<sup>32</sup> Ernest Renan, *The Hibbert Lectures, 1880* (Londres: Williams and Norgate, 1898), Prólogo.

<sup>33</sup> Epicteto, *Discourses*, Libro I, Cap. 2.

Cuando la pobreza va acompañada de creatividad, normalmente está libre de frustración. Esto es lo que le ocurre al artesano pobre que es diestro en su profesión, y al escritor, artista y científico pobre que está en plena posesión de sus capacidades creativas. Nada estimula tanto nuestra confianza y nos reconcilia con nosotros mismos como la capacidad continua para crear; para que las cosas puedan crecer y desarrollarse bajo nuestra mano, día tras día. La decadencia de la artesanía en los tiempos modernos quizá sea una de las causas del surgimiento de la frustración y de la creciente receptividad del individuo a los movimientos de masas.

Resulta impresionante observar como el deterioro de las capacidades creativas del individuo provoca una inclinación pronunciada a unirse a los movimientos de masas. Resulta evidente la conexión entre la huida de un yo ineficaz y la sensibilidad a los movimientos de masas. Los autores, artistas o científicos en decadencia —decadencia por sequía de la corriente creativa— se pasan más pronto o más tarde al campo del patriota apasionado, vendedores de razas, promotores y defensores de causas sagradas. Puede que los sexualmente impotentes tengan el mismo tipo de impulso. (El papel del no creativo en el movimiento nazi se discute en la Sección 111).

Los pobres que son miembros de un grupo compacto —una tribu, una familia estrechamente unida, un grupo racial o religioso— están relativamente libres de frustración y, por tanto, casi inmunes al atractivo de un movimiento de masas. Cuanto menos se vea una persona como individuo autónomo capaz de dirigir su propio curso y solo responsable de su estancia en la vida, menos probable es que vea su pobreza como evidencia de su inferioridad. El miembro de un grupo compacto tiene un “nivel de rebelión” mal alto que un individuo autónomo. Se necesita más miseria y humillación personal para incitarle a la sublevación. La causa de una revolución en una sociedad totalitaria es normalmente el debilitamiento de la estructura totalitaria y no tanto el resentimiento contra la opresión y el desamparo.

Las fuertes ligaduras familiares de la China probablemente los mantiene relativamente inmunes al atractivo de los movimientos de masas. “Los europeos que ‘mueren por su país’ se conducen de una manera que es ininteligible para un chino [sic], porque su familia no se beneficia directamente —más todavía, se ve perjudicada por la pérdida de uno de sus miembros”. Por otro lado, encuentra que es comprensible y honorable “cuando un chino, en consideración al fuerte aprecio familiar, permite ser ejecutado como sustituto por una condena criminal”<sup>34</sup>.

Es evidente que el reclutamiento de un movimiento de masas debe romper todas las ataduras de grupo existentes si quiere conseguir un seguimiento considerable. El converso potencial es el individuo que está solo, que no tiene un cuerpo colectivo con el que pueda mezclarse y perderse y disfrazar las bajezas, insignificancia y pobreza de su existencia individual. Cuando un movimiento de masas encuentra la estructura corporativa de la familia, tribu, país, etc., en un estado de ruptura y deterioro, se moviliza y recoge la cosecha. Cuando encuentra la estructura corporativa en buen estado, tiene que atacar y desorganizar. Por otro lado, cuando vemos, como ocurrió recientemente en Rusia, al movimiento bolchevique apuntalando la solidaridad familiar y estimulando

<sup>34</sup> Arthur J. Hubbard, *The Fate of Empires* (Nueva York: Longmans, Green and Company, 1913), p. 170.

la cohesión nacional, racial y religiosa, es un signo de que el movimiento ha terminado su fase dinámica, estableció ya su nueva forma de vida, y de que su principal interés está conseguido y conserva ahora lo alcanzado. En el resto del mundo donde el comunismo todavía es un movimiento en lucha, hace todo lo que puede por desestabilizar la familia y desacredita las ataduras nacionales, raciales y religiosas.

## 32

Tiene bastante interés la actitud de los movimientos de masas hacia la familia. Casi todos nuestros movimientos contemporáneos muestran en sus etapas iniciales una actitud hostil hacia la familia, y hacen todo lo que pueden por desacreditarla y romperla. Pretenden conseguirlo socavando la autoridad de los padres; facilitando el divorcio; encargándose de la responsabilidad de alimentar, educar y entretener a los hijos; y alentando la ilegitimidad. Albergues abarrotados, exiliados, campos de concentración y terror también ayudan a debilitar y romper la familia. Sin embargo, ningún movimiento contemporáneo ha sido tan sincero en su antagonismo con la familia como lo fue el cristianismo primitivo. Jesús fue muy directo: "Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí"<sup>35</sup>. "Alguien le dijo: tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. El, respondiendo, dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos"<sup>36</sup>. Cuando uno de sus discípulos le pidió que le dejase ir para sepultar a su padre, Jesús le respondió: "Sígueme y deja a los muertos sepultar a sus muertos"<sup>37</sup>. Parecía darse cuenta de los desagradables conflictos familiares a los que estaba abocado su movimiento al provocar el reclutamiento y el odio fanático hacia sus antagonistas. "El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte"<sup>38</sup>. Resulta curioso pero cierto que aquellos que predicaban el amor fraternal también predicaban contra el amor a la madre, al padre, al hermano, la hermana, la esposa y los hijos. El sabio chino Mo-Tzü, que defendía el amor fraternal, fue duramente condenado por los confucionistas que valoraban la familia por encima de todo. Argumentaban que el principio de amor universal disolvía la familia y destruía la sociedad<sup>39</sup>. El proselitista que llega y dice "Sígueme" es un destructor de familias, aunque no sea consciente de ninguna hostilidad hacia la familia y no tenga la menor intención de debilitar su solidaridad. Cuando San Bernardo predicaba, su influencia era tal que "se decía que las madres tenían que esconder a sus hijos y las esposas a sus maridos para que no se fueran con él. Parece ser que rompió tantos hogares que las esposas abandonadas podían formar un convento"<sup>40</sup>.

Como se podía esperar, una ruptura de la familia, cualquiera que sea su causa, fomenta automáticamente un espíritu colectivo y provoca una sensibilidad favorable hacia los movimientos de masas.

---

<sup>35</sup> Mateo 10: 35-37.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 12: 47-49.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 8:22.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 10: 21.

<sup>39</sup> Kenneth Scott Latourette, *The Chinese, their History and Culture* (Nueva York: Macmillan Company, 1946), Vol. I, p. 79.

<sup>40</sup> Brooks Adams, *The Law of Civilization and Decay* (Nueva York: Alfred A. Knopf. Inc., 1943), p.142.

La invasión japonesa debilitó la estructura de la compacta familia de los chinos y contribuyó a la creciente sensibilidad actual hacia el nacionalismo y el comunismo. En el mundo occidental industrializado, la familia se debilitó y desorganizó principalmente por factores económicos. La independencia económica de la mujer facilitó el divorcio. La independencia económica de los jóvenes debilitó la autoridad paterna y también aceleró una primera escisión del grupo familiar. El creciente poder de los grandes centros industriales sobre la vida de las personas en las granjas y en las pequeñas ciudades tensó y rompió los lazos familiares. Al debilitar a la familia, estos factores contribuyeron al desarrollo del espíritu colectivo de los tiempos modernos.

La demencia de Hitler trasladando poblaciones enteras durante la Segunda Guerra Mundial y su absurda empresa de exterminio consiguió despedazar y mezclar a millones de familias en gran parte de Europa. Al mismo tiempo, los ataques aéreos de los anglo-americanos, la expulsión de nueve millones de alemanes hacia el este y sur de Europa y la repatriación tardía de prisioneros de guerra alemanes provocó en Alemania lo que Hitler había hecho en Europa. Resulta difícil imaginar, aún bajo condiciones económicas y políticas óptimas, cómo un continente desperdigado en familias rotas y desiguales podría construir una estructura social conservadora y normal.

### 33

El descontento generado en países poco desarrollados a causa de su contacto con la civilización occidental no se debe especialmente al resentimiento contra la explotación de extranjeros dominantes. Es más bien el resultado de la desintegración y debilitamiento de la solidaridad tribal y la vida comunitaria.

El ideal de progreso que la civilización occidental ofrece a las poblaciones atrasadas provoca la plaga de la frustración individual. Todas las ventajas que lleva Occidente son sustitutos ineficaces del anonimato cómodo y reconfortante de la existencia comunitaria. Aún cuando el nativo occidentalizado alcance el éxito personal — haciéndose rico o experto en una profesión respetada— no consigue ser feliz. Se siente desnudo y huérfano. Los movimientos nacionalistas de los países coloniales constituyen en parte un impulso a la existencia de grupo y un escape del individualismo occidental.

Las potencias colonizadoras occidentales ofrecen al nativo el regalo de la libertad y la independencia individual. Intentan inculcarle confianza en sí mismo. Pero eso quiere decir en realidad aislamiento individual. Significa separar a un individuo inmaduro y mal pertrechado de la totalidad corporativa y abandonarlo, en palabras de Khomiakov, “a la libertad de su propia impotencia”<sup>41</sup>. El deseo febril de juntarse y coaligarse en masas, que se manifiesta tanto en nuestra patria como en los países que colonizamos, es la expresión del esfuerzo desesperado para escapar de una existencia individual ineficaz e inútil. Es muy posible, por tanto, que los movimientos nacionalistas actuales de Asia puedan conducir —hasta sin la influencia rusa— a una forma de sociedad más o menos colectivista y no tanto a una sociedad democrática.

La política de una potencia colonial debería ser estimular la cohesión comunitaria entre los nativos. Alimentar la igualdad y un sentimiento de hermandad entre ellos. Porque cuanto más se interrelacionen y se pierda su individualidad en un todo compacto, más débil será la sensación de inutilidad individual; y está comprobado que es el origen del proceso que transforma la miseria en frustración y revueltas. La fórmula “divide y vencerás” resulta ineficaz cuando se pretende un debilitamiento de todas las formas de cohesión entre los gobernados. Cuando se desintegra un pequeño pueblo, una tribu o una nación en individuos autónomos, no se elimina ni se ahoga el espíritu de rebelión contra el poder gobernante. Una división eficaz es la que estimula una mul-

---

<sup>41</sup> Citado por Nicolas Zernov, *Three Russian Prophets* (Totonto: Macmillan Company, 1944), p. 63.

tipicidad de cuerpos compactos —raciales, religiosos o económicos— compitiendo y luchando entre sí.

Aún cuando un poder colonial sea totalmente filantrópico y su único propósito sea llevar la prosperidad y el progreso a un pueblo poco desarrollado, debe hacer todo lo que pueda para preservar y reforzar la estructura corporativa. No debe concentrarse en el individuo sino introducir las innovaciones y reformas en los canales tribales o comunitarios y dejar que la tribu o la comunidad progresen como un todo. Es cierto que la modernización con éxito de un pueblo poco desarrollado solo puede realizarse dentro de un fuerte marco de acción conjunta. La espectacular modernización de Japón se realizó en una atmósfera cargada de fervor comunitario y de conciencia de grupo.

La ventaja de la Rusia soviética como potencia colonizadora —además de carecer de sesgo racial— es que llega con una estructura ágil y eficaz de acción unificada. Puede desdeñar y hasta pasar por encima de cualquier relación de grupo sin el riesgo de estimular el descontento individual y las posibles rebeliones. Porque al nativo soviético no se le deja luchar solo en un mundo hostil. Comienza su nueva vida como miembro de un grupo estrechamente cerrado más compacto y comunitario que su clan o tribu primitiva.

El mecanismo de estimular la cohesión comunitaria como prevención del malestar colonial también puede utilizarse para prevenir el malestar laboral en los países industrializados.

El empresario cuyo único propósito es mantener a sus trabajadores en su tarea y obtener todo lo que pueda de ellos no es probable que consiga su meta dividiéndolos —enfrentando a unos contra otros. Le interesa más que los trabajadores se sientan parte de un todo, y preferiblemente un todo que incluya también al empresario. Un fuerte sentimiento de solidaridad, ya sea racial, nacional o religioso, es sin duda un medio eficaz de prevenir el malestar laboral. Aún cuando el tipo de solidaridad sea tal que no pueda abarcar al empresario, sin embargo tiende a fomentar la satisfacción y la eficacia en el trabajo. La experiencia muestra que la producción es mejor cuando los trabajadores se sienten y actúan como miembros de un equipo. Cualquier política que pueda perturbar y destrozar al equipo puede causar graves problemas. “Los planes de incentivos salariales que ofrecen primas a trabajadores individuales hacen más daño que otra cosa... Los planes de incentivos de grupo donde las primas se basan en el trabajo del equipo completo, incluyendo al capataz... es más probable que fomenten la productividad y aumenten la satisfacción de buena parte de los trabajadores”<sup>42</sup>.

### 34

Un movimiento de masas atrae y mantiene a los seguidores no por su doctrina y promesas, sino porque ofrece refugio a las ansiedades, a la esterilidad y falta de sentido de la existencia individual. Sirve de cura al frustrado, no proporcionándole una verdad absoluta o remediando las dificultades y abusos que convierten en miserables sus vidas, sino liberándolos de un yo ineficaz —y lo consiguen envolviéndolos y cautivándolos en una totalidad comunitaria estrechamente unida y triunfante.

Por tanto, es evidente que para tener éxito un movimiento de masas debe desarrollar desde el primer momento una organización corporativa compacta y una capacidad para cautivar e integrar a todos los recién llegados. Resulta inútil juzgar la viabilidad de un nuevo movimiento por la verdad de su doctrina y la viabilidad de sus promesas. Lo que tiene que juzgarse es su organización corporativa para la absorción rápida y total de los frustrados. Cuando los nuevos credos luchan entre sí por la lealtad del populacho, gana el que tiene el mejor y más perfecto marco colectivo. De todos los cultos y filosofías que compitieron en el mundo greco-romano, solamente el cristianismo de-

---

<sup>42</sup> Peter F. Drucker, “The Way of Industrial Peace” *Harper’s Magazine*, Nov. 1946, p. 392.

sarrolló desde el principio una organización compacta. “Ninguno de sus rivales poseía una estructura tan poderosa y coherente como la iglesia. Ninguno proporcionaba a sus seguidores un sentimiento igual de entrar en una comunidad estrechamente unida”<sup>43</sup>. El movimiento bolchevique superó a todos los demás movimientos marxistas en la carrera por el poder gracias a su organización fuertemente colectiva. El movimiento Nacional Socialista superó a todos los otros movimientos populares que abundaban por los años veinte, porque se dio cuenta de que un movimiento de masas nunca puede ir demasiado lejos en la defensa y promoción de la cohesión colectiva. Sabía que la principal pasión del frustrado es “pertenecer” y que nunca se hace demasiado para satisfacer esta pasión.

### 35

El medio más favorable para la aparición y propagación de los movimientos de masa es cuando una estructura corporativa compacta está, por una u otra razón, en estado de desintegración. La época en que surgió y se extendió el cristianismo “fue cuando un gran número de hombres estaban desarraigados. Los estados ciudad habían sido parcialmente refundidos en un gran imperio... y las viejas agrupaciones sociales y políticas estaban debilitadas o disueltas”<sup>44</sup>. El cristianismo hizo sus mayores progresos en las grandes ciudades donde vivían “miles de individuos desvinculados, algunos esclavos, otros libertos y también mercaderes, todos separados por la fuerza o voluntariamente de su ambiente tradicional”<sup>45</sup>. En el campo, donde las formas comunitarias estaban menos alteradas, la nueva religión encontró unas bases menos favorables. Los pueblerinos (*paganí*) y los campesinos (gentiles) se aferraban a los cultos más antiguos. Una situación similar se puede observar en la aparición de los movimientos nacionalista y socialista de la segunda mitad del siglo XIX: “la extraordinaria movilidad y urbanización de la población sirvió para crear durante aquellas décadas una cantidad ingente de... personas desarraigadas de la tierra ancestral y de las lealtades locales. Con una grave inseguridad económica y un fuerte desajuste psicológico, eran muy susceptibles a la propaganda demagógica socialista o nacionalista o de ambos tipos”<sup>46</sup>.

La regla general es que con un patrón debilitado de cohesión corporativa, las condiciones están maduras para la aparición de un movimiento de masas y para el establecimiento de una forma nueva y más fuerte de unidad compacta. Cuando una iglesia que fue abarcadora se relaja en sus cimientos, es probable que cristalicen nuevos movimientos. H. G. Wells comenta que en la época de la Reforma las personas “protestaban no solo por el poder de la iglesia, sino también por su debilidad... Los movimientos contra la iglesia, dentro y fuera de ella, eran movimientos no para liberarse de un control religioso, sino para conseguir un control religioso más pleno y abundante”<sup>47</sup>. Si la atmósfera religiosa está socavada por la ilustración, los movimientos nacientes serán socialistas, nacionalistas o racistas. La Revolución Francesa, que también fue un movimiento nacionalista, llegó no como una reacción contra la fuerte tiranía de la Iglesia Católica y el antiguo régimen, sino contra su debilidad e ineficacia. Cuando las personas se rebelan en una sociedad totalitaria, surgen no contra la maldad del régimen sino contra su debilidad.

---

<sup>43</sup> Kenneth Scott Latourette, *A History of the Expansion of Christianity* (Nueva York: Harper and Brothers, 1937), Vol. I, p.164.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>46</sup> Carlton J. H. Hayes, *A Generation of Materialism* (Nueva York: Harper and Brothers, 1941), p. 254.

<sup>47</sup> H. G. Wells, *The Outline of History* (Nueva York: Macmillan Company, 1922), p. 719.

Si la estructura corporativa es fuerte, resulta difícil para un movimiento de masas encontrar un fundamento. La cohesión comunitaria de los judíos, tanto en Palestina como en la Diáspora, fue probablemente una de las razones de que el Cristianismo progresara poco entre ellos. La destrucción del templo causó, en todo caso, un fortalecimiento de los lazos comunitarios. La sinagoga y la congregación tuvieron ahora mucha más devoción que anteriormente hacia el templo y hacia Jerusalén. Después, cuando la iglesia cristiana tuvo poder para recluir a los judíos en guetos, proporcionó un refuerzo adicional a su unidad comunitaria y así, sin proponérselo, aseguró la supervivencia intacta del judaísmo a través de los tiempos. La llegada de la “ilustración” debilitó tanto la ortodoxia como las murallas del gueto. De pronto, y quizá por primera vez desde los días de Job y el Eclesiastés, el judío se descubrió a sí mismo como un individuo terriblemente solo en un mundo hostil. No existía ningún cuerpo colectivo con el que pudiese mezclarse y desaparecer en él. La sinagoga y la congregación ya eran cosas sin vida, y las tradiciones y prejuicios de dos mil años impedían su completa integración en las asociaciones gentiles. El judío moderno se convirtió en el más autónomo de los individuos e inevitablemente en el más frustrado. Por tanto, no resulta sorprendente que los movimientos de masas de los tiempos modernos encontraran en él un converso fácil. El judío también abarrotó los caminos que conducen a los paliativos de la frustración, tales como el arribismo y la emigración. También se lanzó a un esfuerzo apasionado para demostrar su valía personal mediante logros materiales y trabajo creativo. Es cierto que le quedaba algo comunitario que podía utilizar con su propio esfuerzo, es decir, la familia —y lo hizo al máximo. Pero en el caso del judío europeo, Hitler trituró y destrozó este único refugio en los campos de concentración y las cámaras de gas. Así ahora, aún más que antes, el judío es el perfecto converso potencial, especialmente en Europa. Y casi parece providencial que el sionismo estuviese a mano en las horas más negras del judío para abrazarlo en su comunidad y curarlo de su aislamiento individual. Israel todavía es un refugio raro: es hogar y familia, sinagoga y congregación, nación y partido revolucionario, todo en uno.

La historia reciente de Alemania también proporciona un ejemplo interesante de la relación entre una comunidad compacta y una receptividad al atractivo de los movimientos de masas. No había ninguna probabilidad de un movimiento revolucionario genuino en la Alemania de Guillermo II. Los alemanes estaban satisfechos con el régimen autoritario y centralizado, y hasta la derrota de la Primera Guerra Mundial no perjudicó su amor por él. La revolución de 1918 fue algo artificial con poco respaldo popular. Los años que siguieron a la Constitución Weimar fueron para la mayoría de los alemanes una época de irritación y frustración. Utilizados para recibir órdenes y respetar la autoridad, descubrieron que el incontrolado e irreverente orden democrático era todo confusión y caos. Se dieron cuenta de “que tenían que participar en el gobierno, elegir un partido y opinar sobre asuntos políticos”<sup>48</sup>. Deseaban una comunidad compacta, más monolítica, amplia y gloriosa de lo que había sido el régimen del Káiser —y el Tercer Reich respondió cumplidamente a sus oraciones. El régimen totalitario de Hitler, una vez establecido, nunca estuvo en peligro por rebeliones de masas. En la medida en que la jerarquía nazi gobernante cargaba con todas las responsabilidades y tomaba todas las decisiones, no había ninguna posibilidad de que surgiera antagonismo popular. Podría haberse producido un momento peligroso si se hubiese relajado la disciplina nazi y su control totalitario. Lo que Tocqueville dijo del gobierno tiránico también es cierto de las organizaciones totalitarias —su momento de mayor peligro es cuando comienzan a reformar, es decir, cuando comienzan a mostrar tendencias liberales<sup>49</sup>.

La relación entre el cuerpo colectivo conocido como ejército y los movimientos de masas constituye un último ejemplo de la tesis de que los cuerpos colectivos eficaces son inmunes al atractivo de los movimientos de masas, pero una estructura colectiva

---

<sup>48</sup> Theodore Abel, *Why Came into Power* (Nueva York: Prentice-Hall, 1938), p. 150.

<sup>49</sup> Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, p. 152.

en desintegración es el medio más favorable para su aparición. Resulta difícil encontrar un caso de algún ejército intacto apoyando a un movimiento religioso, revolucionario o nacionalista. Por el contrario, un ejército en desintegración —ya sea por un proceso metódico de desmovilización o por desertión a causa de desmoralización— es un campo abonado para el proselitismo de un movimiento. El hombre expulsado del ejército es un magnífico converso potencial, y lo encontramos entre los primeros seguidores de todos los movimientos de masas contemporáneos. Se siente solo y perdido en la libre competencia de la vida civil. Las responsabilidades e incertidumbres de una existencia autónoma le pesan y consumen. Echa de menos la certidumbre, la camaradería, la libertad de las responsabilidades individuales y la visión de algo diferente a la sociedad de libre competencia que le rodea— y encuentra todo eso en la atmósfera de hermandad y renovación de un movimiento naciente<sup>50</sup>.

## VI Inadaptados

### 36

La frustración de los inadaptados puede variar en intensidad. En primer lugar están los inadaptados temporales: personas que no han encontrado su lugar en la vida pero todavía tienen esperanzas de encontrarlo. Los adolescentes, licenciados en paro, veteranos, nuevos inmigrantes y casos semejantes pertenecen a esta categoría. Están inquietos, disconformes y obsesionados por el miedo de que sus mejores años se consuman antes de alcanzar la meta. Son receptivos a las arengas del movimiento, pero no siempre se hacen fieles conversos. Porque no son enemigos irremediables de sí mismos; no se ven definitivamente arruinados. Les resulta fácil concebir una existencia autónoma que esté llena de significado y sea esperanzadora. La más ligera evidencia de progreso y éxito les reconcilia con el mundo y consigo mismos.

El papel de los veteranos en la aparición de movimientos de masas ya se trató en la Sección 35. Una guerra prolongada de los ejércitos nacionales puede dar lugar a un período de intranquilidad para los vencedores al igual que para los vencidos. La razón no es el trastorno de las pasiones ni el gusto por la violencia durante la guerra, ni la pérdida de fe en un orden social que no pudo impedir una pérdida de vidas y bienestar tan enorme y sin significado. Se debe más bien a la ruptura prolongada de la rutina civil de los millones de alistados en los ejércitos nacionales. Los soldados que han regresado encuentran difícil volver al ritmo de sus vidas anteriores. La vuelta a la paz y al hogar es lenta y penosa, y el país se inunda de inadaptados temporales.

Por tanto, parece que el paso de la guerra a la paz resulta más crítico para el orden establecido que el paso de la paz a la guerra.

### 37

Los desajustados permanentes son aquellos que por una carencia de talento o algún defecto irreparable en el cuerpo o en la mente no pueden hacer lo único que desean hacer fervientemente. Ningún logro en otros campos, por muy espectacular que sea, puede proporcionarles un sentido de realización. Cualquier cosa que emprendan se convierte en una persecución apasionada; pero nunca llegan, nunca terminan. Demuestran el hecho de que nunca podemos tener suficiente de lo que realmente no deseamos, y que corremos cada vez más rápido cuando nos alejamos de nosotros mismos.

---

<sup>50</sup> Más sobre veteranos en la Sección 38 y sobre la relación entre ejércitos y movimientos de masas en la Sección 64.

Los inadaptados permanentes sólo pueden encontrar la salvación en una separación completa de sí mismos, y normalmente la encuentran perdiéndose en la colectividad compacta de un movimiento de masas. Renunciando a la voluntad, al juicio y a la ambición individual, y dedicando todas sus energías al servicio de una causa eterna, se libran al fin del círculo sin fin que nunca les conduce a la realización.

Los frustrados más incurables — y, por tanto, los más vehementes— entre los inadaptados permanentes son aquellos con deseos insatisfechos en un trabajo creativo. Todos aquellos que intentan escribir, pintar, componer, etc., y fracasan rotundamente, y también aquellos que después de saborear la satisfacción de la creatividad sienten que se marchita la corriente creativa y saben que nunca más producirán nada valioso, todos estos se aferran a una pasión desesperada. Ni la fama, ni el poder, ni la riqueza, ni tan siquiera los grandes logros en otros campos pueden calmar su apetito. Incluso la inquebrantable dedicación a una causa sagrada no siempre los cura. Su apetito insaciable persiste y es probable que se conviertan en los más violentos extremistas al servicio de su causa sagrada<sup>51</sup>.

## **VII El egoísta inmoderado**

### **38**

El egoísta inmoderado es especialmente susceptible a la frustración. Cuanto más egoísta es una persona, más profundas son sus desilusiones. En consecuencia, el egoísta inmoderado probablemente es el campeón más persuasivo del desinterés.

Los fanáticos más feroces son con frecuencia personas egoístas que se vieron obligadas, por defectos internos o circunstancias externas, a perder la fe en sí mismas. Separan el exagerado instrumento del egoísmo de su yo ineficaz y lo ponen al servicio de alguna causa sagrada. Y aunque adopten una fe de amor y humildad, no pueden amar ni ser humildes.

## **VIII El ambicioso frente a oportunidades ilimitadas**

### **39**

Las oportunidades ilimitadas pueden ser tan potentes como causa de frustración como la escasez o la carencia de oportunidades. Cuando las oportunidades son aparentemente ilimitadas, existe un inevitable rechazo del presente. La actitud es: "Todo lo que estoy haciendo o posiblemente pueda hacer es una nadería comparado con lo que dejé de hacer". Tal es la frustración que cavila sobre campos dorados y obsesiona a las mentes tensas en tiempos de bonanza. De aquí el notable hecho, junto con el egoísmo desmedido que parece ser el motivo principal de los buscadores de oro, ambiciosos de tierras y otros entusiastas del enriquecimiento rápido, de que exista una facilidad excesiva para el sacrificio y la acción conjunta. El patriotismo, la solidaridad racial y hasta los sermones de la revolución encuentran una respuesta más fácil entre personas que ven oportunidades ilimitadas extendiéndose ante ellos que entre aquellos que se mueven dentro de los límites determinados de un patrón de existencia familiar, ordenado y previsible.

---

<sup>51</sup> Ver Sección 111.

## **IX Minorías**

40

Una minoría está en una posición incierta aunque esté protegida por la ley o por la fuerza. La frustración engendrada por la sensación inevitable de inseguridad es menos intensa en una minoría que intenta preservar su identidad que en una dispuesta a disolverse y mezclarse con la mayoría. Una minoría que conserva su identidad es necesariamente una totalidad compacta que defiende al individuo, le proporciona un sentimiento de pertenencia y le hace inmune a la frustración. Por el contrario, en una minoría dispuesta a la asimilación, el individuo permanece solo, vulnerable al prejuicio y a la discriminación. También se siente agobiado por el sentimiento de culpa, aunque sea impreciso, propio de un renegado. El judío ortodoxo está menos frustrado que el judío emancipado. El negro segregado del Sur está menos frustrado que el negro no segregado del Norte.

Una vez más, dentro de una minoría dispuesta a la asimilación, es probable que los que tienen mayor y menor éxito (económico y cultural) estén más frustrados que los que tienen un éxito moderado. El hombre que fracasa se ve a sí mismo como un excluido; y, en el caso de un miembro de un grupo minoritario que desea mezclarse con la mayoría, el fracaso intensifica el sentimiento de no pertenencia. Un sentimiento similar aparece en el otro extremo de la escala económica o cultural. Los miembros de una minoría que alcanzan fortuna y fama, con frecuencia encuentran dificultades para conseguir entrar en los círculos exclusivos de la mayoría. De esta forma se hacen conscientes de su exclusión. Además, al tener evidencia de su superioridad individual, están resentidos por la admisión de inferioridad implícita en el proceso de asimilación. Por tanto, se debe esperar que los que tienen mayor y menor éxito en una minoría dispuesta a la asimilación, serán más sensibles al atractivo de un movimiento de masas. Los menos y más afortunados entre los italo-americanos fueron los admiradores más fervientes de la revolución de Mussolini; los menos y más afortunados entre los irlandeses americanos fueron los más sensibles a la llamada de De Valera; los menos y más afortunados entre los judíos son los más sensibles al sionismo; los menos y más afortunados entre los negros son los más conscientes de la raza.

## **X El Aburrido**

41

Quizá no exista un indicador más fiable de la madurez de una sociedad para un movimiento de masas que el predominio del aburrimiento permanente. En casi todas las descripciones de los períodos precedentes a la aparición de los movimientos de masas existe alguna referencia a un enorme tedio; y en las primeras etapas de los movimientos de masas es más probable encontrar simpatizantes y apoyo entre los aburridos que entre los explotados y oprimidos. Para un agitador profesional de disturbios masivos, el dato de que las personas están mortalmente aburridas es al menos tan alentador como que estén sufriendo intolerables abusos económicos o políticos.

Cuando las personas están aburridas, están principalmente aburridas de sí mismas. La conciencia de una existencia inútil y estéril es el origen fundamental del aburrimiento. Las personas que no son conscientes de su separación individual, como ocurre con los que son miembros de una tribu, iglesia, partido, etc., no son aptos para el aburrimiento. El individuo diferenciado está libre de aburrimiento solo cuando está ocupado en algún trabajo creativo o en alguna ocupación absorbente o cuando está completamente concentrado en la batalla por la existencia. La búsqueda del placer y la disipación son paliativos ineficaces. Cuando las personas tienen vidas autónomas y no están en malas condiciones económicas, pero no tienen capacidades u oportunidades

para el trabajo creativo o actividad útil, no existe ningún cambio desesperado y fantástico al que puedan recurrir para proporcionar significado y propósito a sus vidas.

El aburrimiento explica la casi invariable presencia de solteras y mujeres de mediana edad en el nacimiento de los movimientos de masas. Hasta en el caso del Islam y del movimiento nazi, que rechazaban la actividad femenina fuera del hogar, encontramos que cierto tipo de mujeres jugaban un papel importante en las primeras etapas de su desarrollo.

El matrimonio es para las mujeres bastante equivalente a unirse a un movimiento de masas. Les ofrece un nuevo propósito en la vida, un nuevo futuro y una nueva identidad (un nuevo nombre). El aburrimiento de solteras y de mujeres que ya no pueden encontrar la felicidad y la realización en el matrimonio proviene de la consciencia de una vida estéril y arruinada. Al abrazar una causa sagrada y dedicar las energías y esfuerzos a su desarrollo, encuentran una nueva vida llena de propósitos y significado. Hitler hizo pleno uso de “las señoras de sociedad sedientas de aventuras, disgustadas por su vidas vacías, sin obtener ya nada de las aventuras amorosas”<sup>52</sup>. Fue financiado por las esposas de algunos de los grandes industriales bastantes antes de que sus maridos estuviesen con él<sup>53</sup>. Miriam Beard cuenta que las esposas aburridas de los comerciantes jugaron un papel similar antes de la Revolución Francesa: “estaban asoladas por el aburrimiento y propensas a los ataques de sus vapores. Aplaudían con impaciencia a los innovadores”<sup>54</sup>.

## XI Los Pecadores

### 42

El comentario sarcástico de que el patriotismo es el último refugio de los sinvergüenzas también tiene un significado menos despectivo. El patriotismo apasionado como el entusiasmo religioso y el revolucionario sirven a veces como refugio de una conciencia culpable. Resulta extraño que tanto el que injuria como el injuriado, el pecador y contra quien se peca, encuentran en el movimiento de masas la huida de una vida empañada. El remordimiento y el sentimiento de agravio parecen impulsar a las personas en la misma dirección.

A veces parece que los movimientos de masas están hechos a medida para adecuarse a las necesidades del criminal —no solo para la catarsis de su alma sino también para el ejercicio de sus inclinaciones y talentos. La técnica de reclutamiento de un movimiento de masas pretende despertar en el creyente el estado de ánimo y la disposición de un criminal arrepentido<sup>55</sup>. La renuncia, que es la fuente de unidad y vigor de un movimiento de masa, como se mostrará en la Parte 3, es un sacrificio, un acto de expiación, y claramente ninguna expiación se requiere a menos que haya un profundo sentido de pecado. Aquí, como en cualquier otra parte, la técnica de un movimiento de masas pretende infectar a las personas con una dolencia y después ofrece al movimiento como cura. “La tarea a la que se enfrenta el clero americano” —se lamenta un americano consagrado— “es predicar la buena nueva de un Salvador a personas que en su mayor parte no tienen ningún sentido real del pecado”<sup>56</sup>. Un movimiento de masas eficaz cultiva la idea de pecado. Describe al yo autónomo no solo

---

<sup>52</sup> Hermann Rauschning, *Hitler Speaks*, (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1940), p. 268.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p.258.

<sup>54</sup> Miriam Beard, *A History of the Businessman* (Nueva York: Macmillan Company, 1938), p. 462.

<sup>55</sup> “... Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.” Lucas 15:7. También en el Talmud (citado por Joseph Klausner en *Jesus of Nazareth*, p.380): “Donde el arrepentido permanece, el mejor virtuoso no es digno de permanecer.”

<sup>56</sup> Una carta en *Life*, Dic. 23, 1946, escrita por R.S. Aldrich.

como estéril e indefenso, sino también como mezquino. Confesar y arrepentirse es desprenderse de la distinción y separación del individuo, y la salvación se encuentra pediéndose uno mismo en la unidad sagrada de la congregación<sup>57</sup>.

Existe un sitio entrañable para el criminal y un halago apasionado para él en todos los movimientos de masas. San Bernardo, el alma de la Segunda Cruzada, hablaba así a los reclutados: “¿Qué es esto sino una oportunidad exquisita e inapreciable de salvación ofrecidas por el Dios único, que el omnipotente se digna convocar a Su servicio, como si fueran inocentes, a asesinos, violadores, adúlteros, perjuros y a los culpables de todos los crímenes?”<sup>58</sup>. La Rusia revolucionaria tenía un lugar amable para el criminal común, aunque fuese cruel con el hereje —los “desviacionistas” ideológicos. Puede que sea cierto que el criminal que abraza una causa sagrada arriesga más fácilmente su vida y llega hasta el extremo en su defensa que cualquier otra persona que reverencia la santidad de la vida y de la propiedad.

El crimen es en cierto sentido un sustituto de un movimiento de masas. Cuando la opinión pública y el cumplimiento de la ley no son demasiado estrictos, y la pobreza no es absoluta, la presión soterrada de los descontentos e inadaptados se manifiesta con frecuencia en el crimen. Es un hecho observado que en la apoteosis de los movimientos de masas (ya sean patrióticos, religiosos o revolucionarios) desciende la delincuencia común.

### **Parte 3** **Acción Unificada y Autosacrificio**

#### **XII Prólogo**

#### **43**

El vigor de un movimiento de masas proviene de la tendencia de sus seguidores a la acción unificada y al auto-sacrificio. Cuando atribuimos el éxito de un movimiento a su fe, doctrina, propaganda, liderazgo, crueldad y cosas parecidas, no hacemos más que referirnos a los instrumentos de unificación y a los medios usados para inculcar predisposición para el sacrificio. Es imposible comprender la naturaleza de los movimientos de masas a menos que se reconozca que su principal preocupación es alimentar, perfeccionar y perpetuar la disposición para la acción unificada y el sacrificio. Conocer los procesos mediante los que se origina tal disposición es captar la lógica interna de la mayor parte de las actitudes y prácticas características de un movimiento de masas. Con pocas excepciones<sup>59</sup>, cualquier organización o grupo que intente, por una u otra razón, crear y mantener una unidad compacta y una facilitación constante para el sacrificio manifiesta normalmente las peculiaridades —ya sean nobles o ruines— de un movimiento de masas. Por otro lado, un movimiento de masas está obligado a perder una gran parte de lo que le distingue de otros tipos de organización cuando relaja su cohesión colectiva y comienza a aceptar el interés propio como un motivo legítimo de actividad. En tiempos de paz y prosperidad, una nación democrática es una asociación institucionalizada de individuos más o menos libres. Por el contrario, en tiempos de crisis, cuando la existencia de la nación está amenazada e intenta reforzar su unidad y generar en sus gentes la disposición al sacrificio, casi siempre se adjudica en algún grado el carácter de movimiento de masas. Lo mismo es cierto de las organizaciones religiosas y revolucionarias: que se conviertan o no en un movi-

---

<sup>57</sup> Ver Sección 45 sobre las confesiones rusas.

<sup>58</sup> Citado por Brooks Adams, *The Law of Civilization and Decay* (Nueva York: Alfred A. Knopf, Inc., 1943), p. 144.

<sup>59</sup> Ver Sección 64 sobre ejércitos.

miento de masas depende menos de la doctrina que predicán y del programa que tienen que del grado de preocupación por la unidad y la disposición al sacrificio.

El punto clave es que la disposición para la acción unificada y el auto-sacrificio en los frustrados aparezcan espontáneamente. Resulta conveniente, por tanto, obtener algunas claves relacionadas con la naturaleza de estas tendencias y con la técnica que debe emplearse para inculcarlas deliberadamente, rastreando su aparición espontánea en la mente frustrada. ¿Qué le aflige al frustrado? ¿Es la conciencia de un yo irremediabilmente arruinado? Su principal deseo es huir de ese yo — y este deseo se manifiesta en la tendencia hacia la acción unificada y el sacrificio personal. La repulsa de un yo no deseado y el impulso a olvidarlo, a disfrazarlo, a desprenderse de él y perderlo, producen una disposición a sacrificarse y una voluntad a disolver el yo perdiendo la individualidad en una totalidad colectiva compacta. Además, el extrañamiento de sí mismo está acompañado normalmente por una sucesión de actitudes e impulsos diversos y aparentemente no relacionados, que un examen más cercano revela que son factores esenciales en el proceso de unificación y de auto-sacrificio. En otras palabras, la frustración no solo produce el deseo de unidad y la disposición al auto-sacrificio sino que también crea un mecanismo para su realización. Toda una serie de fenómenos diversos, como el desprecio del presente, la facilidad para fingir, la tendencia al odio, la facilidad de imitar, la credulidad, una disposición a intentar lo imposible y muchas otras cosas semejantes que abarrotan las mentes de los intensamente frustrados son, como veremos, agentes de unificación e indicadores de imprudencia.

En las Secciones 44-103 intentaremos mostrar que cuando pretendemos inculcar en las personas cierta facilidad para la acción unificada y el auto-sacrificio, hacemos todo lo que podemos —lo sepamos o no— para inducir y alentar un extrañamiento del yo, y que nos esforzamos en despertar y cultivar en ellos muchas de las diversas actitudes e impulsos que acompañan al extrañamiento espontáneo del yo en los frustrados. En resumen, intentaremos mostrar que la técnica de un movimiento activo de masas consiste básicamente en inculcar y cultivar las tendencias y respuestas propias de la mente frustrada

Es de suponer que el lector no esté de acuerdo con muchas de las cosas que se dicen en esta parte del libro. Es probable que piense que algunas se han exagerado mientras que otras se ignoran. Se debe tener en cuenta que éste no es un libro de texto. Es un libro de reflexión y no huye de las medias verdades en la medida en que apuntan a un nuevo enfoque y ayudan a formular nuevas preguntas. “Para ilustrar un principio”, dice Bagehot, “hay que exagerar mucho y también omitir mucho.”

La capacidad para la acción unificada y para el auto-sacrificio casi siempre van juntas. Cuando escuchamos que un grupo desprecia la muerte, normalmente estamos justificados en llegar a la conclusión de que el grupo está estrechamente unido y fuertemente cohesionado<sup>60</sup>. Por otro lado, cuando nos enfrentamos a un miembro de un grupo compacto, probablemente descubriremos que desprecia la muerte. Tanto la acción unificada como el auto-sacrificio exigen cierto empequeñecimiento personal. Para llegar a ser parte de una totalidad compacta, el individuo tiene que renunciar a muchas cosas. Tiene que renunciar a la intimidad, a las opiniones personales y, con frecuencia, a las posesiones individuales. Instruir a una persona en la acción unificada es, por tanto, prepararlo para actos de abnegación. Por otro lado, el hombre que practica la abnegación se desprende de la coraza que le mantiene aparte de los demás y le convierte en algo asimilable. Cada agente de unificación es, en consecuencia, un promotor del auto-sacrificio y viceversa. Sin embargo, en las siguientes secciones, haremos una distinción de conveniencia. Pero la función dual de cada factor la continuamos recordando siempre.

---

<sup>60</sup> “Entre los indios norteamericanos, los que tenían el más fuerte sentimiento de unidad eran los más belicosos”, W.G. Sumner, *War and Other Essays* (New Haven: Yale University Press, 1911), p.15.

Es conveniente exponer el plan seguido en las Secciones 44-63, que tratan el tema del auto-sacrificio.

La técnica de alimentar la disposición a la lucha y a la muerte consiste en separar al individuo de su yo de carne y hueso —no permitirle ser su yo real. Esto se puede conseguir asimilando al individuo dentro de un cuerpo colectivo compacto —Secciones 44-66; incorporándolo a un yo imaginario (ficticio) —Sección 47; imponiéndole una actitud despectiva hacia el presente e impulsando su interés en las cosas que todavía no son —Secciones 48-55; interponiendo una pantalla aparente entre él y la realidad (doctrina) —Secciones 56-59; impidiendo, mediante la implantación de pasiones, el asentamiento de un equilibrio estable entre el individuo y su yo (fanatismo) —Secciones 60-63.

### **XIII Factores que impulsan el auto-sacrificio**

#### IDENTIFICACIÓN CON UNA TOTALIDAD COLECTIVA

#### 44

Para impulsar a una persona hacia el auto-sacrificio hay que despojarla de su identidad y diferenciación individual. Tiene que dejar de ser George, Hans, Ivan o Tadao — un átomo humano con una existencia definida por el nacimiento y la muerte. La forma más drástica de conseguir este fin es mediante la completa asimilación del individuo en un cuerpo colectivo. El individuo plenamente asimilado no se ve a sí mismo ni a los demás como seres humanos. Cuando se le pregunta quién es, responde automáticamente que es un alemán, un ruso, un japonés, un cristiano, un musulmán, un miembro de alguna tribu o familia. No tiene ningún propósito, valía y destino al margen de su cuerpo colectivo; y en la medida en que ese cuerpo vive, él no puede morir.

Para un hombre sin un sentido de pertenencia, la vida misma es todo lo que hay. Es la única realidad en la eternidad de la nada y se aferra a ella con una desesperación impúdica. Dostoyevsky describió ese estado mental en *Crimen y Castigo* (II Parte, Capítulo 4). El estudiante Raskolnikov deambula por las calles de San Petersburgo en un estado delirante. Hacía varios días que había matado a dos ancianas con un hacha. Siente que ha cortado con la humanidad. Cuando atraviesa los arrabales cerca de Mercado de Heno, piensa: “si le concedieran vivir en un alto, en una roca sobre un espacio tan reducido que apenas si pudiera posar en él los dos pies —y en todo alrededor no hubiera más que el abismo, el mar, tiniebla eterna, eterna soledad y tempestad perenne—, y hubiera de estarse así su vida toda, mil años, toda la eternidad, preferiría vivir así a morir en seguida! ¡La cosa es vivir, vivir, vivir! ¡Vivir, sea como sea, pero vivir!”

La eliminación de la diferenciación individual debe ser exhaustiva. En cada acto, aunque sea trivial, el individuo debe asociarse mediante algún ritual con la congregación, la tribu, el partido, etc. Su alegría y su pesar, su orgullo y confianza deben de brotar de la fortuna y capacidades del grupo más que de su propia perspectiva y habilidades. Por encima de todo, nunca debe sentirse solo. Aunque esté perdido en una isla desierta, todavía debe sentir que está bajo los ojos del grupo. Estar fuera del grupo sería equivalente a estar fuera de la vida.

Sin duda, es un estado primitivo de la existencia, y los ejemplos más perfectos se encuentran entre las tribus primitivas. Los movimientos de masas se esfuerzan por aproximarse a esta perfección primitiva, y no estamos imaginando cosas cuando el sesgo anti-individualista de los movimientos contemporáneos de masas pretenden que regresemos a lo primitivo.

La capacidad para resistir la coacción depende parcialmente de la identificación individual con el grupo. Las personas que se mantuvieron mejor en los campos de concentración nazi fueron los que se sentían miembros de un partido compacto (comunistas), de una iglesia (sacerdotes y ministros) o de un grupo nacional cohesivo. Los individualistas, de cualquier nacionalidad, se hundieron. El judío occidental europeo demostró que era el más indefenso. Despreciado por los gentiles (hasta en los campos de concentración) y sin lazos vitales con una comunidad judía, se enfrentó a una soledad terrible —abandonado por toda la humanidad. Ahora nos damos cuenta de que el gueto de la Edad Media era una fortaleza más que una prisión. Sin el sentido de unidad y diferenciación extrema que impuso el gueto sobre ellos, no hubieran podido aguantar con el espíritu intacto la violencia y el abuso de aquellos siglos tenebrosos. Cuando la Edad Media regresó en nuestros días durante una breve década, atrajeron al judío sin sus antiguas defensas y lo aplastaron.

La conclusión inevitable es que cuando el individuo se enfrenta a la tortura o a la aniquilación, no puede apoyarse en los recursos de su propia individualidad. La única fuente de fuerza es no ser él mismo sino parte de algo poderoso, glorioso e indestructible. La fe es aquí un proceso de identificación; el proceso por el que el individuo deja de ser él mismo y se convierte en parte de algo eterno. La fe en la humanidad, en la posteridad, en el destino de la propia religión, nación, raza, partido o familia — ¿qué es sino la imaginación de ese algo eterno al que nos adherimos cuando nos preparamos para ser aniquilados?

Es algo terrorífico darse cuenta de que los líderes totalitarios de nuestros días, al reconocer esta fuente de coraje desesperado, la utilizan no solo para endurecer el espíritu de sus seguidores sino también para romper el espíritu de sus adversarios. En las purgas de los viejos líderes bolcheviques, Stalin tuvo éxito en transformar a los hombres orgullosos y valientes en cobardes rastrosos privándoles de cualquier posibilidad de identificación con el partido al que habían servido toda su vida al igual que con las masas rusas. Estos viejos bolcheviques hacía mucho tiempo que habían cortado con la humanidad exterior de Rusia. Tenían un inmenso desprecio por el pasado y por la historia que todavía podía hacerse por el sistema capitalista. Habían renunciado a Dios. No tenían ni el pasado ni el futuro, ni la memoria ni la gloria fuera de los confines de la Rusia sagrada y el Partido Comunista —y ambas estaban ahora completa e irrevocablemente en manos de Stalin. Se sentían, en palabras de Bujarin, “aislados de todo lo que constituye la esencia de la vida”. Así se confesaban. Humillándose ante la congregación de creyentes, rompieron su aislamiento. Renovaron su comunión con la totalidad eterna denigrándose a sí mismos, acusándose de crímenes monstruosos y espectaculares, y despreciándose en público.

Los mismos rusos que se acobardaron y arrastraron ante la policía secreta rusa demostraron una valentía insuperable cuando se enfrentaron —individualmente o en grupo— a los invasores nazis. La razón para esta conducta contradictoria no es que la policía de Stalin fuese más brutal que las tropas de Hitler, sino que cuando se enfrentaban a la policía de Stalin los rusos se sentían meros individuos mientras que, al enfrentarse a los alemanes, se veían como miembros de una raza poderosa, depositaria de un pasado glorioso y de un futuro aún más glorioso.

De igual manera, en el caso de los judíos, su conducta en Palestina no se podía adivinar por su conducta en Europa. Los oficiales coloniales británicos en Palestina siguieron una política aparentemente lógica, pero carente de visión. Pensaban que, puesto que Hitler había controlado el exterminio de seis millones de judíos sin encontrar gran resistencia, no sería difícil manejar a 600.000 judíos en Palestina. Encontraron que los judíos en Palestina, aunque recién llegados, eran un formidable enemigo: temerarios, inexorables e ingeniosos. El judío en Europa se enfrentó solo a sus enemigos, un individuo aislado, un fragmento de vida flotando en una eternidad de la

nada. En Palestina no se sentía como un átomo humano, sino como un miembro de una raza eterna, con un pasado inmemorable y un futuro impresionante por delante.

## 46

Los teóricos del Kremlin probablemente sabían que para mantener la sumisión de las masas rusas no deberían tener la menor oportunidad de identificarse con ningún cuerpo colectivo fuera de Rusia. El propósito del Telón de Acero consiste en impedir que las gentes rusas alcancen el mundo exterior —aunque solo sea con el pensamiento—, y no tanto impedir la infiltración de espías y saboteadores. El telón es tanto físico como psicológico. La imposibilidad total de cualquier oportunidad de emigración — hasta de ciudadanos rusos casados con extranjeros— desdibuja la conciencia de una humanidad exterior en las mentes rusas. Se podría soñar y tener esperanza de escapar a otro planeta. La barrera psicológica es igualmente importante: la descarada propaganda del Kremlin se esfuerza en convencer a los rusos de que no existe nada valioso ni eterno, nada que merezca admiración y reverencia, nada importante con que identificarse, fuera de los confines de la sagrada Rusia.

## SIMULACIÓN

## 47

Morir y matar parece fácil cuando forman parte de un ritual, una ceremonia, una realización dramática o un juego. Se necesita algún tipo de simulación para enfrentarse a la muerte sin temor. Para nuestro yo real y verdadero no existe nada sobre la tierra o el cielo por lo que merezca la pena morir. Solo cuando nos vemos a nosotros mismos como actores en un escenario (y, por tanto, irreales) es cuando la muerte pierde su carácter horroroso y definitivo, y se convierte en un acto ficticio, de simulación y en un gesto teatral. Una de las principales tareas del líder real consiste en enmascarar la realidad tétrica de morir y matar provocando en sus seguidores la ilusión de que están participando en un grandioso espectáculo, en una actuación dramática o festiva.

Hitler vistió a ochenta millones de alemanes con disfraces y les hizo realizar una ópera grandiosa, heroica y sangrienta. En Rusia, donde hasta la construcción de una letrina implica cierto auto-sacrificio, la vida ha sido un drama ininterrumpido durante treinta años y todavía no se ve su fin. Las personas de Londres actuaron heroicamente bajo una lluvia de bombas porque Churchill les adjudicó el papel de héroes. Desempeñaron su papel heroico ante una gran audiencia —antepasados, contemporáneos y venideros— y en una época iluminada por una ciudad en llamas y bajo la música del tableteo de las armas y el estallido de las bombas. Resulta dudoso si en nuestro mundo contemporáneo, con su extensa diferenciación individual, se puede realizar cualquier medida general de auto-sacrificio sin un engaño y pirotecnia teatral. Es difícil ver, por tanto, cómo el actual gobierno laborista inglés puede realizar su programa de socialización, que exige algunas medidas de sacrificio de los británicos, en el contexto incoloro y nada dramático de la Inglaterra socialista. La falta de teatralidad de la mayoría de los líderes socialistas británicos es un signo de rectitud e integridad intelectual, pero una desventaja para el experimento de nacionalización que es indudablemente el propósito central de sus vidas<sup>61</sup>.

La indispensable representación en el tétrico negocio de morir y matar es particularmente evidente en el caso de los ejércitos. Sus uniformes, banderas, emblemas, desfiles, música, y protocolo y ritual elaborados están diseñados para separar al sol-

---

<sup>61</sup> Ver más sobre esta materia en la Sección 90.

dado de su yo de carne y hueso y enmascarar la realidad abrumadora de la vida y la muerte. Hablamos del teatro de la guerra y de las batallas. En las órdenes militares los líderes del ejército recuerdan siempre a sus soldados que los ojos del mundo les observan, que sus antepasados les vigilan y que la posteridad les recordará. El gran general sabe como conjurar a su audiencia por encima de las arenas del desierto y de las olas del océano.

La gloria es en gran medida un concepto teatral. No existe ningún esfuerzo por la gloria sin la conciencia real de una audiencia —el conocimiento de nuestras grandes hazañas llegarán a los oídos de nuestros contemporáneos o “de aquellos que deban oírlo”. Estamos dispuestos a sacrificar nuestro yo auténtico y efímero por el imaginario yo eterno que construimos mediante nuestras hazañas heroicas en la opinión y la imaginación de los demás.

En la práctica de los movimientos de masas, la simulación juega un papel más permanente que cualquier otro factor. Cuando se acaban la fe y el poder de persuadir o imponer, la simulación permanece. No existe ninguna duda de que al escenificar sus procesiones, desfiles, rituales y ceremonias, el movimiento de masas toca una fibra sensible de los corazones. Hasta la mentalidad más serena se entusiasma ante la vista de un impresionante espectáculo de masas. Se produce excitación y contagio entre participantes y espectadores. Es posible que los frustrados sean más sensibles a la fuerza y esplendor de la masa que las personas autosuficientes. El deseo de escapar o camuflar su insatisfacción personal desarrolla en los frustrados cierta facilidad para simular —para aparentar— y también una disposición para identificarse completamente con los espectáculos de masas.

#### DESPRECIO DEL PRESENTE

### 48

En sus comienzos un movimiento de masas parece un adalid del presente contra el pasado. Percibe en las instituciones y privilegios establecidos la invasión de un pasado senil y perverso sobre el presente. Pero, para expulsar la fuerza del pasado, se necesita una unidad completa y auto-sacrificio ilimitado. Esto significa que las personas que pretenden atacar el pasado para liberar el presente deben estar deseosas de renunciar con entusiasmo a cualquier oportunidad de saborear o heredar el presente. Es evidente lo absurdo de esta proposición. Por eso se produce un inevitable énfasis cuando el movimiento se pone en marcha. El presente —el objetivo original— desaparece de escena y en su lugar aparece la posteridad —el futuro. Más aún: se rechaza el presente como si fuese algo sucio y se almacena con el detestado pasado. La línea de combate se dibuja ahora entre las cosas que son y que han sido, y las cosas que todavía no son.

Perder la propia vida no es otra cosa que perder el presente; y, naturalmente, perder un presente corrupto y sin valor no es perder mucho.

Un movimiento de masas no sólo describe el presente como mezquino y miserable —lo hace deliberadamente. Muestra una estructura de la existencia individual que es inflexible, dura, represiva y torpe. Condena abiertamente el placer y las comodidades, y ensalza la vida rigurosa. Concibe los placeres ordinarios como triviales o hasta deshonrosos, y presenta la búsqueda de la felicidad personal como algo inmoral. Disfrutar es relacionarse con el enemigo —el presente. El objetivo básico del ideal ascético predicado por la mayoría de los movimientos es alimentar el desprecio por el presente. La campaña contra los apetitos es un esfuerzo para alejar los fuertes tentáculos que se aferran al presente. Que esta triste vida individual se realice sobre un fondo vívido y dramático de boato colectivo sirve para acentuar su inutilidad.

El carácter claramente impracticable de muchas de las metas que se proponen los movimientos de masas forma parte de la campaña contra el presente. Todo lo que se

puede hacer, lo que es factible y posible, forma parte del presente. Ofrecer algo factible sería incrementar la promesa del presente y reconciliarnos con él. La fe en los milagros implica un rechazo y un desafío hacia el presente. Cuando Tertuliano proclamó, “Y Él fue enterrado y resucitó; es cierto porque es imposible”, estaba retando al presente. Se ve el presente como una reflexión desvaída y distorsionada de una gran incógnita que palpita debajo y más allá de nosotros. El presente es una sombra y una ilusión.

## 49

No puede existir un rechazo genuino del presente sin la esperanza garantizada de un futuro mejor. Por mucho que lamentemos la vileza de nuestros tiempos, si la perspectiva ofrecida por el futuro es el deterioro progresivo o la continuación inalterable del presente, entonces estamos inevitablemente enfocados a reconciliarnos con nuestra existencia —por difícil y perversa que pueda ser.

Todos los movimientos de masas rechazan el presente describiéndolo como un medio preliminar para un futuro glorioso; una simple plataforma en el umbral del milenio. Para un movimiento religioso el presente es un lugar de exilio, un valle de lágrimas que conduce al reino divino; para una revolución social es un paso intermedio en el camino hacia la Utopía; para un movimiento nacionalista es un episodio innoble que precede al triunfo final.

Es cierto que la esperanza producida por la visualización penetrante de un futuro glorioso es la fuente más potente de osadía y olvido de sí mismo —más potente que el rechazo implícito del presente. Un movimiento de masas tiene que centrar los corazones y las mentes de sus seguidores en el futuro aún cuando no estén comprometidos en una batalla a vida o muerte con las instituciones y privilegios establecidos. El auto-sacrificio implicado en la acción compartida y cooperativa es imposible sin esperanza. Cuando hoy es todo lo que existe, cogemos todo lo que podemos y esperamos. Estamos flotando en un océano de nada y nos agarramos a cualquier miserable fragmento de ruinas como si fuera el árbol de la vida. Por el contrario, cuando todo está por delante y por llegar, encontramos fácil compartir todo lo que tenemos y renunciar a las ventajas a nuestro alcance. La conducta de los miembros del partido Donner cuando se mantuvieron a flote por la esperanza y, más tarde, cuando la esperanza desapareció, ilustra la dependencia que tiene la cooperación y el espíritu comunitario de la esperanza. Los que no tienen esperanza están divididos y se dirigen hacia un egoísmo desesperado. El sufrimiento común por sí mismo, cuando no va unido a la esperanza, ni unifica ni provoca generosidad mutua. Los hebreos esclavizados en Egipto, “sus vidas eran amargas en un duro cautiverio”, disputaban y reñían. Moisés les había dado esperanzas sobre la tierra prometida antes de que se pudieran unificar. Las treinta mil personas sin esperanza en el campo de concentración de Buchenwald no desarrollaron ninguna forma de acción unificada, ni manifestaron ninguna disposición al auto-sacrificio. Había más avaricia y crueldad egoísta que en la más ambiciosa y corrupta de las sociedades libres. “En lugar de estudiar la mejor forma de ayudarse unos a otros, utilizaron todo su ingenio para dominar y oprimirse entre sí.”<sup>62</sup>

---

<sup>62</sup> Christopher Burney, *The Dungeon Democracy* (Nueva York: Duell, Sloan and Pearce, 1946), p. 147. Ver también sobre la misma materia Odd Nansen, *From Day to Day* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1949), p. 335; también Arthur Koestler, *The Yogi and the Commissar* (Nueva York: Macmillan Company, 1945), p. 178.

La glorificación del pasado puede servir como un medio para menospreciar el presente. Pero a menos que vaya unido a expectativas sangrientas del futuro, una visión exagerada del pasado provoca una actitud de cautela y no los esfuerzos temerarios de un movimiento de masas. Por el contrario, no existe una manera más poderosa de empequeñecer el presente que verlo como un simple eslabón entre un pasado glorioso y un futuro glorioso. Por eso, aunque un movimiento de masas se vuelva al principio hacia el pasado, con el tiempo desarrolla una conciencia viva, casi siempre engañosa, sobre un lejano y glorioso pasado. Los movimientos religiosos regresan al día de la creación; las revoluciones sociales hablan de una época dorada cuando los hombres eran libres, iguales e independientes; los movimientos nacionalistas reviven o inventan recuerdos de la grandeza del pasado. Esta preocupación por el pasado no solo es el resultado del deseo de demostrar la legitimidad del movimiento y la ilegitimidad del viejo orden, sino que también pretende mostrar el presente como un simple interludio entre pasado y futuro<sup>63</sup>.

La conciencia histórica también produce cierto sentido de continuidad. Poseído por una visión deslumbrante del pasado y del futuro, el verdadero creyente se ve a sí mismo como parte de algo que se extiende de forma interminable hacia atrás y hacia adelante —algo eterno. Puede alejarse del presente (y de su propia vida) no solo porque es algo mezquino y sin valor, sino también porque no es el comienzo ni el fin de todas las cosas. Además, una conciencia lúcida del pasado y del futuro priva al presente de realidad. Hace que el presente parezca un fragmento de una procesión o un desfile. Los seguidores de un movimiento de masas se ven a sí mismos en marcha batiendo tambores y ondeando banderas. Son los participantes de un drama apasionante representado por una gran audiencia —generaciones pasadas y generaciones todavía por llegar. Les hace sentir que no son reales sino actores que desempeñan un papel, y sus obras son una “representación” más que algo real. Se percibe la muerte como un gesto, un acto de simulación.

Una actitud de rechazo hacia el presente alimenta la capacidad de predicción. Las personas bien adaptadas hacen profecías pobres. Por el contrario, los que están en guerra con el presente están pendientes de las semillas del cambio y de las potencialidades de los pequeños comienzos.

Una existencia agradable nos ciega ante las posibilidades de cambios drásticos. Nos aferramos a lo que llamamos sentido común, nuestro punto de vista práctico. En realidad, no son más que nombres para la familiaridad absorbente de las cosas tal como están. La evidencia de una existencia placentera y serena es tal que hace que las demás realidades, aunque sean inminentes, parezcan vagas y visionarias. Así ocurre que cuando los tiempos de desquician, cogen de improviso a las personas prácticas y miran como visionarios a los que se aferran a las cosas que no existen.

Por el contrario, los que rechazan el presente y fijan sus ojos y corazones en el porvenir tienen la facultad de detectar el embrión del futuro peligro o la ventaja de la madurez de los tiempos. En consecuencia, el individuo frustrado y el verdadero creyente hacen mejores pronósticos que los que tienen razón en desear la conservación del statu quo. “Son con frecuencia los fanáticos, y no siempre los espíritus delicados, los que encuentran el hilo correcto de las soluciones necesarias para el futuro”<sup>64</sup>.

<sup>63</sup> Para otra visión de este tema, ver Sección 20.

<sup>64</sup> Ernest Renan, *History of the People of Israel* (Boston: Little, Brown and Company, 1888-1896), Vol. III, p. 416.

Es interesante comparar las actitudes hacia el presente, futuro y pasado manifestadas por los conservadores, liberales, escépticos, radicales y reaccionarios.

El conservador duda de que el presente pueda ser mejorado e intenta configurar el futuro a imagen del presente. Recurre al pasado para reafirmar el presente: “Yo buscaba el sentido de continuidad, la confianza de que nuestros desatinos contemporáneos eran endémicos en la naturaleza humana, que nuestras modas fueron herejías antiguas, que las cosas amadas que fueron amenazadas también se maltrataron en el pasado.”<sup>65</sup> De hecho, ¡el conservador es como el escéptico! “Una cosa de la que dicen, ‘mira esto, esto es nuevo’, aún ésa fue ya en los siglos anteriores a nosotros”<sup>66</sup> Para el escéptico el presente es la suma de todo lo que ha sido y lo que será. “Lo que fue, eso será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará; no se hace nada nuevo bajo el sol”<sup>67</sup>. El liberal ve el presente como el legítimo descendiente del pasado y como algo constantemente creciendo y desarrollándose hacia un futuro mejor: dañar el presente es mutilar el futuro. Los tres aprecian el presente y, como sería de esperar, no aceptan de buen grado la idea de auto-sacrificio. Su actitud hacia el auto-sacrificio está perfectamente expresado por el escéptico: “porque mejor es un perro vivo que un león muerto. Pues los vivos saben que han de morir: más el muerto nada sabe... ni tendrán jamás parte alguna en lo que sucede bajo el sol”<sup>68</sup>.

El radical y el reaccionario abominan el presente. Lo ven como una aberración y una deformidad. Ambos están dispuestos a proceder cruel y temerariamente con el presente, y ambos son generosos con la idea de auto-sacrificio. ¿En qué se diferencian? Principalmente en su visión de la flexibilidad de la naturaleza del hombre. El radical tiene una fe apasionada en la perfectibilidad de la naturaleza humana. Cree que cambiando el ambiente del hombre y perfeccionando la técnica de moldear el alma, la sociedad puede forjar cualquier cosa nueva y sin precedentes. El reaccionario no cree que el hombre tenga benéficas potencialidades desconocidas. Si se quiere establecer una sociedad estable y saludable, debe configurarse a partir de los modelos probados del pasado. Concibe el futuro como una restauración gloriosa y no como una innovación sin precedentes.

En realidad la línea fronteriza entre el radical y el reaccionario no está demasiado clara. El reaccionario manifiesta radicalismo cuando consigue recrear su pasado ideal. Su imagen del pasado se basa menos en lo que realmente fue que en lo que quiere que sea el futuro. Hace innovación más que reconstrucción. Un cambio similar ocurre en el caso del radical cuando se ocupa de construir su nuevo mundo. Siente la necesidad de una orientación práctica, y puesto que ha rechazado y destruido el presente, se ve impulsado a asociar el nuevo mundo con algún punto del pasado. Si ha empleado la violencia en la configuración de lo nuevo, su visión de la naturaleza del hombre se oscurece y se acerca estrechamente a la del reaccionario.

La combinación del reaccionario y el radical es especialmente evidente en los que están comprometidos en un renacimiento nacionalista. Los seguidores de Gandhi en la India y de los sionistas en Palestina reviven un pasado glorioso y al mismo tiempo crean una Utopía sin precedentes. Los profetas fueron una mezcla de reaccionario y radical. Predicaban el regreso a la antigua fe y también imaginaban un nuevo mundo y una nueva vida.

<sup>65</sup> John Buchan, *Pilgrim's Way* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1940), p. 183.

<sup>66</sup> Eclesiastés 1:10.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 1:9.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 9:4, 5, 6

Es evidente que la actitud despectiva de un movimiento de masas hacia el presente apoya las inclinaciones del frustrado. Lo que sorprende, cuando se escucha al frustrado condenar el presente y todas sus obras, es la enorme alegría que obtienen de lo que hacen. Tal placer no puede venir de la simple descarga de un agravio. Debe haber algo más —y lo hay. Extendiéndose sobre la incurable bajeza y vileza de los tiempos, el frustrado amortigua su sentimiento de fracaso y aislamiento. Es como si dijera: “No solo nuestras vidas empañadas, sino las vidas de todos nuestros contemporáneos, hasta las de los más felices y afortunados, carecen de valor y están desperdiciadas”. Menospreciando el presente adquieren una vaga sensación de igualdad.

Los medios que utiliza un movimiento de masas para hacer intolerable el presente (Sección 48) golpean una línea sensible en el frustrado. El autodominio necesario para superar sus apetitos le proporciona una ilusión de fortaleza. Sienten que al dominarse a sí mismos dominan el mundo. La defensa de un movimiento de masas de lo irrealizable e imposible también concuerda con sus gustos. Los que fracasan en los asuntos cotidianos muestran cierta tendencia a pretender lo imposible. Es un truco para disfrazar sus defectos. Porque cuando fracasamos al intentar lo posible, la culpa es solamente nuestra; pero cuando fracasamos al intentar lo imposible, estamos justificados al atribuirlo a la magnitud de la tarea. Existe menos riesgo en ser desacreditados cuando intentamos lo imposible que cuando intentamos lo posible. Por eso el fracaso en asuntos cotidianos engendra con frecuencia una temeridad extraordinaria.

Parece que el frustrado obtiene mucha satisfacción —y a veces más— de los medios que utiliza un movimiento de masas que de las metas que defiende. El placer del frustrado en el caos y el colapso de la fortuna y la prosperidad no proviene de la conciencia optimista de que están poniendo las bases de la sociedad perfecta. En el grito fanático de “o todo o nada”, la segunda alternativa resuena como un deseo más apasionante que la primera.

#### “COSAS QUE NO SON”

Una de las reglas que surge de la consideración de los factores que promueven el auto-sacrificio es que estamos menos dispuestos a morir por lo que tenemos o somos que por lo que deseamos tener o ser. Es una verdad desconcertante y desagradable que cuando los hombres ya tienen “algo valioso por lo que luchar”, entonces ya no tienen ganas de luchar. Las personas que tienen vidas valiosas y plenas normalmente no están dispuestas a morir por sus propios intereses ni por su país ni por una causa sagrada<sup>69</sup>. Desear ardientemente, no poseer, es la madre de la entrega temeraria de uno mismo.

“Las cosas que no son” son más poderosas que “las cosas que son”<sup>70</sup>. En todas las épocas los hombres han luchado más desesperadamente por las ciudades bellas todavía por construir y por los jardines todavía por plantar. Satán no divaga cuando dice todo lo que sabe: “Y todo cuando el hombre tiene lo dará gustoso por su vida”<sup>71</sup>. Todo

<sup>69</sup> Algo de esta verdad desconcertante aparece en una carta escrita desde Noruega en la época de la invasión nazi: “El problema es que hemos sido tan favorecidos en todo ue muchos de nosotros hemos perdido el verdadero espíritu de auto-sacrificio. La vida ha sido tan agradable para una gran parte de las personas que no están dispuestas a arriesgarla en serio”. Citada por J.D. Barry en el *News* de San Francisco, 22 de Junio de 1940.

<sup>70</sup> I. Corintios 1: 28.

<sup>71</sup> Job 2:4

lo que tiene —sí. Pero está dispuesto a morir antes que dar algo de lo que todavía no tiene.

Resulta extraño que los que abrazan el presente y se agarran a él con todas sus fuerzas deban ser los menos capaces de defenderlo. Y que, por el contrario, los que rechazan con desprecio el presente y se lavan las manos son los que tendrán todas sus dádivas y tesoros sin pretenderlo.

Sueños, visiones y deseos salvajes son armas poderosas e instrumentos realistas. La mentalidad práctica de un líder verdadero consiste en reconocer el valor funcional de estos instrumentos. Sin embargo, este reconocimiento proviene normalmente de un desprecio del presente que puede remontarse a una ineptitud natural para los asuntos prácticos. El hombre de negocios con éxito es a menudo un fracaso como líder comunitario porque su mente se adapta a las “cosas que son” y su corazón impone lo que puede realizarse en “nuestro tiempo”. El fracaso en la gestión de los asuntos prácticos parece ser un requisito para el éxito en la gestión de los asuntos públicos. Y es afortunado que algunas naturalezas orgullosas cuando sufren la derrota en el mundo práctico no se sienten aplastadas, sino que se disparan de repente con la convicción aparentemente absurda de que son extremadamente competentes para dirigir la fortuna de la comunidad y de la nación.

## 55

No es totalmente absurdo que las personas puedan estar dispuestas a morir por un emblema, una bandera, una palabra, una opinión, un mito y cosas semejantes. Es por el contrario menos razonable dar la propia vida por algo que tiene objetivamente valor. Porque la vida de uno es la más real de todas las cosas reales y sin ella no puede haber ninguna cosa que tenga valor. El auto-sacrificio no puede ser una expresión de egoísmo manifiesto. Aún cuando estemos dispuestos a morir para no ser aniquilados, el impulso de lucha proviene menos del interés propio que de cosas intangibles como tradición, honor (una palabra) y, sobre todo, esperanza. Cuando no existe esperanza, las personas o bien huyen o se dejan matar sin luchar. Se agarrarán a la vida como si estuvieran deslumbrados. ¿Cómo se puede explicar de otra manera el hecho de que millones de europeos se dejasen conducir a campos de aniquilación y cámaras de gas, sabiendo sin ninguna duda que los llevaban a la muerte? Uno de los terribles poderes de Hitler fue saber como dejar sin ninguna esperanza a sus enemigos (al menos de la Europa continental). Su convicción fanática de que estaba construyendo un nuevo orden que duraría al menos mil años contagió tanto a sus seguidores como a sus adversarios. Los primeros tuvieron la sensación de que luchando por el Tercer Reich se aliaban con la eternidad, mientras que los últimos sintieron que la batalla contra el nuevo orden de Hitler era un desafío contra un destino inexorable.

Resulta curioso que los judíos que se sometieron al exterminio en la Europa de Hitler lucharon desenfrenadamente en Palestina. Y aunque se dijo que luchaban en Palestina porque no tenían elección —tenían que luchar o serían ahogados por los árabes— también es verdad que su disposición atrevida y temeraria hacia el auto-sacrificio no surgía de la desesperación sino de una preocupación apasionada por el renacimiento de una tierra arcaica y de un pueblo ancestral. Luchaban y morían por ciudades que había que construir y por jardines todavía sin plantar.

## DOCTRINA

## 56

La disposición al auto-sacrificio depende de la insensibilidad a las realidades de la vida. Quienes son libres de sacar conclusiones de sus experiencias y observaciones

personales normalmente no están a favor de la idea de martirio. Porque el auto-sacrificio es un acto irrazonable. No puede ser la conclusión de un proceso de examen y deliberación. Todos los movimientos de masas se esfuerzan, por tanto, en poner una pantalla entre la fe y las realidades del mundo. Y lo hacen afirmando que la verdad última y absoluta ya está incorporada en su doctrina y que no existe ninguna verdad ni certidumbre fuera de ella. Los hechos sobre los que fundamenta el verdadero creyente sus conclusiones no proceden de su observación o experiencia sino de los escritos sagrados. "Tan tenazmente debemos aferrarnos al mundo revelado por el Evangelio, que si yo viese a todos los Ángeles del Cielo bajar sobre mí para decirme algo diferente, no sólo no me sentiría tentado a dudar ni una sola sílaba, sino que cerraría mis ojos y taparía mis oídos, porque ellos no merecerían ser vistos ni oídos"<sup>72</sup>. Confiar en la evidencia de los sentidos y la razón es una herejía, una traición. Resulta sorprendente pensar cuanta incredulidad es necesaria para hacer posible la creencia. Lo que conocemos como fe ciega está fundamentada por innumerables incredulidades. Los japoneses fanáticos en Brasil no quisieron creer durante años la evidencia de la derrota del Japón. Los fanáticos comunistas rehusaron creer cualquier informe o evidencia desfavorable sobre Rusia, ni tampoco desilusionarse al ver con sus propios ojos la cruel miseria dentro de la tierra prometida soviética.

La capacidad del verdadero creyente para "cerrar los ojos y taparse los oídos" ante hechos que no merecen ser vistos u oídos es la fuente de su fortaleza y constancia excepcional. No le asusta el peligro, ni se desanima por los obstáculos, ni se desconcierta por las contradicciones porque niega que existan. La fuerza de la fe, como señaló Bergson, no se manifiesta en mover montañas sino en ver que las montañas se mueven<sup>73</sup>. La certidumbre de su doctrina infalible es la que convierte al verdadero creyente en impermeable a las incertidumbres, sorpresas y a las realidades desagradables del mundo que le rodea.

En consecuencia, la eficacia de una doctrina no debería juzgarse por su profundidad, carácter sublime y validez de las verdades que incorpora, sino por la medida en que consigue aislar radicalmente al individuo de su yo y del mundo tal como es. Lo que Pascal dijo de una religión eficaz es verdad de cualquier doctrina: debe ser "contraria a la naturaleza, al sentido común y al placer"<sup>74</sup>.

## 57

La eficacia de una doctrina no proviene de su significado sino de su certeza. Ninguna doctrina, por profunda y sublime que sea, será eficaz a menos que se presente como la encarnación de la única y sola verdad. Debe ser la única palabra a partir de la cual todas las cosas son y todas las cosas hablan<sup>75</sup>. Disparates burdos, sinsentidos triviales y verdades sublimes son igualmente potentes para disponer a las personas al auto-sacrificio si son aceptadas como la verdad única y eterna.

Es evidente, por tanto, que una doctrina no tiene que ser comprendida, sino que más bien tiene que ser creída para ser eficaz. Solo podemos estar absolutamente seguros de cosas que no comprendemos. Una doctrina que se entiende está debilitada. En el momento en que entendemos una cosa, es como si se hubiese originado en nosotros. Y, evidentemente, a los que se les pide que renuncien a sí mismos y se sacrifi-

---

<sup>72</sup> Lutero, "Table Talk, Number 1687". Citado por Frantz Funck-Brentano, *Luther* (Londres: Jonathan Cape, Ttd. 1939), p. 246.

<sup>73</sup> Henri L. Bergson, *The Two Sources of Morality and Religion* (Nueva York: Henry Holst and Company, 1935).

<sup>74</sup> Pascal, *Pensées*.

<sup>75</sup> Tomás de Kempis, *Of the Imitation of Christ* (Nueva York: Macmillan Company, 1937), Cap. III.

quen no pueden ver la certeza eterna en nada que se origine en ellos. El hecho de que comprendan plenamente una cosa deteriora su validez y certidumbre.

Siempre se incita al devoto a que busque la verdad absoluta en su corazón y no en su mente. “Es el corazón el que es consciente de Dios, no la razón”<sup>76</sup>. Rudolph Hess, cuando prestó juramento al partido nazi en 1934, exhortó a sus oyentes: “No busquen a Adolph Hitler con el cerebro; todos ustedes lo encontrarán con la fuerza de sus corazones”<sup>77</sup>. Cuando un movimiento comienza a racionalizar su doctrina y a convertirla en inteligible, es un signo de que ha terminado su tiempo de acción; que ya está principalmente interesado en la estabilidad. Porque, como veremos más tarde (Sección 106), la estabilidad de un régimen necesita la lealtad de los intelectuales, y una doctrina se hace inteligible para atraerlos y no para fomentar el auto-sacrificio en las masas.

Si una doctrina no es incomprensible, tiene que ser vaga; y si no es incomprensible ni vaga, tiene que ser indemostrable. Hay que alcanzar el cielo o el futuro lejano para determinar la verdad de una doctrina eficaz. Cuando parte de una doctrina es relativamente simple, existe la tendencia entre los creyentes a complicarla y oscurecerla. Las palabras simples están cargadas de significado y las convierten en símbolos de un mensaje secreto. Hay una atmósfera analfabeta alrededor del más ilustrado de los verdaderos creyentes. Parece que utilizan palabras como si fueran ignorantes de su significado verdadero. Por eso les gusta utilizar sutilezas, distinciones y escolasticismos.

## 58

Estar en posesión de la verdad absoluta es tener una estructura de conocimiento para toda la eternidad. No existen sorpresas ni enigmas. Todas las preguntas ya han sido respondidas, todas las decisiones hechas, todas las eventualidades previstas. El verdadero creyente no tiene dudas ni vacilaciones. “El que conoce a Jesús conoce la razón de todas las cosas”<sup>78</sup>. La doctrina verdadera es una llave maestra para todos los problemas del mundo. Con ella el mundo puede hacerse pedazos y puede volver a unificarse. La historia oficial del partido comunista establece: “El poder de la teoría marxista-leninista descansa en el hecho de que permite al Partido encontrar la orientación correcta en cualquier situación, comprende la conexión interna de los acontecimientos actuales, predecir su curso y percibir no sólo cómo y en qué dirección se desarrollan en el presente sino cómo y en qué dirección evolucionarán en el futuro”<sup>79</sup>. El verdadero creyente se ve impulsado a intentar lo inaudito y lo imposible no solo porque su doctrina le proporciona cierto sentido de omnipotencia sino también porque le presta una confianza sin precedentes en el futuro. (Ver Sección 4).

Un movimiento de masas rechaza el presente y centra su interés en el futuro. De esta actitud saca su fuerza, porque puede actuar imprudentemente con el presente — con la salud, bienestar y vidas de sus seguidores. Pero debe actuar como si ya hubiese leído la última palabra del libro del futuro. Su doctrina es la clave de ese libro.

## 59

¿Se adoctrina más fácilmente al frustrado que al no frustrado? Pascal era de la opinión de que “uno está mejor dispuesto a entender los escritos sagrados cuando se

---

<sup>76</sup> Pascal, *op. cit.*

<sup>77</sup> Konrad Heiden, *Der Fuehrer* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1944), p. 758.

<sup>78</sup> Pascal, *op. cit.*

<sup>79</sup> *History of the Communist Party* (Moscú, 1945), p. 355. Citado por John Fischer, *Why They Behave Like Russians* (Nueva York: Harper and Brothers, 1947), p. 236.

odia a sí mismo”<sup>80</sup>. Existe cierta relación entre la insatisfacción con uno mismo y la tendencia a la credulidad. La necesidad de escapar de nuestro yo real también es la necesidad de escapar de lo racional y lo evidente. El rechazo a vernos como somos desarrolla cierto disgusto por los hechos y la lógica pura. No existe ninguna esperanza para el frustrado en lo real y lo posible. La salvación solo les puede llegar del milagro, que se cuele por las finas grietas de la realidad inexorable. Quieren ser engañados. Lo que Stresemann dijo de los alemanes es cierto del frustrado en general: “No solo rezan por el pan de todos los días, sino también por su ilusión de todos los días”<sup>81</sup>. Parece ser que aquellos que no encuentran ninguna dificultad en engañarse a sí mismos son fácilmente engañados por los demás. Son fáciles de persuadir y de gobernar.

Un aspecto peculiar de la credulidad es que con frecuencia va unida a la tendencia al embuste. La asociación entre creer y mentir no es una característica exclusiva de los niños. La incapacidad o desgana para ver las cosas como son estimula tanto la ingenuidad como la charlatanería.

## FANATISMO

### 60

En la Sección 1 insinuamos que los movimientos de masas son necesarios para la realización de cambios drásticos y bruscos. Resulta extraño que hasta los cambios prácticos y deseables, tales como la renovación de sociedades paralizadas, necesiten para su realización una atmósfera de intensa pasión y se acompañen de todos los defectos y locuras de un movimiento de masas. La sorpresa disminuye cuando comprendemos que la preocupación principal de un movimiento de masas es inculcar en sus seguidores cierta facilidad para la acción unificada y el auto-sacrificio, y que consigue esta facilidad despojando a cada ente humano de su diferenciación y autonomía, y convirtiéndolo en una partícula anónima sin voluntad ni juicio propio. El resultado no solo son seguidores compactos y temerarios sino también una masa flexible y homogénea que se manipula a voluntad. La plasticidad humana necesaria para la realización de cambios drásticos y bruscos parece ser, por tanto, un producto derivado del proceso de unificación y de inculcar la disposición al auto-sacrificio.

Lo importante es que el extrañamiento de sí mismo, que es un requisito tanto de la plasticidad como de la conversión, casi siempre actúa en una atmósfera de pasión intensa. Porque el apasionamiento no sólo es un medio eficaz de perturbar un equilibrio establecido entre el hombre y su yo, sino que también es la consecuencia inevitable de tal perturbación. La pasión se libera hasta cuando el extrañamiento del yo se provoca por los medios más desapasionados. Sólo el individuo que ha llegado a aceptar su yo puede tener una actitud desapasionada hacia el mundo. Una vez que se altera la armonía con el yo, y un hombre se ve empujado a rechazar, renunciar, desconfiar u olvidar su yo, entonces se convierte en una entidad altamente reactiva. Como un radical químico inestable, necesita combinarse con cualquier cosa que esté a su alcance. No puede mantenerse al margen, en equilibrio y autosuficiente, sino que tiene que adherirse completamente a uno u otro extremo.

Encendiendo y fomentando violentas pasiones en los corazones de sus seguidores, los movimientos de masas impiden el establecimiento de un equilibrio interno. También emplean medios directos para conseguir un extrañamiento del yo. Describen una existencia autónoma y autosuficiente no sólo como algo árido y sin sentido, sino también como algo depravado y perverso. El hombre en soledad es una criatura desvalida, miserable y pecadora. Su única salvación está en rechazar su yo y encontrar

---

<sup>80</sup> Citado por Emile Caillet, *The Clue to Pascal* (Toronto: Macmillan Company, 1944).

<sup>81</sup> Citado por Michael Demiashkevich, *The National Mind* (Nueva York: American Book Company, 1938), p. 353.

una nueva vida en el seno de una comunidad sagrada —ya sea una iglesia, una nación o un partido. De esta forma, la denigración del yo mantiene la pasión al rojo vivo.

## 61

El fanático está siempre incompleto e inseguro. No puede generar confianza en sí mismo a partir de sus recursos individuales —a partir de su yo rechazado—, sólo la encuentra aferrándose apasionadamente a cualquier cosa a la que abraza. Este apego apasionado es la esencia de su ciega devoción y religiosidad, y lo ve como la fuente de toda virtud y fortaleza. Aunque su dedicación exclusiva es una manera de aferrarse a su querida vida, se ve a sí mismo como el partidario y defensor de la causa sagrada a la que se agarra. Y está dispuesto a sacrificar su vida para demostrarse a sí mismo y a los demás que ese es su papel. Sacrifica su vida para demostrar su valor.

Esto significa que el fanático está convencido de que la causa a la que se aferra es monolítica y eterna —el fundamento de todos los tiempos. Su sensación de seguridad proviene de su apego apasionado y no de la excelencia de su causa. El fanático no es realmente muy tenaz al principio. Se abraza a una causa no por su justicia y santidad sino a causa de su necesidad desesperada de aferrarse a algo. Con frecuencia es su necesidad de apego apasionado lo que convierte a la causa que abraza en una causa sagrada.

El fanático no puede apartarse de su causa apelando a la razón o a su sentido moral. Tiene miedo a comprometerse y no se le puede persuadir para que juzgue la certidumbre y rectitud de su causa sagrada. Pero no tiene ninguna dificultad para cambiar bruscamente y de forma temeraria de una causa a otra. No puede ser convencido, sólo convertido. Su apego apasionado es más vital que la calidad de la causa a la que se somete.

## 62

Aunque pueda parecer que están en polos opuestos, los fanáticos de todo tipo están realmente amontonados en el mismo extremo. Es el fanático y el moderado quienes son polos distintos y nunca se juntan. Los fanáticos de diversas tonalidades se miran entre sí con suspicacia y están listos para lanzarse a la garganta del otro. Pero son semejantes y casi de la misma familia. Se odian entre sí con el odio de hermanos. Están tan alejados y tan cercanos como Saúl y Pablo. Y es más fácil para un comunista fanático convertirse al fascismo, al chovinismo o al catolicismo que llegar a ser un liberal moderado<sup>82</sup>.

El opuesto al fanático religioso no es el ateo fanático sino el cínico gentil a quien no le importa si existe o no existe Dios. El ateo es una persona religiosa. Cree en el ateísmo como si fuese una nueva religión<sup>83</sup>. Es un ateo con devoción y fervor. Según Renan, “El día después de que ya no quede nadie en el mundo que crea en Dios, los ateos serán los más desdichados de todos los hombres”<sup>84</sup>. De la misma manera, lo opuesto del chovinista no es el traidor sino el ciudadano razonable que está enamorado del presente y no le gusta el martirio ni los gestos heroicos. El traidor es un fanático —radical o reaccionario— que se aproxima al enemigo para acelerar la caída de un mundo que aborrece. La mayoría de los traidores de la Segunda Guerra Mundial venían de la extrema derecha. “Existe una línea muy fina entre el violento, el nacionalista extremo y la traición”<sup>85</sup>.

<sup>82</sup> Ver ejemplos en la Sección 14.

<sup>83</sup> Fëdor Dostoyevsky, *The Idiot*, Parte IV, Cap. 7.

<sup>84</sup> Ernest Renan, *op. cit.*, Vol. V., p. 159.

<sup>85</sup> Harold Ettliger, *The Axis on the Air* (Inidanapolis: Bobbs-Merrill Company, 1943), p. 39.

El parentesco entre el reaccionario y el radical se trató en la Sección 52. Todos los que hemos vivido durante la década de Hitler sabemos que el reaccionario y el radical tienen más en común que cualquiera de los dos con el liberal o el conservador.

### 63

Resulta dudoso que el fanático que deserta de su causa o se queda bruscamente sin ella pueda todavía adaptarse a la existencia individual autónoma. Permanece como un autostopista sin casa ni hogar en las carreteras del mundo buscando cualquier causa eterna por la que rodar. Una existencia individual, aunque esté llena de significado, le parecerá trivial, inútil y pecaminosa. Vivir sin una dedicación ardiente es estar a la deriva y abandonado. Ve en la tolerancia un signo de debilidad, de frivolidad y de ignorancia. Tiene hambre de la convicción profunda que produce la entrega total —aferrarse incondicionalmente a un credo y a una causa. La cuestión no es el contenido de la causa, sino la dedicación total y la comunión con una congregación. Todavía está dispuesto a embarcarse en una cruzada contra su primera causa, pero debe ser una cruzada genuina —intransigente, intolerante, que se proclame como la única y verdadera.

Por esta razón los millones de ex-fanáticos derrotados de Alemania y Japón son más sensibles a los sermones del comunismo y del catolicismo militante que a las enseñanzas de las formas de vida democráticas. El mayor éxito de la propaganda comunista en este caso no se debe a una técnica superior, sino al sesgo peculiar de los que fueron fanáticos alemanes y japoneses. Los portavoces de la democracia no ofrecen ninguna causa sagrada a la que agarrarse y ninguna totalidad corporativa para perderse en ella. La Rusia comunista puede convertir fácilmente a los prisioneros de guerra japoneses en comunistas fanáticos, mientras que ninguna propaganda americana, aunque sea sutil y perfecta, puede convertirlos en demócratas amantes de la libertad.

## MOVIMIENTOS DE MASAS Y EJÉRCITOS

### 64

Es conveniente ahora, antes de abandonar el tema del auto-sacrificio, echar un vistazo a las semejanzas y diferencias entre movimientos de masas y ejércitos —un problema que ya apareció en las Secciones 35 y 47.

Las semejanzas son muchas: tanto los movimientos de masas como los ejércitos son cuerpos colectivos; ambos despojan al individuo de su autonomía y diferenciación; los dos exigen auto-sacrificio, obediencia incuestionable y fidelidad sincera; hacen un amplio uso de la simulación para fomentar la audacia y la acción unificada (ver Sección 47); pueden servir como refugio a los frustrados que no pueden mantener una existencia autónoma. Un cuerpo militar como la Legión Extranjera puede atraer a muchos tipos que normalmente pretenden unirse a un nuevo movimiento. También es verdad que el personal de reclutamiento, el agitador comunista y el misionero con frecuencia pescan simultáneamente en los sumideros de los barrios marginales.

Pero las diferencias son fundamentales: el ejército no está para cumplir la necesidad de una nueva forma de vida; no es un camino de salvación. Puede usarse como un palo en manos de un cabecilla para imponer una nueva forma de vida y obligar a derribar involuntariamente a alguien. Pero el ejército es principalmente un instrumento diseñado para la conservación o expansión de un orden establecido —viejo o nuevo. Es un instrumento temporal que puede reunirse y disolverse a voluntad. Los movimientos de masas, por el contrario, parecen ser un instrumento imperecedero y aquellos que se unen lo hacen de por vida. El ex-soldado es un veterano, hasta puede que un héroe; el ex-verdadero creyente es un renegado. El ejército es un instrumento para

sostener, proteger y expandir el presente. El movimiento de masas pretende destruir el presente. Su preocupación es el futuro y consigue su fuerza e impulso de esta preocupación. Cuando un movimiento de masas comienza a preocuparse por el presente, significa que ya ha llegado. Deja entonces de ser un movimiento y se convierte en una organización institucionalizada —una iglesia establecida, un gobierno o un ejército (de soldados o trabajadores). El ejército popular, que con frecuencia es el producto final de un movimiento de masas, conserva muchos de los atavíos del movimiento —palabrería piadosa, consignas, símbolos sagrados; pero como cualquier otro ejército se mantiene unido no tanto por fe y entusiasmo como por el mecanismo desapasionado del entrenamiento, espíritu de cuerpo y coacción. Pronto pierde el ascetismo y fervor de la congregación sagrada y desarrolla la algarada y el gusto por el placer del presente que caracteriza a todos los ejércitos.

Siendo un instrumento del presente, un ejército trata principalmente con lo posible. Sus líderes no se apoyan en los milagros. Aún cuando animados por una fe apasionada, están abiertos a las concesiones. Por el contrario, el líder de un movimiento de masas tiene un desprecio aplastante por el presente —para todos sus hechos y dudas recalcitrantes, hasta las geográficas y climáticas. Confía en los milagros. Su odio al presente (su nihilismo) le lanza hacia delante cuando la situación se convierte en desesperada. Destruye a su país y a su gente antes que rendirse.

El espíritu de auto-sacrificio dentro de un ejército se alimenta de devoción al deber, la simulación, el espíritu de cuerpo, el entrenamiento, la fe en el líder, deportividad, espíritu de aventura y el deseo de gloria. Estos factores, a diferencia de los empleados por un movimiento de masas, no provienen del desprecio del presente y del aborrecimiento de un yo no deseado. Por tanto, pueden desarrollarse en una atmósfera ponderada. El soldado fanático normalmente es un fanático convertido en soldado y no al revés. El espíritu de auto-sacrificio del ejército se manifiesta con nobleza en palabras de Sarpedon hablando a Glaucus cuando asaltaron la muralla griega: “¡Oh amigo! Ojalá que, huyendo de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni yo me batiría en primera fila, ni te llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; pero, como son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, sin que éstos puedan huir de ellas ni evitarlas, vayamos y daremos gloria a alguien, o alguien nos la dará a nosotros.”<sup>86</sup>

La diferencia más notable entre los movimientos de masas y los ejércitos está en su actitud hacia la multitud y el gentío. De Tocqueville observa que los soldados son “los hombres que pierden sus cabezas más fácilmente y quienes se muestran más débiles en los días de revolución”<sup>87</sup>. Para el general típico, la masa es algo en que se convertiría su ejército si fuera derrotado. Él es más consciente de la inconstancia de la masa y de su voluntad de anarquía que de su disposición al auto-sacrificio. La percibe como el producto final envenenado de un cuerpo colectivo en descomposición y no como el material bruto de un nuevo mundo. Su actitud es una mezcla de miedo y desprecio. Sabe como suprimir la masa pero no como ganarla. Por el contrario, el líder del movimiento de masas —de Moisés a Hitler— saca su inspiración de un mar de rostros trastornados y el rugido de la masa es como la voz de Dios en sus oídos. Percibe una fuerza irresistible a su alcance —una fuerza que él puede dominar. Y con esta fuerza podrá destruir imperios y ejércitos y todo el poderoso presente. El rostro de la masa es como “el rostro de la profundidad” desde el cual, como Dios en el día de la creación, dará a luz un nuevo mundo.

---

<sup>86</sup> Homero, *Iliada*.

<sup>87</sup> Alexis de Tocqueville, *Recollections* (Nueva York: Macmillan Company, 1896), p. 52.

## XIV Agentes Unificadores

### ODIO

#### 65

El odio es el más accesible y abarcador de todos los agentes unificadores. Gira y lanza al individuo fuera de su propio yo, le hace olvidar su bienestar y su futuro, le libera de sus celos y de sus egoísmos. Se convierte en una partícula anónima que tiembla con el deseo ardiente de fundirse y juntarse con su semejante en una masa enfurecida. Heine sugiere que lo que no puede hacer el amor cristiano se consigue mediante el odio común<sup>88</sup>.

Los movimientos de masas pueden surgir y extenderse sin creer en un Dios, pero nunca sin creer en un demonio. La fuerza de un movimiento de masas es proporcional a la fortaleza y evidencia de su demonio. Cuando le preguntaron a Hitler si pensaba que los judíos debían ser destruidos, respondió: “No... Tendríamos entonces que inventarlo. Es esencial tener un enemigo tangible, no meramente abstracto”<sup>89</sup>. F.A. Voigt lo cuenta de una misión japonesa que llegó a Berlín en 1932 para estudiar el movimiento Nacional Socialista. Voigt preguntó a un miembro de la misión qué pensaba del movimiento. Le contestó: “Es magnífico. Me gustaría tener algo así en Japón, pero no es posible porque nosotros no tenemos judíos”<sup>90</sup>. Quizá sea cierto que la perspicacia y astucia de los hombres que saben como poner en marcha un movimiento de masas, o como mantenerlo, se manifiesta tanto en saber escoger un enemigo digno como en conocer que doctrina se debe abrazar y que programa adoptar. Los teóricos del Kremlin apenas esperaron a que se enfriaran las pistolas de la Segunda Guerra Mundial para seleccionar al Occidente democrático, y especialmente América, como el enemigo elegido. Resulta dudoso que cualquier gesto de buena voluntad y cualquier concesión por nuestro lado reduciría el volumen y veneno de crítica contra nosotros procedente del Kremlin.

Uno de los problemas más serios de Chiang Kai-shek fue su fracaso para encontrar un nuevo demonio adecuado después de que los japoneses desaparecieran de escena al final de la guerra. El ambicioso y obsesivo General fue demasiado engreído para darse cuenta de que no fue él sino el demonio japonés quien causó el entusiasmo, la unidad y la disposición al auto-sacrificio de las masas chinas.

#### 66

El odio común unifica los elementos más heterogéneos. Compartir un odio común, hasta con el enemigo, es contagiarle con una especie de parentesco y debilitar así su poder de resistencia. Hitler no sólo utilizó el anti-semitismo para unificar a los alemanes, sino también para aprovechar la determinación del odio judío de Polonia, Rumanía, Hungría y finalmente hasta de Francia. Hizo un uso similar del anti-comunismo.

#### 67

Según parece, al igual que la divinidad ideal, el demonio ideal es uno. Sabemos desde Hitler —la principal autoridad en demonios— que el genio de un gran líder consiste en concentrar todo el odio en un enemigo único, haciendo que “hasta enemigos

---

<sup>88</sup> Heinrich Heine, *Religion and Philosophy in Germany* (Londres: Trubner and Company, 1882), p. 89.

<sup>89</sup> Hermann Rauschning, *Hitler Speaks* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1940), p. 234.

<sup>90</sup> Fritz August Voigt, *Unto Caesar* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1938), p. 301.

enconados parece que pertenecen a una sola categoría”<sup>91</sup>. Cuando Hitler seleccionó a los judíos como su demonio, prácticamente abarrotó al mundo de fuera de Alemania con judíos o con los que trabajaban para ellos. “Detrás de Inglaterra están los judíos, y detrás de Francia, y detrás de los Estados Unidos”<sup>92</sup>. Stalin se apunta al principio monoteísta cuando eligió un demonio. El demonio al principio fue el fascista, ahora es el plutócrata americano.

De nuevo, como la divinidad ideal, el demonio ideal es omnipotente y omnipresente. Cuando se le preguntó a Hitler si no estaba dando excesiva importancia a los judíos, dijo: “¡No, no, no!... Es imposible exagerar la formidable importancia de los judíos como enemigos”<sup>93</sup>. Cada dificultad y fracaso del movimiento es obra del demonio, y cada éxito es un triunfo sobre sus maquinaciones<sup>94</sup>.

Finalmente, según parece, el demonio ideal es un extranjero. Para calificarlo como demonio, un enemigo doméstico debe tener ascendencia extranjera. Hitler encontró fácil calificar a los judíos alemanes como extranjeros. Los agitadores revolucionarios rusos destacaron el origen extranjero (varegos, tártaros, occidentales) de la aristocracia rusa<sup>95</sup>. En la Revolución Francesa se veía a los aristócratas como “descendientes de bárbaros alemanes, mientras que los franceses comunes eran descendientes de galos y romanos civilizados”<sup>96</sup>. En la Revolución Puritana los realistas “se denominaban ‘normandos’, descendientes de un grupo de invasores extranjeros”<sup>97</sup>.

## 68

No buscamos aliados cuando amamos. Es más, consideramos a los que aman con nosotros como rivales e intrusos. Sin embargo, siempre buscamos aliados cuando odiamos.

Resulta comprensible que busquemos a otros para que estén a nuestro lado cuando tenemos un motivo justo de queja y deseamos desquitarnos contra aquellos que nos agraviaron. Pero resulta desconcertante que cuando nuestro odio no proviene de un agravio manifiesto y no parece justificado, el deseo de aliados se hace más apremiante. Principalmente es el odio irracional el que nos impulsa a aliarnos con los que odian como nosotros, y es este tipo de odio el que sirve como uno de los más eficaces agentes de unificación.

¿De dónde vienen estos odios irrazonables y por qué tienen efecto unificador? Son la expresión de un esfuerzo desesperado para suprimir la conciencia de nuestra incompetencia, inutilidad, culpa y otros defectos del nosotros mismos. Nuestro desprecio por nosotros se transforma en odio a los demás —y se produce un esfuerzo decidido y persistente para disfrazar este cambio. Evidentemente, la forma más eficaz para conseguirlo es encontrar a otros, tantos como sea posible, que odien como nosotros. Necesitamos la aprobación general más que nunca, y una gran parte de nuestro proselitismo consiste en contagiar a otros no con nuestra fe sino con nuestra marca de odio irrazonable.

Aún en el caso de un agravio justo, nuestro odio viene menos del daño recibido que de la conciencia de nuestro desamparo, incompetencia y cobardía —en otras palabras, del desprecio por nosotros mismos. Cuando nos sentimos superiores a los que nos atormentan, probablemente los despreciamos, hasta podemos sentir lástima, pero

---

<sup>91</sup> Adolph Hitler, *Mein Kampf* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1943), p. 118.

<sup>92</sup> Citado por Hermann Rauschning, *Hitler Speaks* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1940), p. 234

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 235.

<sup>94</sup> Ver Sección 100.

<sup>95</sup> Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* (Nueva York: W.W. Norton and Company, Inc., 1938), p. 62.

<sup>96</sup> *Ibid.*

<sup>97</sup> *Ibid.*

no los odiamos<sup>98</sup>. La relación entre agravio y odio no es simple y directa, como se desprende también del hecho de que el odio liberado no siempre está dirigido contra aquellos que nos perjudicaron. Con frecuencia, cuando nos sentimos agraviados por una persona, volvemos nuestro odio hacia una persona o grupo sin relación. Los rusos, atemorizados por la policía secreta de Stalin, se enfurecen fácilmente contra el “militarismo capitalista”; los alemanes, perjudicados por el tratado de Versalles, se vengaron exterminando judíos; los zulúes, oprimidos por los Boers, mataron hindúes; la “basura blanca”, explotada por los Dixiecrats, linchaba a negros.

El desprecio de sí mismo produce en el hombre “las pasiones más injustas y criminales imaginables, porque engendra un odio mortal contra esa verdad que lo hace culpable y lo convence de sus defectos”<sup>99</sup>.

## 69

Que el odio surge del propio desprecio y no de quejas legítimas se puede ver en la conexión íntima entre el odio y la conciencia de culpa.

Quizá no exista una forma más segura de contagiarnos de un odio virulento hacia una persona que haciéndole sufrir una injusticia grave. Que otros tengan un agravio justo contra nosotros es una razón más potente para odiarlos que tener nosotros un agravio justo contra ellos. No hacemos a las personas humildes y mansas cuando les mostramos su culpa y les obligamos a estar avergonzados. Es más probable que provoquemos su arrogancia y despertemos en ellos una agresividad temeraria. La rectitud es una manera ruidosa de ahogar la voz de culpabilidad en nosotros.

Existe una conciencia culpable detrás de cada palabra y acto descarado, y detrás de cada manifestación de rectitud.

## 70

Ofender a los que nos odian es añadir combustible a nuestro odio. Y a la inversa, tratar a un enemigo con benevolencia es aplacar nuestro odio hacia él.

## 71

La forma más eficaz de silenciar nuestro sentimiento de culpa es convencernos a nosotros y a los demás de que aquellos que hemos mortificado son realmente criaturas depravadas, que merecen el castigo y hasta el exterminio. No podemos tener lástima de los que perjudicamos, ni podemos ser indiferentes con ellos. Tenemos que odiarlos o, de lo contrario, dejamos la puerta abierta al desprecio de nosotros mismos.

## 72

Una religión sublime genera inevitablemente un fuerte sentimiento de culpa. Existe un contraste inevitable entre la nobleza de profesión y la imperfección de la práctica. Y, como era de esperar, el sentimiento de culpa provoca odio e insolencia. Así, parece que cuanto más sublime es la fe más virulento es el odio que alimenta.

---

<sup>98</sup> Cuando John Huss vio a una anciana que arrastraba leña para echar a su pira funeraria, dijo: “¡O sancta simplicitas!”. Citado por Ernest Renan, *The Apostles* (Boston: Roberts Brothers, 1898), p. 43.

<sup>99</sup> Pascal, *Pensées*.

Es más fácil odiar a un enemigo muy bondadoso que a uno que es un malvado. No podemos odiar a los que despreciamos. Los japoneses tenían una ventaja sobre nosotros al admirarnos a nosotros más que nosotros a ellos. Podían odiarnos más fervientemente que nosotros a ellos. Los americanos son malos odiando en asuntos internacionales por su sentimiento innato de superioridad sobre todos los extranjeros. El odio de un americano por un compatriota americano (por Hoover o Roosevelt) es bastante más virulento que cualquier antipatía contra extranjeros. Resulta interesante que el atrasado Sur demuestra más xenofobia que el resto del país. Si los americanos comenzaran a odiar sinceramente al extranjero, sería un indicador de que han perdido la confianza en su propia forma de vida.

El trasfondo de admiración que existe en el odio se manifiesta en la inclinación a imitar a los que odiamos. Por eso cada movimiento de masas se configura a partir de su demonio específico. El cristianismo construyó a su altura la imagen del anticristo. Los jacobinos practicaron todos los demonios de la tiranía que ellos mismos habían levantado. La Rusia soviética está materializando el más puro y colosal ejemplo de capitalismo monopolista. Hitler cogió los Protocolos de los Sabios de Sión como su guía y manual; los seguía "hasta en el más pequeño detalle"<sup>100</sup>.

Resulta sorprendente ver como los oprimidos se configuran a si mismos a imagen de sus odiosos opresores. Que los hombres perversos vivan más allá de sí mismos se debe en parte a que aquellos que tienen razones para odiarlos se configuran a partir de él y de esta forma lo perpetúan. En consecuencia, es evidente que la influencia del fanático no es proporcional a sus capacidades. Tanto convirtiendo como llevando la contraria, configura el mundo a su propia imagen. El cristianismo fanático deja su huella en el mundo antiguo tanto ganando seguidores como provocando en sus adversarios paganos una extraña pasión y una nueva crueldad. Hitler se impuso al mundo promocionando el nazismo, pero también obligando a las democracias a ser más celosas, intolerantes y crueles. La Rusia comunista configuró a su propia imagen tanto a seguidores como a los adversarios.

De esta forma, aunque el odio es un instrumento conveniente para movilizar a una comunidad para que se defienda, a largo plazo no sale barato. Pagamos mediante la pérdida de todos o una gran parte de los valores que habíamos construido para defendernos.

Hitler, que sintió la corriente de admiración por el odio, llegó a una conclusión importante. Es de la máxima importancia, dijo, que el Nacional Socialismo busque y llegue a merecer el odio violento de sus enemigos. Ese odio será la prueba de la superioridad de la fe Nacional Socialista. "La mejor medida para el valor de su actitud [del Nacional Socialismo], para la sinceridad de su convicción y para la fuerza de su voluntad es la hostilidad que reciba del... enemigo"<sup>101</sup>.

Parece que cuando nos sentimos oprimidos por el conocimiento de nuestra inutilidad no nos vemos peores que algunos y mejores que otros, sino como lo peor de lo peor de la humanidad. Entonces odiamos a todo el mundo y volcaríamos nuestra furia sobre toda la creación.

Es un profundo consuelo para el frustrado ser testigo de la caída del afortunado y de la desgracia del honesto. Ven en la decadencia general una aproximación hacia la fraternidad de todos. El caos, como la tumba, es un refugio de igualdad. Su fuerte con-

<sup>100</sup> Hermann Rauschning, *Hitler Speaks* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1940), p. 235.

<sup>101</sup> Adolph Hitler, *op. cit.*, p. 351.

vicción de que debe existir una nueva vida y un nuevo orden se alimenta con la sensación de que lo viejo tendrá que ser arrasado hasta las raíces antes de que se pueda construir lo nuevo. Su clamor por un milenio se llena de odio para todo lo que existe y del deseo del fin del mundo.

## 75

El odio apasionado puede dar significado y propósito a una vida vacía. Por eso las personas obsesionadas por la falta de propósito de sus vidas intentan encontrar un nuevo contenido, no solo dedicándose a una causa sagrada sino también alimentando un ultraje fanático. Un movimiento de masas les ofrece oportunidades ilimitadas para ambas cosas.

## 76

Sea verdad o no lo que Pascal dice de que “todos los hombres se odian por naturaleza” y que el amor y la caridad sólo son “una ficción y una falsa imagen, porque en el fondo no son sino odio”<sup>102</sup>, no se puede evitar la impresión de que el odio es un ingrediente penetrante en todos los compuestos y combinaciones de nuestra vida interior. Todo nuestro entusiasmo, devociones, pasiones y esperanzas, cuando se descomponen, liberan odio. Por otro lado, es posible producir entusiasmo, devoción y esperanza activando el odio. Como decía Lutero: “Cuando mi corazón está frío y no puedo rezar es cuando debo azotarme con el pensamiento de la impiedad y la ingratitud de mis enemigos, el Papa y sus cómplices y alimañas, y Zwingli, de forma que mi corazón se inflama con justa indignación y odio, y entonces puedo decir con calor y vehemencia: ‘¡Santo sea Tu Nombre, Tu Reino llegará, Tu Voluntad será hecha!’ Y cuanto más apasionado me pongo, más ardientes llegan a ser mis plegarias”<sup>103</sup>.

## 77

La unidad y el auto-sacrificio, de ellos, hasta cuando son alimentados por los más nobles medios, producen facilidad para odiar. Aún cuando los hombres se asocien con fuerza para promover la tolerancia y la paz en la tierra, probablemente son fuertemente intolerantes con aquellos que no tienen una mente semejante.

El extrañamiento de uno mismo, sin que pueda existir generosidad ni una asimilación plena del individuo en una totalidad compacta, como ya mencionamos<sup>104</sup>, produce una tendencia hacia las actitudes apasionadas, incluyendo el odio apasionado. También existen otros factores que favorecen el desarrollo del odio en una atmósfera de unidad y de generosidad. La abnegación parece conferirnos el derecho a ser duros y despiadados con los demás. La impresión que de alguna manera prevalece es que el verdadero creyente, especialmente el individuo religioso, es una persona humilde. La verdad es que la resignación y la humillación de uno mismo alimentan el orgullo y la arrogancia. El verdadero creyente tiende a verse a sí mismo como uno de los elegidos, la sal de la tierra, la luz del mundo, un príncipe disfrazado de humildad, que está destinado a heredar esta tierra y el reino de los cielos<sup>105</sup>. El que no tenga su fe es malvado; el que no le escuche perecerá.

---

<sup>102</sup> Pascal, *op. cit.*

<sup>103</sup> Lutero, “Table Talk, Number 2387 a-b.” Citado por Frantz Funck-Brentano, *Luther* (Londres: Jonathan Cape, Ltd. 1939), p. 319.

<sup>104</sup> Ver Sección 60.

<sup>105</sup> Mateo 5.

También ocurre esto: cuando renegamos de nosotros mismos y llegamos a ser parte de una totalidad compacta, no solo renunciamos a una ventaja personal sino que también estamos libre de responsabilidad personal. Resulta impensable a qué extremos de crueldad y barbarie puede llegar un hombre cuando está libre de los miedos, indecisiones, dudas y titubeos de decencia que acompañan al juicio individual. Cuando perdemos nuestra independencia individual en la asociación de un movimiento de masas, encontramos una nueva libertad —libertad para odiar, intimidar, mentir, torturar, asesinar y traicionar sin oprobio ni remordimiento. En esto descansa sin duda parte del atractivo de un movimiento de masas. Descubrimos que el “derecho al deshonor”, como dice Dostoyevsky, produce una fascinación irresistible<sup>106</sup>. Hitler tenía una opinión despectiva sobre la brutalidad del individuo autónomo. “Cualquier violencia que no brote de una base firme y espiritual, será vacilante e incierta. Carece de la estabilidad que sólo puede descansar en una perspectiva fanática”<sup>107</sup>.

Así, el odio no sólo es un medio de unificación sino que también es su producto. Renan dijo que, desde el comienzo de los tiempos, nunca hemos oído hablar de una nación compasiva<sup>108</sup>. Se podría añadir que tampoco hemos oído hablar de una iglesia compasiva o de un partido político compasivo. El odio y la crueldad que tienen su origen en el egoísmo son cosas poco efectivas en comparación con el veneno y crueldad de la generosidad.

Cuando vemos la masacre, el terror y la destrucción que surge de los entusiasmos generosos como el amor a Dios, el amor a Cristo, el amor a la nación, la compasión por los oprimidos y cosas semejantes, culpamos de esta perversión vergonzosa a un liderazgo cínico y hambriento de poder. En realidad, es la unificación puesta en movimiento por estos entusiasmos, y no la manipulación de un liderazgo intrigante, la que transforma los impulsos nobles en una realidad de odio y violencia. La desindividuación que es un prerrequisito para la integración cabal y la dedicación desinteresada también es, en cierta medida, un proceso de deshumanización. La cámara de tortura es una institución corporativa.

## IMITACIÓN

### 78

La imitación es un agente esencial de unificación. El desarrollo de un grupo compacto resulta inconcebible sin una difusión de uniformidad. La mentalidad única y *Gleichschaltung*, tan apreciada por los movimientos de masas, se alcanza tanto por imitación como por obediencia. La obediencia misma consiste tanto en la imitación de un ejemplo como en el seguimiento de un precepto.

Aunque la capacidad de imitación está presente en todas las personas, puede ser más fuerte en una que en otras. La cuestión es si el frustrado, que no sólo tiene una tendencia hacia la acción conjunta sino que también está equipado con un mecanismo para su realización, como sugerimos en la Sección 43, es particularmente imitativo. ¿Existe una conexión entre frustración y facilidad para imitar? ¿Es la imitación un medio de escape de los males que afligen al frustrado?

La principal carga del frustrado es la conciencia de un yo imperfecto e ineficaz, y su principal deseo es cambiar el yo no deseado y comenzar una nueva vida. Intentan realizar este deseo encontrando una nueva identidad o desdibujando y disfrazando su diferenciación individual; y las dos cosas se alcanzan por la imitación.

<sup>106</sup> Dostoyevsky, *The Possessed*, II Parte, Cap. 6.

<sup>107</sup> Adolph Hitler, *op. cit.*, p. 171.

<sup>108</sup> Ernest Renan, *History of the People of Israel* (Boston: Little, Brown and Company, 1888-1896), Vol. I, p. 130.

Cuanta menos satisfacción obtenemos de ser nosotros mismos, mayor es nuestro deseo de ser como los demás. Estamos más dispuestos, por tanto, a imitar a los que son diferentes que a los que se parecen a nosotros, y a los que admiramos más que a los que despreciamos. La capacidad de imitación del oprimido (negros y judíos) es considerable.

En lo que se refiere a desdibujar y disfrazar al yo, solamente se consigue por imitación —llegar a ser como los demás tanto como sea posible. El deseo de pertenencia es en parte un deseo de perderse a sí mismo.

Finalmente, la ausencia de confianza en sí mismo tan característica del frustrado también estimula su capacidad de imitación. Cuanto más desconfiamos de nuestro juicio y fortuna, más estamos dispuestos a seguir el ejemplo de los demás.

## 79

El simple rechazo de uno mismo, hasta cuando no va acompañado por la búsqueda de nueva identidad, puede conducir a un incremento de la imitación. El yo rechazado deja de mantener su pretensión de diferenciación, y ya no existe nada que se resista a la tendencia de copiar. La situación no es diferente a la observada en los niños y en los adultos indiferenciados, dónde la ausencia de una individualidad definida deja la mente sin defensas contra la intrusión de influencias externas.

## 80

El sentimiento de superioridad contrarresta la imitación. Si los millones de inmigrantes que llegaron a este país hubiesen sido personas superiores —lo más selecto de los países de donde venían— no hubiese existido U.S.A. sino un mosaico de grupos lingüísticos y culturales. Se debe al hecho de que la mayoría de los inmigrantes eran los más humildes y pobres, los despreciados y rechazados, el que los millones heterogéneos se mezclaran tan rápida y ampliamente. Llegaron aquí con el deseo ardiente de abandonar sus identidades del viejo mundo y renacer a una nueva vida; y así estuvieron automáticamente equipados con una capacidad ilimitada para imitar y adoptar lo nuevo. La peculiaridad del nuevo país les atraía en lugar de disgustarles. Querían una nueva identidad y una nueva vida —y cuanto más extraño era el nuevo mundo, más satisfacción para sus inclinaciones. Quizá, para los no anglosajones, la rareza del idioma era una atracción añadida. Tener que aprender a hablar resalta la ilusión de estar naciendo de nuevo.

## 81

La imitación es con frecuencia un atajo para una solución. Copiamos cuando carecemos de la inclinación, la capacidad o el tiempo para conseguir una solución independiente. Las personas con prisa imitarán más fácilmente que las personas ociosas. La prisa tiende así a producir uniformidad. Y en la fusión deliberada de individuos en un grupo compacto, la acción incesante juega un papel considerable<sup>109</sup>.

## 82

La unificación misma, si está producida por la persuasión, la coerción o la rendición espontánea, tiende a intensificar la capacidad de imitación. Un civil reclutado por el ejército e introducido en una unidad militar compacta se hace más imitativo de lo que

---

<sup>109</sup> Ver Secciones 96 y 98.

fue en la vida civil. El individuo unificado está sin un yo diferenciado; está incompleto e inmaduro de modo permanente, y por tanto sin resistencia contra las influencias del exterior. La imitación pronunciada de los pueblos primitivos quizá se deba menos a su carácter primitivo que al hecho de que normalmente son miembros de clanes y tribus compactas.

La disposición a imitar de un seguidor unificado es una ventaja y un peligro para un movimiento de masas. Los creyentes son fácilmente conducidos y moldeados, pero también son especialmente susceptibles a influencias extrañas. Se tiene la impresión de que un grupo ampliamente unificado puede ser fácilmente seducido y pervertido. Los sermones de todos los movimientos de masas aumentan de tono con las advertencias sobre copiar modelos extranjeros y “hacer después todas sus abominaciones”. La imitación de extraños se califica como traición y apostasía. “Cualquiera que imite a un extranjero es culpable de lesa nación (un insulto a la nación) como un espía que deja entrar a un enemigo por una puerta secreta”<sup>110</sup>. Cada invención se utiliza para cortar la comunicación del creyente con los incrédulos. Algunos movimientos de masas llegan al extremo de llevar a sus seguidores al desierto con el objetivo de conseguir un ambiente tranquilo para el nuevo modelo de vida.

El desprecio por el mundo exterior es la defensa más eficaz contra la imitación destructiva. Sin embargo, un movimiento de masas activo valora el odio por encima del desprecio pasivo; y el odio no reprime la imitación sino que con frecuencia lo estimula (ver Sección 73). Solo en el caso de corporaciones pequeñas rodeadas de un mar de extranjería y que solo intentan preservar sus peculiaridades, se emplea el desprecio como aislante. Esto conduce a los conversos hacia una exclusividad poco hospitalaria.

La capacidad de imitación de los miembros proporciona al grupo unificado una gran flexibilidad y adaptación. Puede adoptar innovaciones y cambiar su orientación con sorprendente facilidad. La rápida modernización de Japón o de Turquía contrasta fuertemente con la lenta y penosa adaptación a las nuevas formas en China, Irán y otros países que no tienen un espíritu de unidad. La Rusia soviética unificada tiene una mejor oportunidad de asimilar nuevos métodos y una nueva forma de vida que la vagamente unida Rusia de los zares. También es evidente que un pueblo primitivo con un marco colectivo intacto puede modernizarse más fácilmente que otro con una estructura comunitaria o tribal desintegrada<sup>111</sup>.

## PERSUASIÓN Y COERCIÓN

### 83

Tendemos actualmente a exagerar la eficacia de la persuasión como medio para inculcar opiniones y configurar conductas. Vemos en la propaganda un instrumento formidable. Atribuimos a su experta utilización muchos de los éxitos asombrosos de los movimientos de masas de nuestro tiempo, y hemos llegado a temer la palabra tanto como a la espada.

En realidad los fabulosos efectos adjudicados a la propaganda no tienen mayor fundamento que la caída de las murallas de Jericó por el retumbar de las trompetas de Josué. Si la propaganda fuese la décima parte de potente de lo que parece ser, los regímenes totalitarios de Rusia, Italia y España hubiesen sido asuntos menores. Serían escandalosos y descarados, pero sin la espantosa brutalidad de la policía secreta, de los campos de concentración y el exterminio masivo.

La verdad es que la propaganda por sí misma no puede forzar su camino en mentes no dispuestas; ni puede inculcar algo totalmente nuevo; tampoco puede mantener

---

<sup>110</sup> El ministro italiano de educación en 1926. Citado por Julien Benda, *The Treason of the Intellectuals* (Nueva York: William Morrow Company, 1928), p. 39.

<sup>111</sup> Para otra visión de este asunto, ver Sección 33.

persuadida a la gente que ya no cree. Penetra solo en las mentes ya dispuestas, y más que infundir opiniones articula y justifica las que ya están presentes en las mentes de los receptores. Los propagandistas dotados despiertan ideas y pasiones que ya se agitan en las mentes de sus oyentes. Reflejan sus sentimientos más íntimos. Cuando la opinión no es obligada, solo se puede hacer creer a las personas lo que ellas ya “saben”.

La propaganda por sí misma tiene éxito principalmente con los frustrados. Sus agudos temores, sus esperanzas y pasiones se agolpan en los umbrales de los sentidos y se colocan entre ellos y el mundo exterior. No pueden ver la cabaña que ya han imaginado, y es la música de su propia alma la que escuchan en las apasionadas palabras del propagandista. Es más fácil para el frustrado detectar sus propias fantasías y escuchar el eco de sus propias divagaciones en una apasionada monserga sonora y poco sincera que en unas palabras precisas unidas por una lógica impecable.

La propaganda, por muy habilidosa que sea, no puede mantener a la gente persuadida cuando ya ha dejado de creer. Para mantenerse, un movimiento de masas tiene que mandar cosas cuando las personas ya no creen, de forma que las hagan por la fuerza<sup>112</sup>.

Como veremos más tarde (Sección 104), las palabras son un instrumento esencial para la preparación de la base de un movimiento de masas. Pero una vez que el movimiento está materializado, aunque sigan siendo útiles, dejan de jugar un papel decisivo. Así lo reconoció un maestro de la propaganda como el Dr. Goebbels cuando admitió en un momento de debilidad que “Una espada afilada debe estar siempre detrás de la propaganda si pretende ser realmente eficaz”<sup>113</sup>. También suena a disculpa cuando afirma que “no puede negarse que se puede hacer más con una buena propaganda que con ningún tipo de propaganda”<sup>114</sup>.

## 84

En contra de lo que se pueda esperar, la propaganda se hace más apasionada y más opresiva cuando actúa junto con la coerción que cuando confía exclusivamente en su propia eficacia.

Tanto el que convierte como el que es convertido necesitan la ferviente convicción de que la fe que imponen o se ven obligados a adoptar es la única verdadera. Sin esta convicción, el terrorista que hace proselitismo, siempre que no sea un depravado desde el principio, se sentirá un criminal y el converso coaccionado se verá a sí mismo como un cobarde que prostituye su alma para vivir.

De esta forma, la propaganda sirve más para justificarnos que para convencer a otros; y cuanta más razón tenemos para sentirnos culpables, más ferviente es nuestra propaganda.

## 85

Probablemente es tan cierto que la violencia alimenta el fanatismo como que el fanatismo engendra violencia. Resulta difícil afirmar que va primero. Tanto los que emplean la violencia como los que la sufren son propensos a desarrollar un estado mental de fanatismo. Ferrero dice de los terroristas de la Revolución Francesa que cuanta más sangre “derramaban más necesitan creer en sus principios como verdades absolutas. Solo lo absoluto podía perdonarlos a sus propios ojos y mantener su desesperada energía. No derramaron toda esa sangre porque creían en la soberanía

---

<sup>112</sup> Nicolás Maquiavelo, *The Prince*, Cap. VI.

<sup>113</sup> *The Goebbels Diaries* (Garden City: Doubleday and Company, Inc., 1948), p. 460.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 298.

popular como una verdad religiosa; intentaban creer en la soberanía popular como una verdad religiosa porque su miedo les hacía derramar tanta sangre”<sup>115</sup>. La práctica del terror le sirve al verdadero creyente no sólo para atemorizar y aplastar a sus adversarios, sino también para fortalecer y aumentar su propia fe. Cada linchamiento en nuestro Sur no sólo intimidaba a los negros sino que también fortalecía la convicción fanática de la supremacía blanca.

En el caso de los coaccionados, la violencia puede engendrar fanatismo. Existe evidencia de que el converso coaccionado es con frecuencia tan fanático en su devoción hacia la nueva fe como el converso persuadido, y a veces más. No siempre es cierto que “El que obedece contra su voluntad todavía mantiene su propia opinión”. El Islam impone su fe por la fuerza, sin embargo los musulmanes coaccionados manifiestan una devoción por la nueva fe más apasionada que la de los primeros árabes comprometidos con el movimiento. Según Renan, el Islam consigue de sus conversos coaccionados “una fe que tiende a crecer con más fuerza”<sup>116</sup>. La ortodoxia fanática es un desarrollo posterior en todos los movimientos. Aparece cuando el movimiento está en plena posesión del poder y puede imponer su fe por la fuerza tanto como por la persuasión.

Así, la coerción cuando es implacable y persistente tiene una capacidad de persuasión inmensa, y no solo en las almas simples sino también en aquellas que se enorgullecen de sí mismas por la fuerza e integridad de su intelecto. Cuando un decreto absurdo del Kremlin obliga a científicos, escritores y artistas a repudiar sus convicciones y confesar sus errores, lo más probable es que esas retractaciones y confesiones representen conversiones auténticas y no de boca para afuera. Se necesita una fe fanática para racionalizar nuestra cobardía.

## 86

Resulta difícil encontrar un ejemplo de un movimiento de masas que alcance grandes proporciones y una organización duradera solamente mediante la persuasión. El Profesor K.S. Latourette, un historiador muy cristiano, admitió que “Por muy incompatibles que sean el espíritu de Jesús y las fuerzas armadas, y aunque sea desagradable reconocer el hecho, como tema de historia real éstas últimas han hecho posible con frecuencia que el primero pudiera sobrevivir”<sup>117</sup>. Fue la espada terrenal la que convirtió al cristianismo en una religión mundial. Conquista y conversión fueron de la mano, la última sirviendo como justificación y como instrumento para la primera. Cuando el cristianismo fracasó en obtener o retener el respaldo del poder estatal, no consiguió una influencia amplia ni permanente. “En Persia... el cristianismo se enfrentó a una religión estatal sostenida por la corona y nunca llegó a ser más que una fe de minorías”<sup>118</sup>. En la colosal expansión del Islam, la conquista fue un factor primario y la conversión una consecuencia. “Los períodos más florecientes del mahometismo han sido los tiempos de su mayor influencia política; y es en esos tiempos cuando recibió la mayor aprobación”<sup>119</sup>. La Reforma progresó únicamente cuando consiguió el respaldo del príncipe o del gobierno local. Según Melancthon, el lugarteniente más docto de Lutero: “Sin la intervención de la autoridad civil, ¿qué sería de nuestros preceptos? —serían leyes

---

<sup>115</sup> Giglielmo Ferrero, *Principles of Power* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1942), p. 100.

<sup>116</sup> Ernest Renan, *The Poetry of the Celtic Races* (Londres: W. Scott, Ltd. 1896), ensayo sobre islamismo, p. 97.

<sup>117</sup> Kenneth Scott Latourette, *The Unquenchable Light* (Nueva York: Harper and Brothers, 1941), p. 33.

<sup>118</sup> Kenneth Scott Latourette, *A History of the Expansion of Christianity* (Nueva York: Harper and Brothers, 1937), Vol. I, p. 164.

<sup>119</sup> Charles Reginald Haines, *Islam as a Missionary Religion* (Londres: Society for Promoting Christian Knowledge, 1889), p. 206.

platónicas”<sup>120</sup>. Cuando, como en Francia, el poder estatal estuvo contra él, se inundó de sangre y nunca resucitó. En el caso de la Revolución Francesa, “Fueron los ejércitos de la Revolución, no sus ideas, los que penetraron por toda Europa”<sup>121</sup>. No fue un problema de contagio intelectual. Dumouriez se quejaba de que los franceses proclamaban la ley sagrada de la libertad “como el Corán, espada en mano”<sup>122</sup>. La amenaza del comunismo en nuestros días no viene de la fortaleza de su discurso sino del hecho de que está respaldado por uno de los ejércitos más poderosos del mundo.

También parece que, cuando un movimiento de masas puede persuadir o coaccionar, normalmente elige lo último. Dijo el español Santo Domingo de Guzmán a los herejes albigenses: “Durante muchos años os he amonestado en vano, con gentileza, predicando, orando y llorando. Pero según el proverbio de mi país, ‘donde las bendiciones no pueden conseguir nada, los golpes pueden ser útiles’. Levantaremos contra vosotros a príncipes y prelados, quienes, ¡ay!, armarán naciones y reinos contra esta tierra... y así los golpes serán útiles donde las bendiciones y la gentileza han sido impotentes”<sup>123</sup>.

## 87

La afirmación de que un movimiento de masas no puede detenerse por la fuerza no es totalmente cierta. La fuerza puede parar y aplastar al movimiento más poderoso. Pero para hacerlo así la fuerza tiene que ser cruel y persistente. Y aquí es donde la fe entra como factor indispensable. Porque una persecución que es cruel y persistente solo puede venir de una convicción fanática. “Cualquier violencia que no brote de una base espiritual firme, será vacilante y ambigua. Carece de la estabilidad que solo puede apoyarse en una visión fanática”<sup>124</sup>. El terrorismo que emana de la brutalidad individual ni llega demasiado lejos ni dura un tiempo suficiente. Es espasmódico, sujeto a cambios de humor y vacilaciones. “Porque tan pronto como la fuerza vacile y alterne con la paciencia, no sólo la doctrina que es reprimida se recuperará una y otra vez, sino que también estará en posición de sacar nuevos beneficios de cada persecución”<sup>125</sup>. El santo terror no conoce ningún límite y nunca flaquea.

De esta forma, parece que necesitamos una fe apasionada no solo para ser capaces de resistir la coerción<sup>126</sup>, sino también para ser capaces de ejercerla con eficacia.

## 88

¿De dónde viene el impulso de convertir?

La intensidad de la convicción no es el principal factor que impulsa a un movimiento a extender su fe por los cuatro continentes: “las religiones muy potentes contienen su impulso a condenar, destruir o hasta de compadecer a las que no son como ellas”<sup>127</sup>. No es el impulso de hacer proselitismo una expresión de abundancia de poder que como Bacon dice “es como una gran inundación, que con toda seguridad se desbordará”<sup>128</sup>. El afán misionero parece más una expresión de un profundo recelo, un acuciante sentimiento de insuficiencia. Convertir es más una búsqueda apasionada de

<sup>120</sup> Citado por Frantz Funck-Brentano, *op. cit.*, p. 260.

<sup>121</sup> Guglielmo Ferrero, *The Gamble* (Toronto: Oxford University Press, 1939), p. 297.

<sup>122</sup> Crane Brinton, *A Decade of Revolution* (Nueva York: Harper and Brothers, 1934), p. 168.

<sup>123</sup> “Dominic”, *Encyclopaedia Britannica*.

<sup>124</sup> Adolph Hitler, *op. cit.*, p. 171.

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>126</sup> Ver Sección 45.

<sup>127</sup> Jacob Burckardt, *Force and Freedom* (Nueva York: Pantheon Books, 1943), p. 129.

<sup>128</sup> Francis Bacon, “Of Vicissitude of Things” *Essays de Bacon*, edición Everyman’s Library (Nueva York: E.P. Dutton and Company, 1932), p. 171.

algo que todavía no se ha encontrado que el deseo de conceder al mundo algo que nosotros ya tenemos. Es una búsqueda de una demostración final e irrefutable de que nuestra verdad absoluta es ciertamente la única y sola verdad. El fanático proselitista fortalece su propia fe convirtiendo a otros. El credo cuya legitimidad es fácilmente desafiada desarrolla un fuerte impulso de conversión. Resulta dudoso que un movimiento que no profese algún dogma evidentemente irracional pueda poseer el impulso ardiente de “o bien ganar hombres o bien destruir al mundo”. También es lógico que los movimientos con más contradicciones internas entre profesión y práctica —es decir, con un fuerte sentimiento de culpa— sean los más apasionados en imponer su fe sobre los demás. Cuanto más absurdo demuestre ser el comunismo en Rusia y más se vean impulsados sus líderes a modificar y adulterar el credo original, más descarado y arrogante será su ataque al mundo de los no creyentes. Cuanto más agresivos llegaron a ser los negreros del Sur en la difusión de su forma de vida, más se hizo patente que su posición era inaceptable en un mundo moderno. Si la libre empresa se convierte en una causa sagrada digna de conversión, será una señal de que su viabilidad y conveniencia han dejado de ser evidentes por sí mismas.

La pasión por convertir y la pasión por el dominio del mundo son ambos síntomas de alguna grave deficiencia. Y esto probablemente es tan cierto de un conjunto de apóstoles o de conquistadores como de una banda de fugitivos que parten hacia una tierra distante escapando de una situación insostenible en el hogar. Y como a menudo son las tres cosas, pueden combinar e intercambiar sus elementos.

## LIDERAZGO

### 89

Al margen de lo importante que nos parezca el papel del liderazgo en la aparición de un movimiento de masas, no hay duda de que el líder no puede crear las condiciones que hacen posible un movimiento. El no puede invocar un movimiento de la nada. Tiene que existir ansia de seguir y de obedecer, y un intenso descontento de como están las cosas, antes de que el movimiento y el líder puedan hacer su aparición. Cuando las condiciones no están maduras, el líder potencial, al margen de su talento y de su causa sagrada, al margen de su fortaleza, permanecerá sin seguidores. La Primera Guerra Mundial y sus secuelas pusieron las bases para la aparición de los movimientos bolchevique, fascista y nazi. Si se hubiera impedido la guerra o se hubiera aplazado una o dos décadas, el destino de Lenin, Mussolini y Hitler no habría sido distinto del de los brillantes conspiradores y agitadores del siglo XIX, que nunca consiguieron convertir los frecuentes desórdenes y crisis de su época en movimientos de masas maduros. Faltaba algo. Las masas europeas que produjeron los acontecimientos catastróficos de la Primera Guerra Mundial no estaban absolutamente desesperadas del presente y, por tanto, no deseaban sacrificarlo por una nueva vida y un nuevo mundo. Hasta los líderes nacionalistas, que se manejaban mejor que los revolucionarios, no tuvieron éxito en convertir el nacionalismo en la causa popular que llegó a ser más tarde. El nacionalismo militante y el revolucionario militante parece que son contemporáneos.

En Inglaterra, el líder tuvo que esperar un tiempo para madurar antes de poder jugar su papel. Durante los años treinta, el líder potencial (Churchill) fue importante a los ojos de la gente y se hizo escuchar día tras día. Pero la voluntad para seguirlo no existía todavía. Fue solo cuando el desastre golpeó al país hasta sus fundamentos y convirtió las vidas individuales en inaceptables y sin sentido cuando el líder apareció por propio derecho.

Existe un período de espera —con frecuencia un período muy largo— para todos los grandes líderes, cuya entrada en escena nos parece un momento crucial en el desarrollo de un movimiento de masas. Acontecimientos fortuitos y actividades de

otros hombres han construido la escena para ellos antes de que puedan entrar y comenzar su actuación. “El hombre de mando en su día trascendental solo parece ser el último accidente de una larga serie”<sup>129</sup>.

## 90

Una vez que la escena está lista, la presencia de un líder destacado es indispensable. Sin él no existiría ningún movimiento. La madurez de los tiempos no produce automáticamente un movimiento de masas, ni engendra elecciones, leyes y departamentos administrativos. Fue Lenin quien forzó el flujo de los acontecimientos hacia los cauces de la revolución bolchevique. Si hubiese muerto en Suiza o en su camino hacia Rusia en 1917, casi seguro que otro eminente bolchevique hubiese tenido que hacer un gobierno de coalición. El resultado podría haber sido una república más o menos liberal realizada principalmente por la burguesía. En el caso de Mussolini y de Hitler la evidencia es todavía más decisiva: sin ellos no habría podido existir ni el movimiento fascista ni el nazi.

Los acontecimientos de Inglaterra en este momento también demuestran la necesidad de un líder dotado para la cristalización de un movimiento de masas. Un líder auténtico (un Churchill socialista) en el corazón del gobierno laborista habría tenido que iniciar reformas drásticas de nacionalización en la atmósfera apasionada de un movimiento de masas y no en la sosa atonía de austeridad socialista. Habría lanzado al obrero británico al papel de productor heroico y de pionero del industrialismo científico. Habría hecho que el británico sintiese que su principal tarea es mostrar al mundo entero, y a América y Rusia en particular, lo que una nación auténticamente civilizada puede hacer con los métodos modernos de producción cuando está libre tanto de la confusión, derroche y avaricia de la gestión capitalista como del bizantinismo, barbarie e ignorancia de la burocracia bolchevique. Tendría que saber cómo infundir al pueblo británico el mismo orgullo y esperanza que los mantuvo en las horas oscuras de la guerra.

Se necesita la voluntad de hierro, audacia y visión de un líder excepcional para coordinar y activar las actitudes e impulsos existentes en el ímpetu colectivo de un movimiento de masas. El líder personifica la certeza del credo y el desafío y grandeza del poder. Articula y justifica el resentimiento reprimido en las almas de los frustrados. Enciende la visión de un futuro tan impresionante como para justificar el sacrificio de un presente transitorio. Organiza un mundo increíble que es indispensable para la realización del sacrificio personal y para la acción unificada. Despierta el entusiasmo de la comunión —el sentido de liberación de una existencia individual pequeña y sin significado.

¿Cuáles son los talentos necesarios para tal realización?

Una inteligencia excepcional, carácter noble y originalidad no parecen indispensables ni siquiera deseables. Los principales requisitos parecen ser: audacia y el placer del desafío; una voluntad de hierro; una convicción fanática de que está en posesión de la única y sola verdad; fe en su destino y en su fortuna; capacidad para odiar apasionadamente; desprecio por el presente; una valoración sagaz de la naturaleza humana; fascinación por los símbolos (espectáculos y ceremonias); insolencia ilimitada que se expresa en el poco aprecio por la coherencia y la imparcialidad; reconocimiento de que el deseo más íntimo de un seguidor es la comunión y de que nunca es demasiado; capacidad para conseguir y mantener la lealtad máxima de un grupo de lugartenientes. Esta última facultad es una de las más esenciales y difíciles de encontrar. Los poderes misteriosos de un líder se manifiestan no tanto en el control que tiene sobre las masas como en su capacidad para dominar y casi hechizar a un pequeño grupo de

---

<sup>129</sup> John Morley, *Notes on Politics and History* (Nueva York: Macmillan Company, 1914), pp. 69-70.

hombres competentes. Estos hombres deben ser valientes, orgullosos, inteligentes y capaces de organizar y realizar empresas a gran escala y también deben someterse totalmente a la voluntad del líder, beber de su inspiración y sacar fuerzas de él, y alegrarse de esta sumisión.

No todas las cualidades enumeradas son esenciales en la misma medida. Las más decisivas para la eficacia del líder de un movimiento de masas parecen ser la audacia, fe fanática en una causa sagrada, conciencia de la importancia de una colectividad compacta y, por encima de todo, la capacidad para provocar una devoción apasionada en un grupo de lugartenientes capaces. El fracaso de Trotsky como líder viene de su negligencia, o más probablemente de su incapacidad, para crear una maquinaria de lugartenientes capaces y leales. No consiguió muchas simpatías personales o, si lo hizo, no supo mantenerlas<sup>130</sup>. Un defecto añadido fue su absoluto respeto por el individuo, especialmente por el individuo creativo. No estaba convencido de la maldad e ineficacia de la existencia individual autónoma y no entendió la importancia abrumadora de la comunión en un movimiento de masas. Sun Yat-sen “atrajo hacia él... un número extraordinario de seguidores capaces y dedicados, estimulando la imaginación con sus visiones de la nueva China e impulsando a la lealtad y el sacrificio”<sup>131</sup>. A diferencia de él, Chiang Kai-shek carece de las cualidades esenciales de un líder de movimiento de masas. Por el contrario, de Gaulle es realmente un hombre que merece atención. Los líderes de los partidos comunistas de fuera de Rusia, por su sometimiento a Stalin y al Politburó no pueden alcanzar el status de líderes auténticos. Son lugartenientes competentes. Para que el comunismo llegue a ser actualmente un movimiento de masas eficaz en cualquier país occidental, tiene que ocurrir una de estas dos cosas. O bien la personalidad de Stalin se hace tangible y cercana para que pueda actuar como catalizador o el partido comunista local tiene que liberarse de Rusia y, a la manera de Tito, alardear del desafío tanto contra el capitalismo como contra el estalinismo. Si Lenin hubiera sido el emisario de un líder y de un politburó situado en alguna tierra extranjera y distante, resulta dudoso que él hubiese podido ejercer su fatal influencia en el curso de los acontecimientos de Rusia.

## 91

Las burdas ideas propuestas por muchos de los líderes de los movimientos de masas que han tenido éxito en nuestros tiempos, nos inclinan a suponer que cierta tosquedad e inmadurez mental es una característica del liderazgo. Sin embargo, no fue la tosquedad intelectual de una Aimee McPherson o de un Hitler la que ganó y mantuvo a sus seguidores, sino la seguridad sin límites en uno mismo la que impulsó a estos líderes a dar rienda suelta a sus absurdas ideas. Un líder auténticamente sabio que se atreviese a seguir hasta el final el curso de su sabiduría tendría una oportunidad igual de éxito. La calidad de las ideas parece jugar un papel menor en el liderazgo de un movimiento de masas. Lo que cuenta es el gesto arrogante, el total desprecio por las opiniones de los demás, desafiar al mundo en solitario.

Cierta charlatanería es indispensable para un liderazgo eficaz. No puede existir un movimiento de masas sin alguna tergiversación deliberada de los hechos. Ningún beneficio sólido y tangible mantiene a un seguidor y lo convierte en entusiasta y leal hasta la muerte. El líder tiene que ser práctico y realista, aunque deba hablar el lenguaje del visionario y del idealista.

La originalidad no es una condición necesaria del liderazgo en un movimiento de masas. Uno de los rasgos más sorprendentes del buen líder en un movimiento de masas es su capacidad de imitar a amigos y a enemigos, a modelos pasados y a contemporáneos. La audacia que es esencial en este tipo de liderazgo consiste tanto en la

---

<sup>130</sup> Angelica Balabanoff, *My Life as a Rebel* (Nueva York: Harper and Brothers, 1938), p. 156.

<sup>131</sup> Frank Wilson Price, “Sun Yat-sen”, *Encyclopaedia of the Social Sciences*.

audacia de imitar como en la audacia de desafiar al mundo. Quizá la clave de cualquier carrera heroica es una ilimitada capacidad para la imitación; amoldarse exclusivamente a un modelo. Esta desmedida capacidad para la imitación indica que el héroe carece de un desarrollo pleno y de un yo realizado. Tiene mucho de rudimentario y de reprimido. Su fuerza radica en sus puntos ciegos y en cerrar todas las salidas menos una.

## 92

La rendición total de un yo diferenciado es un requisito previo para conseguir tanto la unidad como el sacrificio; y probablemente no existe una forma más directa de alcanzar esta rendición que inculcando y ensalzando el hábito de la obediencia ciega. Cuando Stalin obliga a científicos, escritores y artistas a arrastrarse por el suelo y negar su inteligencia individual, el sentido de la belleza y el sentido de la moral, no está complaciendo un impulso sádico sino que está solemnizando, de la manera más impresionante, la virtud suprema de la obediencia ciega. Todos los movimientos de masas colocan la obediencia entre las virtudes más elevadas y la ponen al mismo nivel que la fe: “la unión de las mentes no solo requiere una armonía perfecta con la única Fe, sino la sumisión y la obediencia completa a la voluntad de la Iglesia y del Romano Pontífice como a Dios mismo”<sup>132</sup>. La obediencia no es solo la primera ley de Dios, sino también la primera tesis de un partido revolucionario y del nacionalismo ferviente. “No razonar por qué” está considerado por todos los movimientos de masas como la marca de un espíritu fuerte y generoso.

El desorden, la matanza y la destrucción que marcan el camino de un movimiento de masas en ascenso nos llevan a pensar que los seguidores son por naturaleza alborotadores e ingobernables. En realidad, la ferocidad de las masas no siempre es la suma de la anarquía individual. La truculencia personal milita contra la acción unificada. Mueve al individuo a actuar por sí mismo. Produce pioneros, aventureros y bandidos. El verdadero creyente, al margen de la brutalidad y violencia de sus actos, es básicamente una persona obediente y sumisa. Los cristianos convertidos que organizaban incursiones contra la Universidad de Alejandría y linchaban profesores sospechosos de heterodoxia eran miembros sumisos de una iglesia compacta. El agitador comunista es un miembro servil de un partido. Los japoneses y nazis facciosos eran la gente más disciplinada del mundo que he visto. En este país, el empresario americano suele encontrar en el fanático racial de nuestro Sur —tan dados a la violencia de masas— una mano de obra respetuosa y dócil. También el ejército lo encuentra especialmente dócil a la disciplina.

## 93

Las personas cuyas vidas son estériles e inseguras parecen mostrar una mayor voluntad de obedecer que las personas que son independientes y seguras de sí mismas. Para el frustrado, estar libre de responsabilidad es más atractivo que estar libre de restricciones. Están deseosos de canjear su independencia por aliviar el peso de la voluntad, de la decisión y de ser responsable del fracaso inevitable. Entregan voluntariamente la dirección de sus vidas a quienes desean planificar, mandar y cargar con toda la responsabilidad. Además, la sumisión total a un líder supremo es un acercamiento a su ideal de igualdad.

---

<sup>132</sup> Leon XIII, *Sapientiae Christianae*. Según Lutero, “La desobediencia es un pecado mayor que el asesinato, la lujuria, el robo y la deshonestidad...” Citado por Jerome Frank, *Fate and Freedom* (Nueva York: Simon and Schuster, Inc., 1945), p. 281

En tiempos de crisis, durante los diluvios, terremotos, epidemias, depresiones y guerras, el esfuerzo individual por separado es inútil, y las personas de toda condición están dispuestas a obedecer y seguir a un líder. Obedecer es la única cosa firme durante una existencia cotidiana caótica.

## 94

Los frustrados son también los seguidores más firmes. Resulta curioso que, en un esfuerzo cooperativo, cuanto menos confianza tienen menos se desaniman por la derrota. Se unen a otros en una tarea común no tanto para asegurar el éxito de un proyecto valorado como para evitar la carga individual de la culpa en caso de fracaso. Cuando fracasa la empresa común, se ahorran la única cosa que más temen, a saber, descubrir públicamente sus limitaciones individuales. Su fe permanece intacta y están ansiosos de realizar un nuevo intento.

El frustrado sigue a un líder menos por su fe de que le conduzca a la tierra prometida que por su sentimiento de que le está llevando fuera de su yo no deseado. Entregarse a un líder no es un medio para un fin sino una consumación. Hacia dónde son conducidos tiene una importancia secundaria.

## 95

Existe una diferencia crucial entre el líder de un movimiento de masas y el líder de una sociedad libre. En una sociedad más o menos libre, el líder puede retener el control de las personas cuando tiene fe ciega en la sabiduría y bondad de esas personas. Un líder de segunda categoría que posea esta fe durará más que un líder de primera clase que no la tenga. Esto significa que en una sociedad libre el líder sigue a las personas aún cuando sea él quien las conduzca. Debe averiguar, como alguien dijo, hacia dónde van las personas para que él pueda llevarlas. Cuando el líder de una sociedad libre llega a despreciar a las personas, antes o después actuará con la teoría falsa y fatal de que todos los hombres son necios, y finalmente cometerá un gran error. Las cosas son diferentes cuando el líder puede emplear una coerción brutal. Cuando el líder puede exigir obediencia ciega, como ocurre en un movimiento de masas activo, actúa con la teoría apropiada de que todos los hombres son cobardes, los trata en consonancia y consigue resultados.

Una de las razones de que los líderes comunistas estén perdiendo en nuestros sindicatos es que al seguir la línea y adoptar las tácticas del partido, están adoptando la actitud y utilizando las tácticas del líder de un movimiento de masas en una organización compuesta por hombres libres.

## ACCIÓN

## 96

La acción es unificadora. Existe menos diferenciación individual en el hombre genuino de acción —el constructor, el soldado, el deportista y hasta el científico— que en el pensador o en uno cuya creatividad fluye de la comunión consigo mismo. El buscavidas y el activista tienen mucho de infructuoso e indiferenciado. Nunca se está despojado de acción a menos que se esté despojado de un yo distinto y diferenciado. Un pueblo activo tiende hacia la uniformidad. Resulta dudoso que nuestra nación de inmigrantes pudiese haber alcanzado una homogeneidad tan asombrosa en tan breve tiempo, si no hubiese estado ocupada en la impresionante empresa de la conquista de un continente. Los que llegaron a este país para actuar (hacer dinero) fueron más rá-

pida y ampliamente americanizados que los que vinieron para realizar algún ideal elevado. Los primeros sintieron una inmediata afinidad con los millones que estaban comprometidos en el mismo propósito. Fue como si se unieran a una hermandad. Se dieron cuenta rápidamente que para tener éxito tenían que mezclarse con sus semejantes, hacer como los demás, aprender el idioma y jugar según las reglas. Además, la prisa loca con la que se unieron entre sí evitó el despliegue de su existencia, a fin de que, sin una individualidad diferenciada, nunca podrían ofrecer, aunque estuvieran inclinados a ello, una resistencia eficaz contra la influencia de su nuevo ambiente<sup>133</sup>. Por el contrario, aquellos que vinieron a este país para realizar un ideal (de libertad, justicia, igualdad) compararon las realidades de la nueva tierra con su ideal y las encontraron pobres. Se sintieron superiores, e inevitablemente se aislaron del nuevo ambiente.

## 97

Los hombres de pensamiento rara vez trabajan juntos, mientras que entre los hombres de acción existe una fácil camaradería. El trabajo de equipo es poco común en proyectos intelectuales o artísticos, pero es normal y casi indispensable entre los hombres de acción. El grito de “Adelante, construyamos una ciudad y una torre”<sup>134</sup> siempre es una llamada para una acción conjunta. Un comisario comunista de la industria tiene probablemente más en común con un industrial capitalista que con un teórico comunista. La Internacional real es la de los hombres de acción.

## 98

Todos los movimientos de masas utilizan la acción como medio de unificación. Los conflictos que busca e incita un movimiento de masas no solo sirven para derribar a sus enemigos sino también para despojar a sus seguidores de su individualidad y fundirlos mejor en el medio colectivo. Liberar la tierra, construir ciudades, explorar y proyectar industrias a gran escala sirve a un propósito similar. Hasta una simple marcha puede servir como unificador. Los nazis hicieron un uso muy amplio de esta variante absurda de la acción. Hermann Rauschning, que al principio pensaba que este eterno desfilar era una pérdida de tiempo y de energía sin sentido, reconoció más tarde su efecto sutil. “Desfilar distrae el pensamiento de los hombres. Desfilar aniquila el pensamiento. Desfilar provoca el fin de la individualidad”<sup>135</sup>.

La llamada a la acción de un movimiento de masas provoca una respuesta apasionada en el frustrado. Porque el frustrado ve en la acción una cura para todos sus males. Provoca el olvido de uno mismo y le produce un sentimiento de propósito y de valía. En realidad, parece que la frustración proviene principalmente de la incapacidad de actuar, y que los más frustrados son aquellos cuyas capacidades y temperamento les hacen ideales para una vida de acción, mientras que están condenados por las circunstancias a enmohecerse en la ociosidad. ¿Cómo explicar de otra manera el sorprendente hecho de que los Lenin, Trotsky, Mussolini y Hitler, que gastaron la mejor parte de sus vidas charlando en cafés y mítines, se manifestaron súbitamente como los más capaces e infatigables hombres de acción de sus tiempos?

## 99

---

<sup>133</sup> Ver Secciones 78 y 80.

<sup>134</sup> Génesis 11:4.

<sup>135</sup> Hermann Rauschning, *The Revolution of Nihilism* (Chicago: Alliance Book Corporation, 1939), p. 48.

La fe organiza y equipa el alma del hombre para la acción. Estar en posesión de la sola y única verdad y no dudar nunca de la rectitud propia; sentirse respaldado por un poder misterioso ya sea Dios, el destino o la ley de la historia; estar convencido de que los enemigos son la encarnación del mal y deben ser aplastados; regocijarse en la abnegación y la devoción por el deber —son todas cualidades admirables para la acción decidida y cruel en cualquier campo. Soldados cantando, pioneros, hombres de negocios e incluso deportistas han demostrado que es formidable. El entusiasmo revolucionario y el nacionalista tienen un efecto similar: pueden convertir a personas desanimadas e inertes en luchadores y constructores. Esta es otra razón para la evidente necesidad de los movimientos de masas en la modernización de países atrasados y paralizados.

Sin embargo, la aptitud excepcional del verdadero creyente para una vida de acción puede ser tanto un peligro como una ayuda para las perspectivas de un movimiento de masas. Al abrir inmensos campos de acción febril, un movimiento de masas puede acelerar su fin. La acción con éxito tiende a convertirse en un fin en sí mismo. Agota todas las energías y devociones en sus propios cauces. La fe y las causas sagradas, en lugar de ser el propósito supremo, se convierte en mero lubricante de la maquinaria de acción. El verdadero creyente que tiene éxito en todo lo que hace logra seguridad en sí mismo y se reconcilia con su yo y con el presente. Ya no ve su única salvación en la unidad de una corporación y en llegar a ser una partícula anónima sin voluntad, juicio y responsabilidad propia. Busca y encuentra su salvación en la acción, en demostrar su valía y en afirmar su superioridad individual. La acción no le conduce a la autorrealización, pero le sirve de justificación. Si todavía se aferra a su fe, solo es para reforzar su confianza y legitimar su éxito. Así el gusto por una continua acción afortunada resulta fatal para el espíritu de la colectividad. Un pueblo empapado de acción probablemente será menos religioso, menos revolucionario y menos chovinista. La estabilidad social y la tolerancia política y religiosa de los pueblos anglosajones se debe en parte a la relativa abundancia de voluntad, destreza y oportunidades para la acción. La acción les sirve como un sustituto de los movimientos de masas.

Naturalmente existe el peligro constante de que si las avenidas de la acción están completamente bloqueadas por una depresión grave o una derrota bélica, la frustración resultante probablemente será tan intensa que cualquier proselitismo de un movimiento de masas encontrará la situación lista para su propagación. La situación explosiva en Alemania después de la Primera Guerra Mundial se debía en parte a la inactividad forzada de una población que se sabía bien preparada para la acción. Hitler les proporcionó un movimiento de masas. Pero todavía más importante, les puso delante oportunidades ilimitadas para una acción febril, incesante y espectacular. No es sorprendente que le aclamaran como su Salvador.

## SOSPECHA

### 100

Hemos visto que la secreción corrosiva de la mente frustrada, aunque compuesta principalmente de miedo y mala voluntad, actúa sin embargo como barro maravilloso para consolidar al amargado y al resentido en una totalidad compacta. La suspicacia es un ingrediente de este barro corrosivo y también puede actuar como agente unificador.

La conciencia de sus defectos y deficiencias individuales inclinan al frustrado a detectar mala voluntad y bajeza en los que le rodean. El desprecio de uno mismo, aunque sea vago, agudiza nuestros ojos para las imperfecciones de los demás. Nos esforzamos en descubrir en los demás los defectos que nos ocultamos a nosotros. Por eso cuando el frustrado se agrupa en un movimiento de masas, el aire está cargado

de sospechas. Hay una vigilancia tensa, acechando y espiando, y una tensa conciencia de ser vigilado. Lo sorprendente es que esta desconfianza patológica interna no conduce a la disensión sino a una conformidad estricta. Sabiéndose continuamente vigilados, el creyente se esfuerza por escapar de la sospecha adhiriéndose celosamente a la conducta y la opinión establecida. La ortodoxia estricta es tanto el resultado de la sospecha mutua como de la fe apasionada.

Los movimientos de masas hacen un amplio uso de la sospecha en su maquinaria de dominación. Las bases del partido nazi estaban preparadas para sentirse continuamente bajo observación y se mantenían en un estado permanente de conciencia inquieta y de temor<sup>136</sup>. El miedo a los vecinos, a los amigos y hasta a los parientes parece ser la regla dentro de todos los movimientos de masas. De vez en cuando personas inocentes son deliberadamente acusadas y sacrificadas para mantener viva la sospecha. La sospecha tiene un filo cortante cuando se asocia a toda oposición con las líneas enemigas que amenazan al movimiento desde fuera. Este enemigo —el indispensable demonio de cada movimiento de masas— es omnipresente. Dibuja tanto el exterior como el interior de las líneas del creyente. Es su voz la que habla a través de la boca del disidente y los desviacionistas son sus secuaces. Si algo sale mal dentro del movimiento, es por culpa suya. La suspicacia es un deber sagrado del verdadero creyente. Debe estar constantemente al acecho de saboteadores, espías y traidores.

## 101

La unidad colectiva no es el resultado de un amor fraternal de los creyentes entre sí. La lealtad del verdadero creyente es a la totalidad —la iglesia, el partido, la nación— y no sus compañeros de fe. La verdadera lealtad entre individuos sólo es posible en una sociedad permisiva y relativamente libre. Así como Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su único hijo para demostrar su devoción a Jehová, de la misma forma el nazi o el comunista fanático estaba listo a sacrificar a los parientes y amigos para demostrar su entrega total a la causa sagrada. El movimiento de masas activo ve en los lazos personales de sangre y de amistad una disminución de su propia cohesión corporativa. Así la sospecha mutua dentro de las líneas no sólo es compatible con la fuerza corporativa sino que, casi se podría decir, es una condición previa. “Los hombres de convicciones fuertes y de pasiones fuertes, cuando se juntan, se miran entre sí con suspicacia, y se fortalecen con ello; porque la sospecha mutua crea el temor mutuo, los aprisiona como una venda de hierro, previene la desertión y los refuerza en los momentos de debilidad”<sup>137</sup>.

Forma parte de la grandiosidad de un movimiento de masas genuino que el auto-sacrificio que promueve incluya también el sacrificio del sentido moral que restringe y limita nuestra naturaleza. “Nuestro entusiasmo hace maravillas cuando secunda nuestra inclinación al odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la difamación, la rebelión”<sup>138</sup>.

## LOS EFECTOS DE LA UNIFICACIÓN

## 102

La unificación completa, ya sea por rendición espontánea, persuasión, coerción, necesidad o hábito arraigado o por una combinación de todo ello, tiende a intensificar

---

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>137</sup> Ernest Renan, *Antichrist* (Boston: Robert Brothers, 1897), p. 381.

<sup>138</sup> Montaigne, *Essays*, Modern Library edition (Nueva York: Random House, 1946), p. 374.

las inclinaciones y las actitudes que promueven la unidad. Hemos visto que la unificación intensifica la tendencia al odio (Sección 77) y la capacidad de imitación (Sección 82). También es cierto que el individuo unificado es más crédulo y obediente que el verdadero creyente potencial que todavía es un individuo autónomo. Aunque es verdad que el liderazgo de un cuerpo colectivo mantiene el odio al rojo vivo, estimula la imitación y la credulidad y alimenta la obediencia, también es cierto que la unificación por sí misma, incluso cuando no está ayudada por las manipulaciones del liderazgo, intensifica las reacciones que funcionan como agentes unificadores.

Este hecho resulta sorprendente a primera vista. Hemos visto que la mayoría de los factores unificadores se originan en el aborrecimiento del individuo frustrado hacia un yo no deseado y una existencia inaceptable. Pero el verdadero creyente que está totalmente asimilado en un cuerpo colectivo compacto ya no es un frustrado. Ha encontrado una nueva identidad y una nueva vida. Es uno de los elegidos, sostenido y protegido por poderes invencibles, y destinado a heredar la tierra. Está en un estado mental completamente opuesto al del individuo frustrado; y sin embargo muestra, con intensidad creciente, todas las reacciones que son sintomáticas de la tensión interna y de la inseguridad.

¿Qué le sucede al individuo unificado?

La unificación es más un proceso de disminución que de intensificación. Para asimilarse a un medio colectivo una persona tiene que despojarse de su diferenciación individual. Tiene que estar privado de libre elección y de juicio independiente. Buena parte de sus tendencias e impulsos naturales tienen que suprimirse o adormecerse. Todos estos son actos de disminución. Los elementos que son aparentemente añadidos —fe, esperanza, orgullo y confianza— son de origen negativo. La excitación del verdadero creyente no fluye de las reservas de fuerza y sabiduría, sino de un sentimiento de liberación: se ha liberado de las cargas sin sentido de una existencia autónoma. “Nosotros, los alemanes, somos felices. Nosotros somos libres de la libertad”<sup>139</sup>. Su felicidad y fortaleza provienen de que ya no es él mismo. Los ataques contra su yo no pueden afectarle. Su poder de resistencia cuando está a merced de un enemigo implacable o cuando se enfrenta a circunstancias insoportables es superior al de un individuo autónomo. Pero este carácter invencible depende de una soga de salvamento que le conecta con la totalidad colectiva. En la medida de que se sienta parte de ese todo y nada más, es indestructible e inmortal. Todo su fervor y fanatismo están apiñados alrededor de esta cuerda de salvación. Su esfuerzo por una unidad extrema es más intenso que el deseo vago del frustrado por una huida de un yo inestable. El individuo frustrado todavía tiene una elección: puede encontrar una nueva vida no sólo llegando a ser parte de una colectividad sino también cambiando su ambiente o dedicándose incondicionalmente a una tarea absorbente. El individuo unificado, por el contrario, no tiene elección. Debe aferrarse al cuerpo colectivo o marchitarse y desvanecerse como una hoja caída. Resulta dudoso que el sacerdote excomulgado, el comunista expulsado o el chovinista renegado puedan encontrar alguna vez paz espiritual como individuos autónomos. No pueden aguantarse por sí mismos, tienen que abrazar una nueva causa y adherirse a un nuevo grupo.

El verdadero creyente está eternamente incompleto, eternamente inseguro.

### 103

Es interesante observar los medios por los que un movimiento de masas agudiza y perpetúa la imperfección individual de sus partidarios. Elevando el dogma sobre la razón, se impide que la inteligencia del individuo confíe en sí misma. La dependencia económica se mantiene centralizando el poder económico y creando deliberadamente

---

<sup>139</sup> De un joven nazi a I. A. R. Wylie poco antes de la Segunda Guerra Mundial. I. A. R. Wylie, “The Quest of Our Lives”, *Reader's Digest*, Mayo, 1948, p. 2.

cierta escasez en las necesidades de la vida. La autosuficiencia social está mermada por las viviendas abarrotadas y los establecimientos comunitarios, y por culpa de la obligación diaria de participar en las funciones públicas. La censura despiadada de la literatura, el arte, la música y la ciencia también impide la creatividad de los pocos que intentan vivir existencias autosuficientes. La devoción inculcada hacia la iglesia, el partido, el país, el líder o el credo también perpetúa el estado de imperfección. Cada devoción es un agujero que exige la integración de una parte complementaria.

De esta forma, las personas cultivadas en la atmósfera de un movimiento de masas están moldeadas como seres humanos incompletos y dependientes, aún cuando tengan dentro de sí mismos la estructura de entidades autosuficientes. Aunque sean ajenos a la frustración y no tengan motivo de queja, sin embargo muestran las características de las personas que desean ardientemente perderse y librarse de una existencia que está irrevocablemente arruinada.

## **Parte 4 Comienzo y Final**

### **XV Hombres de Palabras**

#### **104**

Los movimientos de masas no surgen hasta que el orden establecido está desacreditado. El desprestigio no es un resultado automático de los disparates y abusos de los que están en el poder, sino la secuela del trabajo deliberado de los hombres de palabras que se sienten agraviados. Cuando el orador está ausente o sin agravio, la administración actual, aunque sea incompetente y corrupta, puede continuar en el poder hasta que caiga o se desmorone por sí misma. Por el contrario, una administración de cierto mérito y vigor puede desaparecer si no consigue ganarse la lealtad de la minoría elocuente<sup>140</sup>.

Como señalamos en las Secciones 83 y 86, la realización y perpetuación de un movimiento de masas depende de la fuerza. Un movimiento de masas cumplido es un asunto cruel, y su dirección está en manos de fanáticos despiadados que usan las palabras para dar apariencia de espontaneidad a un consentimiento obtenido mediante intimidación. Pero estos fanáticos sólo pueden instalarse y encargarse después de que el orden establecido está desacreditado y ha perdido la confianza de las masas. El trabajo preliminar de socavar las instituciones existentes, de familiarizar a las masas con la idea de cambio, y de conseguir receptividad hacia una nueva fe, sólo puede ser hecho por hombres que son, por encima de todo, oradores o escritores que son reconocidos como tales. En la medida en que el orden establecido funciona de una manera más o menos ordenada, las masas son básicamente conservadoras. Pueden pensar en reformar pero nunca en una innovación total. El extremista fanático, al margen de su elocuencia, los tacha de peligrosos, traidores, poco prácticos o hasta de locos. No le escucharán. El propio Lenin reconoció que cuando la base no está dispuesta los comunistas “encuentran difícil acercarse a las masas... y hasta conseguir que les escuchen”<sup>141</sup>. Es más, las autoridades, incluso cuando son débiles o tolerantes, probablemente reaccionarán violentamente contra las tácticas activistas del fanático y hasta pueden obtener nuevas fuerzas de sus actividades.

La situación es distinta en el caso del hombre típico de palabras. Las masas le escuchan porque saben que sus palabras, aunque sean apremiantes, no pueden tener resultados inmediatos. Las autoridades le ignoran o usan métodos indulgentes para

---

<sup>140</sup> Ver ejemplos en la Sección 106.

<sup>141</sup> G. E. G. Catlin, *The Story of the Political Philosophers* (Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1939), p. 633.

amordazarle. De forma imperceptible, el hombre de palabras socava las instituciones establecidas, desacredita a los que están en el poder, debilita las creencias y lealtades predominantes, y construye el escenario para el levantamiento de un movimiento de masas.

La división entre hombres de palabras, fanáticos y hombres prácticos de acción, como aparece en las secciones siguientes, no pretende ser concluyente. Hombres como Gandhi y Trotsky comienzan como ineficaces hombres de palabras y más tarde desarrollan un talento excepcional como administradores o generales. Un hombre como Mahoma empieza como hombre de palabras, se convierte en un fanático implacable y finalmente manifiesta un sentido práctico soberbio. Un fanático como Lenin es un maestro de la palabra hablada y sin igual como hombre de acción. La clasificación intenta sugerir que la preparación de la base para un movimiento de masas la hacen mejor los hombres cuya habilidad principal es el uso de la palabra hablada o escrita; que la expansión de un movimiento real necesita el temperamento y el talento del fanático; y que la consolidación final del movimiento se debe principalmente al trabajo del hombre práctico de acción.

La aparición de una minoría elocuente donde antes no había ninguna es un paso potencialmente revolucionario. Las potencias occidentales fomentaron de forma indirecta e inconsciente los movimientos de masas en Asia no sólo provocando el resentimiento (ver Sección 1) sino también creando minorías elocuentes a través de una educación que era fundamentalmente filantrópica. Una gran parte de los líderes revolucionarios de la India, China e Indonesia se prepararon en instituciones conservadoras occidentales. La Universidad Americana de Beirut, dirigida y patrocinada por americanos conservadores y creyentes, es una escuela de revolucionarios en el mundo árabe inculto. No existe ninguna duda de que los maestros de la escuela misionera de China estuvieron sin darse cuenta entre los que prepararon la base para la revolución china.

## 105

Los hombres de palabras son de diversos tipos. Pueden ser sacerdotes, escribas, profetas, escritores, artistas, profesores, estudiantes o intelectuales en general. En sitios como en China, donde leer y escribir es un arte difícil, la simple alfabetización puede proporcionar el estatus de hombre de palabras. Una situación similar existía en el antiguo Egipto, donde la escritura jeroglífica era monopolio de una minoría.

Cualquiera que sea el tipo, existe un profundo deseo común en casi todos los hombres de palabras que determina su actitud hacia el orden establecido. Es el deseo de reconocimiento; el anhelo de una posición destacada sobre el común de la humanidad. “La vanidad”, decía Napoleón, hizo la Revolución; la libertad era solo un pretexto”. Aparentemente, existe una inseguridad irremediable en el corazón de cada intelectual, ya sea creativo o no. Incluso los más dotados y prolíficos parecen vivir una vida de eterna duda y tienen que demostrar su valía una y otra vez. Lo que de Rémusat dijo de Thiers quizá sea cierto de todos los hombres de palabras: “tenía mucha más vanidad que ambición; prefería la consideración a la obediencia, y la apariencia de poder al poder mismo. Prestaba más atención a la deferencia hacia él que hacia sus propias acciones”<sup>142</sup>.

Hay un momento en la carrera de los hombres de palabras en el que un gesto deferente o complaciente de los que están en el poder puede seducirle por completo. En una cierta fase, la mayoría de los hombres de palabras se vuelven contemporizadores y cortesanos. El propio Jesús no habría podido predicar un nuevo Evangelio si los fariseos dominantes no lo hubieran tomado bajo su protección, llamándolo rabino y escu-

---

<sup>142</sup> Citado por Alexis de Tocqueville, *Recollections* (Nueva York: Macmillan Company, 1896), p. 331.

chándolo con deferencia. Un obispado concedido a Lutero en el momento oportuno hubiese enfriado su pasión por la Reforma. El joven Karl Marx quizá podría haber aceptado el prusianismo por la dádiva de un título y una tarea gubernamental importante; y Lasalle, por un título y un uniforme oficial. Es verdad que una vez que el hombre de palabras formula una filosofía y un programa, probablemente se mantenga a su servicio y sea inmune a las lisonjas y tentaciones.

Por mucho que el irritable hombre de palabras se vea a sí mismo como el defensor de los oprimidos y los injuriados, el agravio que le anima es, con muy pocas excepciones, privado y personal. Su piedad normalmente se incuba en su odio por los poderes que existen<sup>143</sup>. “Sólo unos pocos hombres raros y excepcionales, que tienen ese tipo de amor hacia la humanidad en general, son incapaces de soportar pacientemente la maldad y el sufrimiento, al margen de cualquier relación que exista con sus propias vidas”<sup>144</sup>. Thoreau establece el hecho con feroz extravagancia: “Creo que lo que entristece al reformador no es su compasión por sus compañeros en el dolor, sino, aunque sea el hijo más santo de Dios, su aflicción privada. Si esta se resuelve... abandonará a sus generosos compañeros sin disculpa alguna”<sup>145</sup>. Cuando su estatus superior se reconoce adecuadamente por los que están en el poder, el hombre de palabras encuentra todo tipo de razones elevadas para estar al lado del fuerte frente al débil. Un Lutero que, al desafiar primero a la iglesia establecida, habló con gran sentimiento de “los pobres, la gente simple y común”<sup>146</sup>, proclamó después, cuando pactó con el principito alemán, que “Dios preferiría sufrir al gobierno actual al margen de su maldad, antes que permitirle a la canalla armar escándalo, sin importarle hasta que punto están justificados sus actos”<sup>147</sup>. Un Burke protegido por los señores y nobles habló de la “cochina muchedumbre” y recomendó a los pobres “paciencia, trabajo, sobriedad, austeridad y religión”<sup>148</sup>. Los consentidos y adulados hombres de palabras de la Alemania nazi y la Rusia bolchevique no sentían ningún impulso para estar al lado de los perseguidos y aterrorizados y en contra de los crueles líderes y de su policía secreta.

## 106

Siempre que encontremos una administración que va más allá de su competencia, o bien existe una ausencia total de una clase educada o existe una alianza íntima entre los que están en el poder y los hombres de palabras. Cuando todos los hombres cultos son clérigos, la iglesia es inexpugnable. Cuando todos los hombres cultos son burócratas o cuando la educación proporciona al hombre un estatus superior reconocido, es probable que el orden establecido se vea libre de movimientos de protesta.

La Iglesia Católica se hundió a su más bajo nivel en el siglo X, en tiempos del Papa Juan XII. Era entonces más corrupta e ineficaz que en tiempos de la Reforma. Pero en el siglo X todos los hombres cultos eran sacerdotes, mientras que en el siglo XV, gracias a la introducción de la imprenta y el papel, la educación había dejado de ser monopolio de la iglesia. Fueron los humanistas no eclesiásticos los que formaron la vanguardia de la Reforma. Aquéllos eruditos afiliados a la iglesia o quienes, como en Italia, disfrutaban del patrocinio de los Papas, “mostraron un espíritu tolerante con las instituciones existentes, incluyendo los abusos eclesiásticos y, en general, “se intere-

<sup>143</sup> Multatuli, *Max Havelaar* (Nueva York: Alfred A. Knopf, Inc., 1927). Introducción por D. H. Lawrence

<sup>144</sup> Bertrand Russell, *Proposed Roads to Freedom* (Nueva York: Blue Ribbon Books, 1931). Introducción, p. viii.

<sup>145</sup> Henry Thoreau, *Walden*, Modern Library edition (Nueva York: Random House, 1937), p. 70.

<sup>146</sup> En su carta al arzobispo de Maguncia acompañando sus tesis. Citado por Frantz Funck-Brentano, *Luther* (Londres: Jonathan Cape, Ltd., 1939), p.65.

<sup>147</sup> Citado por Jerome Frank, *Fate and Freedom* (Nueva York: Simon and Schuster, Inc., 1945), p, 281

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 133

saron poco por el tiempo en que se dejó al rebaño vulgar sumido en la oscuridad de la superstición que convenía a su estado”<sup>149</sup>.

La estabilidad de la China Imperial, como la del antiguo Egipto, estaba causada por una alianza estrecha entre la burocracia y la clase culta. Resulta curioso que la rebelión Taiping, el único movimiento de masas eficaz de China mientras el Imperio todavía estaba en marcha, comenzó por un profesor que fracasó una y otra vez en el examen de estado para la casta mandarina más alta<sup>150</sup>. La larga duración del Imperio Romano se explica en parte por la asociación incondicional entre los gobernantes romanos y los griegos como hombres de palabras. Los griegos conquistados sentían que eran ellos los que proporcionaban leyes y civilización a los conquistadores. Es desconcertante leer como el deformado y depravado Nerón, que fue exagerado en su admiración por la Hélade, recibió una histórica bienvenida por parte de los griegos en su visita en el 67 d.C. Lo acogieron en sus corazones como un intelectual y un artista. “Para complacerle, todos los juegos fueron reunidos en un solo año. Todas las ciudades le enviaron los premios de sus competiciones. Las delegaciones le estaban esperando continuamente, le pedían que fuese y cantaban en cada lugar”<sup>151</sup>. Y él les proporcionó a su vez privilegios y proclamó la libertad de Grecia en los juegos ístmicos.

En *Un Estudio de la Historia*, el Profesor A. J. Toynbee cita los hexámetros latinos que Claudio de Alejandría escribió en alabanza de Roma casi cinco siglos después de que César pisara tierra egipcia, y agrega Toynbee con tristeza: “Sería fácil demostrar que el Raj británico fue en muchos aspectos una institución más benevolente y quizá más beneficiosa que el Imperio Romano, pero sería difícil encontrar un Claudio en ninguna de las Alejandrías del Indostán”<sup>152</sup>. Ahora bien, no es totalmente absurdo suponer que si los británicos hubiesen hecho un esfuerzo para ganarse al intelectual hindú, en lugar de relacionarse con los aburridos Nizam, Maharaja, Nawab, Gekawar y gente parecida; si lo hubiesen tratado como a un igual, animándole en su trabajo y permitiéndole compartir sus lugares de placer, entonces quizá hubiesen mantenido su gobierno indefinidamente. Tal como ocurrió, los británicos que gobernaron la India eran de un tipo que carecía totalmente de aptitud para llevarse bien con los intelectuales de cualquier sitio y menos todavía en la India. Eran hombres de acción llenos de fe en la superioridad innata de los británicos. La mayor parte de ellos despreciaron al intelectual hindú tanto como hombre de palabras y también como hindú. El británico que estaba en la India intentó conservar el plano de la acción para sí mismo. No hicieron ningún esfuerzo real para animar a los hindúes a hacerse ingenieros, agrónomos o técnicos. Las instituciones educativas establecidas produjeron hombres “inútiles” de palabras; y es una ironía del destino que este sistema, en lugar de salvaguardar el gobierno británico, aceleró su fin.

El fracaso británico en Palestina también se debió en parte a la carencia de entendimiento entre el típico oficial colonial británico y los hombres de palabras. La mayoría de los judíos palestinos, aunque empapados de acción, son hombres de palabras tanto por formación como por tradición, y sensibles a la crítica. Les molestó la actitud despectiva del oficial británico que consideraba a los judíos como un montón de sofistas cobardes y desagradecidos —una presa fácil para los belicosos árabes una vez que Inglaterra retirase su manto protector. Los judíos palestinos también estaban resentidos por el tutelaje de funcionarios mediocres, inferiores a ellos tanto en experiencia como en inteligencia. Británicos del calibre de Julian Huxley, Harold Nicolson o Richard Crossman posiblemente podrían haber conservado Palestina para el Imperio.

---

<sup>149</sup> “Reformation”, *Encyclopaedia Britannica*

<sup>150</sup> Rene Fülöp Miller, *Leaders, Deamers and Rebels* (Nueva York: The Viking Press, 1935), p. 85.

<sup>151</sup> Ernest Renan, *Antichrist* (Boston: Roberts Brothers, 1897), p. 245.

<sup>152</sup> Arnold J. Toynbee, *A Study of History*. Compendio de D. C. Somerwell (Toronto: Oxford University Press, 1947), p. 423.

Tanto en el régimen bolchevique como en el nazi es evidente una conciencia perspicaz de la relación fatal entre los hombres de palabras y el estado. En Rusia, los hombres de letras, artistas y académicos comparten los privilegios del grupo gobernante. Todos son funcionarios superiores. Y aunque se hace para mantener la línea del partido, todos están sujetos a la misma disciplina que se impone al resto de la élite. En el caso de Hitler había un realismo diabólico en su plan de que todo aprendizaje fuese monopolio de la élite que tenía que gobernar su imperio mundial imaginario, mientras que las masas anónimas se mantenían escasamente instruidas.

## 107

Los hombres de letras del siglo XVIII francés son el ejemplo más conocido de intelectuales que abren camino a un movimiento de masas. Se puede descubrir un modelo similar en los períodos que preceden a la aparición de los movimientos de masas. La base de la Reforma se preparó por los hombres que satirizaban y denunciaban al clero en los panfletos populares, y por los hombres de letras como Johann Reuchlin, que peleaban y desacreditaban a la curia romana. La rápida expansión del cristianismo en el mundo romano ocurrió porque los cultos paganos que pretendían suplantar estaban ya completamente desacreditados. El descrédito fue realizado, antes y después del nacimiento del cristianismo, por los filósofos griegos que estaban aburridos con la puerilidad de los cultos, y los denunciaban y ridiculizaban en las escuelas y en las calles. El cristianismo hizo poca cosa contra el judaísmo porque la religión judía tenía la lealtad ferviente de los hombres judíos de palabras. Los rabinos y sus discípulos disfrutaban de un estatus elevado en la vida judía de esa época, cuando la escuela y el libro suplantaron al templo y a la partía. En cualquier orden social donde el reino de los hombres de palabras es tan supremo, ninguna oposición puede desarrollarse desde dentro y ningún movimiento de masas extranjero puede tener éxito.

Los movimientos de masas modernos, ya sean socialistas o nacionalistas, fueron invariablemente iniciados por poetas, escritores, historiadores, eruditos, filósofos y semejantes. La conexión entre teóricos intelectuales y movimientos revolucionarios no necesita énfasis. Pero también es cierto que todos los movimientos nacionalistas — desde el culto a la *patrie* en la Francia revolucionaria hasta el último levantamiento nacionalista en Indonesia— fueron concebidos no por hombres de acción sino por intelectuales irritables. Los generales, industriales, terratenientes y hombres de negocios que se consideran pilares del patriotismo son rezagados que se unen al movimiento después de que ya está en marcha. El esfuerzo agotador de la fase temprana de cada movimiento nacionalista consiste en convencer y ganar a estos pilares futuros del patriotismo. El historiador checo Palacký dijo que si se hubiera derrumbado el techo de la habitación donde él y un puñado de amigos estaban cenando una noche, no se hubiera producido ningún movimiento nacionalista checo<sup>153</sup>. Muchos de esos hombres de palabras estuvieron al comienzo de todos los movimientos nacionalistas. Los intelectuales alemanes fueron los creadores del nacionalismo, al igual que los intelectuales judíos fueron los creadores del sionismo. Es el deseo arraigado del hombre de palabras por un estatus elevado el que le hace especialmente sensible a cualquier humillación impuesta por la clase o por la comunidad (racial, lingüística o religiosa) a la que vagamente pertenece. La humillación de Napoleón a los alemanes, especialmente a los prusianos, fue la que impulsó a Fichte y a los intelectuales alemanes a convocar a las masas alemanas para unirse en una nación poderosa que dominaría Europa. Theodore Herzl y los intelectuales judíos fueron impulsados al sionismo por la humillación acumulada por millones de judíos en Rusia, y por las calumnias vertidas sobre los judíos en el resto de la Europa continental a finales del siglo XIX. Hasta cierto punto, el

---

<sup>153</sup> Carlton J. H. Hayes, *The Historical Evolution of Modern Nationalism* (Nueva York: R. R. Smith, 1931), p. 294.

movimiento nacionalista que obligó a los gobernantes británicos a abandonar la India tuvo su comienzo en la humillación de un hombre indio de palabras, huesudo y con gafas, en Sudáfrica.

## 108

Es fácil ver como el quisquilloso hombre de palabras, mediante el ridículo y la denuncia persistente, agita las creencias y lealtades vigentes, y familiariza a las masas con la idea de cambio. Pero no es tan evidente el proceso por el que desprestigiar las creencias e instituciones existentes hace posible la aparición de una nueva fe fanática. Porque es un hecho notable que el hombre militante de palabras que “explora el orden establecido hasta la fuente para marcar su deseo de autoridad y justicia”<sup>154</sup>, con frecuencia no prepara la base de una sociedad de individuos libres sino de una sociedad corporativa que aprecia especialmente la unidad extrema y la fe ciega. Una amplia difusión de dudas e irreverencia conduce con frecuencia a resultados inesperados. La irreverencia del Renacimiento fue un preludio del nuevo fanatismo de la Reforma y la Contrarreforma. Los franceses de la ilustración que desprestigiaron a la iglesia y la corona y que predicaron la razón y la tolerancia, provocaron un estallido de fanatismo revolucionario y nacionalista que todavía continúa. Marx y sus seguidores desacreditaron la religión, el nacionalismo y la persecución frenética del negocio, y dieron a luz el nuevo fanatismo del socialismo, el comunismo, el nacionalismo estalinista y la pasión por el dominio del mundo.

Cuando desprestigiamos una fe fanática o un prejuicio, no golpeamos la raíz del fanatismo. Simplemente impedimos su filtración en un punto concreto, con el probable resultado de que goteará en otro punto distinto. Desacreditando las creencias y lealtades predominantes, el hombre militante de palabras crea involuntariamente un hambre de fe en las masas desilusionadas. Porque la mayoría de las personas no pueden soportar la esterilidad e inutilidad de sus vidas a menos que tengan alguna dedicación entusiasta o empresa apasionada en la que puedan perderse. Así, a pesar de sí mismo, el irónico hombre de palabras se convierte en el precursor de una nueva fe.

El auténtico hombre de palabras puede llevarse bien consigo mismo sin ninguna fe. Valora la búsqueda de la verdad tanto como a la verdad misma. Se deleita con el ruido del pensamiento y con la dinámica de la polémica. Si formula una filosofía y una doctrina, es más una exhibición de inteligencia y un ejercicio de dialéctica que un programa de acción y los principios de una fe. Su vanidad, es cierto, le impulsa a defender sus especulaciones con crueldad y hasta con ponzoña; pero normalmente apela a la razón y no a la fe. Sin embargo, los fanáticos y las masas hambrientas de fe probablemente concedan a tales especulaciones la certeza de los escritos sagrados y las conviertan en el manantial de una nueva fe. Jesús no era cristiano, ni Marx era un marxista.

En resumen, el hombre militante de palabras prepara las bases para el levantamiento de un movimiento de masas: 1) desacreditando los credos e instituciones vigentes y alejándolos de la obediencia del pueblo; 2) creando indirectamente hambre de fe en los corazones de los que no pueden vivir sin ella de forma que, cuando se predica la nueva fe encuentra una respuesta ávida entre las masas desilusionadas; 3) proporcionando la doctrina y las consignas de la nueva fe; 4) socavando las convicciones de la “gente buena” —aquellos que pueden estar bien sin fe— para que cuando haga su aparición el nuevo fanatismo, no tengan capacidad para resistirlo. No ven nin-

---

<sup>154</sup> Pascal, *Pensées*.

gún sentido en morir por convicciones y principios, y se entregan sin lucha al nuevo orden<sup>155</sup>.

Así, cuando el intelectual irreverente hace su trabajo:

Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores  
Están llenos de energía apasionada.  
Seguramente alguna revelación está cerca;  
Seguramente el Segundo Advenimiento está cerca<sup>156</sup>

El escenario está listo ya para los fanáticos.

## 109

Las figuras trágicas en la historia de un movimiento de masas son los precursores intelectuales que viven el tiempo suficiente como para ver la caída del viejo orden por la acción de las masas.

La impresión de que los movimientos de masas, y las revoluciones en particular, nacen de la resolución de las masas para derrocar una tiranía corrupta y opresiva y ganar así la libertad de acción, expresión y conciencia, tiene su origen en el fragor de las palabras lanzadas por los creadores intelectuales del movimiento durante sus escaramuzas con el orden establecido. El hecho de que cuando surgen los movimientos de masas casi siempre proclaman menos libertad individual<sup>157</sup> que el orden que suplantán, se atribuye normalmente al engaño de alguna pandilla ambiciosa de poder que secuestra el movimiento en su fase crítica y estafa la libertad a las masas desde el comienzo. En realidad, las únicas personas estafadas en el proceso son los precursores intelectuales. Se levantan contra el orden establecido, ridiculizan su irracionalidad e incompetencia, denuncian su ilegitimidad y opresión, y reclaman la libertad de expresión y de realización. Dan por supuesto que las masas que responden a su llamada y machan detrás de ellos desean fervientemente las mismas cosas. Sin embargo, la libertad que las masas desean no es la libertad de expresión y realización, sino libertad de la carga intolerable de una existencia autónoma. Quieren la libertad de “la carga espantosa de la libre elección”<sup>158</sup>, libertad de la responsabilidad agobiante de darse cuenta de su yo ineficaz y de responsabilizarse de la culpa del resultado infame. No desean libertad de conciencia, sino fe —fe ciega, autoritaria. Quieren barrer el viejo orden no para crear una sociedad de hombres libres e independientes, sino para establecer uniformidad, anonimato individual y una nueva estructura de unidad perfecta. No es la maldad del viejo régimen contra lo que se levantan, sino contra su debilidad; no por su opresión, sino por su fracaso en mantenerlos juntos en una totalidad sólida y poderosa. La persuasión del demagogo intelectual no consiste tanto en convencer a las personas de la vileza del orden establecido como en demostrar su incompetencia irreparable. El resultado inmediato de un movimiento masivo se corresponde con lo que desean las personas. No son estafadas en el proceso.

La razón por la que un destino trágico casi siempre alcanza a las comadronas intelectuales de un movimiento de masas es que, al margen de que predicán y glorifican el esfuerzo conjunto, siguen siendo esencialmente individualistas. Creen en la posibilidad de la felicidad individual y en la validez de la opinión y la iniciativa individual. Pero en el

---

<sup>155</sup> Demaree Bess cita a un banquero de Holanda en 1941: “No deseamos convertirnos en mártires en mayor medida en que la gente moderna desea el martirio”. “The Bitter Fate of Holland”, *Saturday Evening Post*, Feb. 1, 1941.

<sup>156</sup> William Butler Yeats, “The Second Coming”, *Collected Poems* (Nueva York: Macmillan Company, 1933).

<sup>157</sup> Ver Sección 27.

<sup>158</sup> Födor Dostoyevsky, *Los Hermanos Karamazov*, Libro V, Cap. 5.

momento en que un movimiento consigue existir, el poder cae en manos de los que no tienen fe ni respeto por el individuo. Y la razón de que prevalezcan no es por su desprecio del individuo que les otorga capacidad para ser crueles, sino porque su actitud está plenamente de acuerdo con la pasión dirigente de las masas.

## **XVI Los Fanáticos**

### **110**

Cuando el momento está maduro, sólo el fanático puede incubar un movimiento masivo genuino. Sin él, la inquietud engendrada por los hombres militantes de palabras se queda sin dirección y puede liberarse en vano, desapareciendo fácilmente los desórdenes. Sin él, las reformas comenzadas, por muy drásticas que sean, no consiguen cambiar las viejas formas de vida, y cualquier cambio en el gobierno no significa más que la transferencia de poder de un grupo de hombres de acción a otro. Sin él, no puede haber ningún comienzo.

Cuando el viejo orden empieza a romperse en pedazos, muchos de los vociferantes hombres de palabras, que tanto imploraron por la llegada de ese día, se sienten acobardados. El primer vistazo a la cara de la anarquía les asusta. Olvidan todo lo que dijeron sobre “los pobres ciudadanos” y se lanzan a ayudar a los hombres fuertes de acción —príncipes, generales, administradores, banqueros, terratenientes— que saben como tratar con la canalla y como detener el caos.

No le ocurre lo mismo al fanático. El caos es su elemento. Cuando el viejo orden comienza a romperse, irrumpe con toda su fuerza y temeridad para lanzar por los aires al odiado presente. Se regocija con la visión de un mundo que se acaba bruscamente. ¡Al infierno con las reformas! Todo lo que existe es basura y no tiene sentido reformar la basura. Justifica su voluntad de anarquía con la plausible afirmación de que no puede haber un nuevo comienzo mientras estén a la vista los viejos desórdenes. Deja a un lado a los atemorizados hombres de palabras, si todavía están alrededor, aunque continúa elogiando sus doctrinas y pronunciando sus consignas. Conoce el más profundo deseo de las masas en acción: el deseo de comunión, de congregar a la muchedumbre, de disolver la individualidad maldita en la majestad y grandeza de un todo poderoso. El futuro es el rey; y pobre de aquél, dentro o fuera del movimiento, que se abraza y se agarra al presente.

### **111**

¿De donde vienen los fanáticos? Principalmente de las filas de los hombres de palabras que no son creativos. La división más significativa entre los hombres de palabras es la de aquellos que pueden encontrar su realización en el trabajo creativo y aquellos que no lo consiguen. Los hombres de palabras que son creativos, al margen de su crítica amarga y su burla hacia el orden existente, están realmente atados al presente. Su pasión es la reforma y no la destrucción. Cuando el movimiento de masas está completamente en sus manos, lo convierte en un asunto moderado. Las reformas que inicia son superficiales, y la vida transcurre sin sobresaltos. Pero tal evolución solo es posible cuando la acción anárquica de las masas no entra en juego, ya sea porque el viejo orden abdica sin lucha o bien porque el hombre de palabras se asocia con los hombres fuertes de acción en el momento en que el caos amenaza con liberarse. Cuando la lucha con el viejo orden es amarga y caótica, y la victoria solo se puede conseguir mediante la unidad extrema y el autosacrificio, el hombre creativo de palabras se mantiene al margen y la dirección cae en manos de los hombres de pala-

bras que no son creativos —los eternos inadaptados y los fanáticos que desprecian el presente<sup>159</sup>.

El hombre que desea escribir un gran libro, pintar un gran cuadro, crear una obra maestra de arquitectura, llegar a ser un gran científico, y sabe que nunca será capaz de conseguirlo, de alcanzar su deseo más íntimo, nunca podrá encontrar la paz en un orden social estable —viejo o nuevo. Contempla su vida como irremediadamente perdida y al mundo siempre desquiciado. Solo se siente a gusto en un estado de caos. Aún cuando se someta o se imponga una disciplina férrea, se está sometiendo o está formando el instrumento indispensable para alcanzar un estado de eterno fluir, un eterno llegar a ser. Solo cuando se compromete con el cambio tiene un sentido de libertad y el sentimiento de que está creciendo y se está desarrollando. Y esto es así porque nunca puede reconciliarse con un yo que teme lo definitivo y el orden fijo de las cosas. Marat, Robespierre, Lenin, Mussolini y Hitler son magníficos ejemplos de fanáticos que surgen de las filas de los hombres de palabras no creativos. Peter Viereck señala que la mayoría de los nazis importantes tenían ambiciones artísticas y literarias que pudieron realizar. Hitler lo intentó con la pintura y la arquitectura; Goebbels, el drama, la novela y la poesía; Rosenberg, arquitectura y filosofía; von Schirach, poesía; Funk, música; Streicher, pintura. “Casi todos eran fracasados, no solo en el sentido usual de la palabra, sino por su propio criterio artístico”. Sus ambiciones artísticas y literarias “eran originalmente más profundas que las ambiciones políticas; y constituían una parte integral de sus personalidades”<sup>160</sup>.

El hombre creativo de palabras está incómodo en la atmósfera de un movimiento activo. Siente que el torbellino y la pasión agotan sus energías creativas. En la medida en que es consciente de su flujo creativo interior, no se encuentra realizado conduciendo a muchedumbres y ganando victorias. El resultado es que, una vez que el movimiento ya está en marcha, se retira voluntariamente o se le echa a un lado. Además, puesto que el auténtico hombre de palabras nunca puede anular sincera y voluntariamente su capacidad crítica, resulta inevitable que adopte el papel de hereje. De esta forma, a menos que el hombre creativo de palabras ahogue el movimiento recién nacido aliándose con los hombres prácticos de acción o que se muera en el momento oportuno, probablemente acabará como un fugitivo o enfrentándose a un pelotón de ejecución.

## 112

El peligro del fanático para el desarrollo de un movimiento es que no puede tranquilizarse. Una vez que se ha conseguido la victoria y que el nuevo orden comienza a cristalizar, el fanático se convierte en un elemento de tensión y perturbación. El gusto por las emociones fuertes le impulsa a buscar misterios que todavía no se han revelado y puertas secretas que todavía no se han abierto. Sigue tentado por los extremos. En consecuencia, la mayoría de los movimientos de masas se encuentran al borde de la discordia al día siguiente de la victoria. La excitación que ayer encontró la salida en una batalla a vida o muerte con enemigos externos, ahora se descarga en disputas violentas y enfrentamiento de bandos. El odio se convierte en un hábito. Sin ningún enemigo externo que destruir, los fanáticos se enfrentan entre sí. Hitler —un fanático— diagnosticó con precisión el estado de ánimo de los fanáticos que conspiraron contra él desde las filas del partido Nacional Socialista. En su orden al jefe recientemente nombrado de las SA después de la purga de Rohm en 1934, habla de aquellos que no se calmarán: “... sin realizarlo, porque han encontrado en el nihilismo su última confesión de fe ... su desasosiego e inquietud solo pueden encontrar satisfacción en alguna actividad conspirativa, en intrigar continuamente por la desintegración de cualquier

---

<sup>159</sup> Ver Sección 37.

<sup>160</sup> Peter Viereck, *Metapolitics* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1941) pp. 156 y 170.

cosa que ocurra en ese momento”<sup>161</sup>. Como sucedió con Hitler, la acusación contra sus adversarios (internos y externos al Reich) fue una confesión involuntaria. Especialmente en sus últimos días, él encontró en el nihilismo su “última filosofía y epítafio”<sup>162</sup>.

Si se les permite continuar su camino, los fanáticos pueden dividir al movimiento en cismas y herejías que amenazan su existencia. Aunque los fanáticos no alimenten la desunión, pueden arruinar el movimiento empujándolo a intentar lo imposible. Solo la aparición del hombre práctico de acción puede salvar los logros del movimiento.

## XVII Los Hombres Prácticos de Acción

### 113

Un movimiento es iniciado por hombres de palabras, materializado por fanáticos y consolidado por hombres de acción.

Es una ventaja para un movimiento, y quizá un requisito previo para su duración, que estos papeles sean desempeñados por diferentes hombres que se suceden entre sí cuando las condiciones lo requieren. Cuando la misma persona o personas (o el mismo tipo de persona) dirige un movimiento desde el comienzo hasta su madurez, normalmente termina en desastre. Los movimientos fascista y nazi no tuvieron cambio sucesivo en el liderazgo, y ambos acabaron en desastre. Fue el fanatismo de Hitler, su incapacidad para asentarse y desempeñar el papel de hombre práctico de acción, lo que llevó a la ruina su movimiento. Si Hitler hubiese muerto a mediados de los años treinta, no hay duda de que un hombre de acción del tipo de Goering le hubiese sucedido en el liderazgo y el movimiento hubiese sobrevivido.

Existe la posibilidad de un cambio de carácter. Un hombre de palabras puede transformarse en un auténtico fanático o en un hombre práctico de acción. Sin embargo la evidencia señala que tales metamorfosis acostumbran a ser temporales, y antes o después regresan al tipo original. Trotsky era un hombre de palabras grandilocuentes, brillante e individualista de corazón. La caída catastrófica del Imperio y el predominio de Lenin le llevó al campo de los fanáticos. En la guerra civil desarrolló un talento incomparable como organizador y general. Pero en el momento en que se relajó la tensión al final de la guerra civil, de nuevo se convirtió en hombre de palabras, sin crueldad ni suspicacias sombrías, confiando en las palabras y no en la fuerza implacable, y consintió ser desplazado por la astucia del fanático Stalin.

El propio Stalin era una combinación de fanático y hombre de acción, con claro predominio fanático. Sus equivocaciones desastrosas —la aniquilación absurda de los kulaks y de su descendencia, el terror de las purgas, el pacto con Hitler, la injerencia estúpida en el trabajo creativo de los escritores, artistas y científicos— eran las equivocaciones de un fanático. Había pocas oportunidades para que los rusos disfrutaran las alegrías del presente mientras Stalin, el fanático, estaba en el poder.

Hitler también era principalmente fanático, y el fanatismo vició sus notables logros como hombre de acción.

Existen líderes poco comunes como Lincolns, Gandhi, incluso Franklin Delano Roosevelt, Churchill y Nehru. No dudan en controlar las necesidades y temores del hombre para conseguir un seguidor y convertirlo en entusiasta hasta la muerte al servicio de la causa sagrada; pero a diferencia de Hitler, Stalin o hasta Lutero y Calvino<sup>163</sup>,

---

<sup>161</sup> Mans Bernd Gisevius, *To the Bitter End* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1947), pp. 121-122.

<sup>162</sup> H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (Nueva York: Macmillan Company, 1947), p. 4.

<sup>163</sup> Lutero y Calvino “aspiraban a levantar una nueva autoridad de la iglesia que sería más poderosa, más dictatorial y exigente, y más diligente en la persecución de herejes, que la

ellos no cautivaban para usar el fango de las almas frustradas como cemento en la construcción de un nuevo mundo. La confianza en sí mismos de estos líderes extraordinarios proviene y se combina con su fe en la humanidad, porque saben que nadie puede ser honorable a menos que respete al hombre.

#### 114

El hombre de acción salva al movimiento de las discrepancias suicidas y de la imprudencia de los fanáticos. Pero su aparición marca el final de la fase dinámica del movimiento. La guerra con el presente ha terminado. El auténtico hombre de acción no intenta renovar el mundo sino poseerlo. Mientras que la vitalidad de la fase dinámica consistía en protestar y en desear un cambio drástico, la fase final está principalmente preocupada por la administración y perpetuación del poder obtenido.

Con la aparición del hombre de acción, el vigor explosivo del movimiento se embalsama y sella mediante instituciones consagradas. Un movimiento religioso cristaliza en una jerarquía y en ritual; un movimiento revolucionario, en órganos de vigilancia y administración; un movimiento nacionalista, en instituciones gubernamentales y patrióticas. El establecimiento de una iglesia marca el final del espíritu evangelista; los órganos de una revolución triunfante liquidan la mentalidad y la técnica revolucionaria; las instituciones de gobierno de una nación nueva o resurgida ponen término a la beligerancia chovinista. Las instituciones congelan el modelo de acción unificada. Se espera que los miembros del cuerpo colectivo institucionalizado actúen como un solo hombre, sin embargo deben presentarse como una asociación espontánea. Sólo deben unificarse a través de su lealtad incondicional a las instituciones. La espontaneidad es sospechosa y el deber es más valorado que la devoción.

#### 115

La preocupación principal del hombre de acción cuando se encarga de “un movimiento logrado es asegurar y perpetuar su unidad y disposición al sacrificio. Su ideal es una totalidad compacta, invencible que funcione automáticamente. Para conseguirlo no puede confiar en el entusiasmo, porque el entusiasmo es efímero. La persuasión también es imprevisible. Por tanto, se inclina por confiar en la repetición y la coerción. Descubre que la afirmación de que todos los hombres son cobardes es menos discutible que la de que todos los hombres son necios y, en palabras de Sir John Maynard, piensa fundamentar el nuevo orden en el cuello de las personas en lugar de hacerlo en sus cabezas<sup>164</sup>. El hombre genuino de acción no es un hombre de fe sino un hombre de ley.

No puede consentir ser intimidado por los grandes éxitos de la fe y la espontaneidad de los primeros días del movimiento, cuando se invalidaba un gran instrumento de poder. El recuerdo todavía es muy vívido. Por tanto, tiene mucho cuidado de conservar en las nuevas instituciones una apariencia impresionante de fe, y mantiene un raudal incesante de propaganda ferviente, aunque confía principalmente en la persuasión de la fuerza. Sus órdenes se formulan en un vocabulario piadoso, y las viejas fórmulas y consignas están continuamente en sus labios. Se ensalzan y reverencian los símbolos de fe. Se canoniza a los hombres de palabras y a los fanáticos de los primeros tiempos. Aunque las firmes garras de la coerción se sienten por todas partes y se pone mucho énfasis en la repetición mecánica, las frases piadosas y la propaganda ferviente proporcionan una apariencia de persuasión a lo que realmente es coacción, y al

---

Iglesia Católica”. Jerome Frank, *Fate and Freedom* (Nueva York: Simon and Schuster, Inc., 1945), p. 283.

<sup>164</sup> John Maynard, *Russia in Flux* (Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1941), p. 19.

hábito un aspecto de espontaneidad. No se ahorra ningún esfuerzo para presentar el nuevo orden como la consumación gloriosa de las esperanzas y luchas de los primeros tiempos.

El hombre de acción es ecléctico en los métodos que utiliza para proporcionar estabilidad y duración al nuevo orden. Utiliza lo que tiene cerca y lejos, a los amigos y a los enemigos. Incluso regresa al viejo orden anterior al movimiento y se apropia de muchas técnicas de estabilidad, estableciendo así una continuidad involuntaria con el pasado. La institución de un dictador absoluto, característica de esta etapa, significa el empleo deliberado de una técnica y también la manifestación del hambre desmedida de poder. Es probable que el bizantinismo sea predominante tanto en el nacimiento como en la decadencia de una organización. Es la expresión del deseo por un modelo estable, y puede utilizarse para configurar lo que todavía es amorfo o para mantener unido lo que parece estar cayéndose a pedazos. La infalibilidad del obispo de Roma la planteó Ireneo (siglo segundo) en los primeros tiempos del papado, y Pío IX en 1870, cuando el papado parecía estar al borde de la extinción.

De esta forma, el orden realizado por el hombre de acción es una mezcolanza. La Rusia de Stalin era un combinado de bolchevismo, zarismo, nacionalismo, paneslavismo, racismo, prusianismo, dictadura y copia del fascismo, bolchevismo, sintoísmo, catolicismo y hebraísmo. También el cristianismo, después de que los conflictos y disensiones de los primeros siglos cristalizaron en una iglesia autoritaria, fue una mezcolanza de lo viejo y lo nuevo, y de préstamos de amigos y enemigos. Configuró su jerarquía según la burocracia del Imperio Romano, adoptó fragmentos del ritual antiguo, desarrolló la institución de un líder absoluto y utilizó todos los medios para absorber todos los elementos existentes de vida y poder<sup>165</sup>.

## 116

En las manos del hombre de acción, el movimiento de masas deja de ser un refugio de las agonías y cargas de la existencia individual y se convierte en un medio de autorrealización para el ambicioso. La atracción irresistible que ejerce ahora el movimiento sobre los que están preocupados por su futuro individual es una indicación clara del cambio drástico de carácter y de su reconciliación con el presente. También es evidente que el influjo de estos hombres de futuro acelera la transformación del movimiento en una empresa. Hitler, que tenía una visión clara del curso entero del movimiento incluso mientras estaba alimentando su Nacional Socialismo infantil, advirtió que un movimiento mantiene su fuerza solo en la medida en que no pueda ofrecer nada en el presente —únicamente “honor y fama a los ojos de la posteridad” y que cuando es invadido por los que desean secar máximo provecho del presente, “la ‘misión’ de ese movimiento ya está hecha<sup>166</sup>.”

En esta etapa del movimiento todavía se involucra con el frustrado —no para controlar su descontento en una batalla a muerte con el presente, sino para reconciliarlo con él; para hacerlo paciente y manso. Se le ofrece la esperanza, el sueño y la visión en la lejanía<sup>167</sup>. Así, al final de su etapa pujante, el movimiento es un instrumento de poder para los afortunados y un narcótico para el frustrado.

---

<sup>165</sup> John Addington Symonds, *The Fine Arts “Renaissance in Italy”* series (Londres: Smith, Elder and Company, 1906), pp. 19-20.

<sup>166</sup> Adolph Hitler, *Mein Kampf* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1943), p. 105.

<sup>167</sup> Ver Sección 25.

## XVIII Buenos y Malos Movimientos de Masas

### LA REPUGNANCIA Y ESTERILIDAD DE LA FASE ACTIVA

117

Este libro se interesa principalmente por la fase activa de los movimientos de masas —la fase configurada y dominada por el verdadero creyente. En esta fase es cuando los movimientos de masas de todos los tipos manifiestan los rasgos comunes que hemos intentado perfilar. A estas alturas parece ser verdad que al margen de la nobleza del propósito original y por muy humanitario que sea el resultado final, su fase activa se nos presenta como desagradable cuando no perversa. El fanático que personifica esta fase es un tipo humano desagradable. Es cruel, hipócrita, crédulo, beligerante, mezquino y basto. Está dispuesto a sacrificar a familiares y amigos por su causa sagrada. La unidad absoluta y la facilidad para el sacrificio, que le proporcionan al movimiento activo su impulso irresistible y le permite emprender lo imposible, se consiguen con el sacrificio de una gran parte de lo que es agradable y precioso para el individuo autónomo. Ningún movimiento de masas, por muy sublime que sea su fe y honorable su propósito, puede ser bueno si su fase activa es demasiado larga y, especialmente, si se continúa después de que el movimiento esté en posesión indiscutible del poder. Aquellos movimientos de masas que consideramos más o menos beneficiosos —la Reforma, los Puritanos, las Revoluciones Francesa y Americana, y muchos de los movimientos nacionalistas de los últimos cien años— tuvieron fases activas relativamente cortas, aunque mientras duraron manifestaron, en mayor o menor grado, la impronta del fanático. El líder de un movimiento de masas que beneficia a su pueblo y a la humanidad no solo sabe como iniciar un movimiento sino que, como Gandhi, también sabe cuando terminar con la fase activa.

Cuando un movimiento de masas conserva durante generaciones la estructura formada por su fase activa (como en el caso de la iglesia militante a lo largo de la Edad Media) o cuando se fortalece continuamente su ortodoxia por la entrada continua de prosélitos fanáticos (como en el caso del Islam<sup>168</sup>), el resultado es un período de estancamiento —una edad oscura. Siempre que encontramos un período de creatividad auténtica asociada a un movimiento de masas, casi siempre es un período que precede o, con más frecuencia, es posterior a la fase activa. A condición de que la fase activa del movimiento no sea demasiado larga y no comporte una sangría y destrucción excesiva, su terminación, especialmente cuando es brusca, provoca un estallido de creatividad. Esto parece ser cierto cuando el movimiento termina triunfando (como en el caso de la Rebelión Holandesa) o cuando termina en derrota (como en el caso de la Revolución Puritana). El idealismo y la pasión del movimiento no son las causas de cualquier renacimiento cultural posterior, sino la relación brusca de la disciplina colectiva y la liberación del individuo de la atmósfera asfixiante de la fe ciega y del desprecio de su yo y del presente. A veces el deseo de llenar el vacío por la pérdida o por el abandono de la causa sagrada se convierte en un impulso creativo<sup>169</sup>.

La fase activa es estéril. Trotsky sabía que “Períodos de alta tensión en las pasiones sociales dejan poco espacio para la contemplación y la reflexión. Todas las musas —incluso la musa plebeya del periodismo a pesar de sus opulentas caderas— arrastran con dificultad en tiempos de revolución”<sup>170</sup>. Por otro lado, Napoleón<sup>171</sup> y Hitler se

---

<sup>168</sup> Ver Sección 85.

<sup>169</sup> Por ejemplo, pueden revisarse las carreras de Milton y Bunyan, Koestler y Silone.

<sup>170</sup> Leon Trotsky, *The History of the Russian Revolution* (Nueva York: Simon and Schuster, Inc., 1932). Prólogo.

<sup>171</sup> Napoleón escribió a su Jefe de Policía preguntándole por qué no había ninguna literatura floreciente en el Imperio y que le agradaría que la hubiese”. Jacques Barzun, *Of Human Freedom* (Boston: Little, Brown and Company, 1939), p. 91.

sintieron mortificados por la calidad anémica de la literatura y el arte producidos en su edad heroica y exigieron obras maestras que fuesen dignas de las poderosas hazañas de la época. No sospechaban que la atmósfera de un movimiento activo incapacita o asfixia el espíritu creativo. Milton, que en 1640 era un poeta prometedor, con un borrador del *Paraíso Perdido* en el bolsillo, gastó veinte años estériles escribiendo panfletos comprometiéndose excesivamente en el “mar de ruidos y disputas destempladas”<sup>172</sup> que había en la Revolución Puritana. Con la Revolución muerta y él en desgracia, produjo *Paraíso Perdido*, *Paraíso Recuperado* y *Samson Agonistes*.

## 118

La interferencia de un movimiento de masas activo con el proceso creativo es profunda y múltiple: 1) El fervor genera un gasto de energías que habría fluido hacia el trabajo creativo. El fervor tiene el mismo efecto sobre la creatividad que la disipación. 2) Subordina el trabajo creativo al avance del movimiento. La literatura, el arte y la ciencia deben ser propagandísticos y de carácter práctico. El escritor, artista o científico que es verdadero creyente no crea para expresarse, o para salvar su alma o para descubrir la verdad y la belleza. Su tarea, tal como la ve, es advertir, aconsejar, apremiar, glorificar y denunciar. 3) Cuando un movimiento de masas abre grandes campos de acción (guerra, colonización, industrialización), existe un gasto añadido de energía creativa. 4) El estado fanático de la mente puede ahogar por sí mismo todas las formas de trabajo creativo. El desprecio fanático del presente le ciega para la complejidad y singularidad de la vida. Las cosas que apasionan al creador le parecen triviales o degeneradas. “Nuestros escritores deben marchar en filas apretadas y quién camina fuera del sendero para recoger flores es como un desertor”. Estas palabras de Konstantine Simonov repiten el pensamiento y las palabras de los fanáticos a través de los tiempos. Dijo el Rabino Jacob (siglo primero): “El que marcha por el camino... e interrumpe su estudio [de la Torah] diciendo: ‘Que hermoso es este árbol’ o ‘Que hermoso es este campo labrado’... ha pecado contra su alma”<sup>173</sup>. San Bernard de Clerveaux podía pasear todo el día por el lago de Ginebra y no ver nunca el lago. En *Refinement of the Arts*, David Hume habla de un monje “que, como las ventanas de su celda tenían una perspectiva grandiosa, hizo el pacto con sus ojos de no mirar nunca hacia allí”. La ceguera del fanático es una fuente de fortaleza (no ve ningún obstáculo), pero es la causa de la esterilidad intelectual y de la monotonía emocional.

El fanático también es mentalmente arrogante y, por tanto, incapaz de nuevas perspectivas. En la base de su arrogancia está la convicción de que la vida y el universo responden a una fórmula simple —su fórmula. Carece de los fecundos períodos de exploración, cuando la mente no tiene soluciones —dispuesta a nuevas reacciones, nuevas combinaciones y nuevos comienzos.

## 119

Cuando un movimiento de masas activo muestra originalidad, es una originalidad aplicada y a escala. Los principios, métodos, técnicas, etcétera que un movimiento aplica y explota son el producto de una creatividad que estuvo o todavía está fuera de la esfera del movimiento. Todos los movimientos de masas activos tienen esa capacidad de imitación imperturbable que nosotros asociamos a los japoneses. Incluso en el campo de la propaganda los nazis y los comunistas imitan más que crean. Venden su marca de causa sagrada de la misma forma que el anunciante capitalista vende su

---

<sup>172</sup> “John Milton”, *Encyclopaedia Britannica*.

<sup>173</sup> Pirke Aboth, *The Sayings of the Jewish Fathers* (Nueva York: E. P. Dutton and Company, Inc., 1929), p. 36.

marca de sopa o de cigarrillos<sup>174</sup>. Una gran parte de lo que nos parece nuevo en los métodos de los nazis y comunistas viene de que están gestionando (o intentan gestionar) grandes imperios territoriales de la misma forma en que un Ford o un DuPont gestiona su imperio industrial. Quizá sea cierto que el éxito del experimento comunista siempre dependerá de la creatividad sin límites que procede del mundo exterior no comunista. Los cínicos hombres del Kremlin lo interpretan como una concesión magnánima, cuando dicen que el comunismo y el capitalismo pueden continuar durante mucho tiempo uno al lado del otro. Si no existiese ninguna sociedad libre fuera de la órbita comunista, puede que encontrarán necesario establecerlas por decreto.

#### FACTORES QUE DETERMINAN LA DURACIÓN DE LA FASE ACTIVA

### 120

Un movimiento de masa con un objetivo concreto y limitado es probable que tenga una fase activa más breve que un movimiento con un objetivo confuso e indefinido. Un objetivo impreciso es indispensable para el desarrollo de un extremismo crónico. Decía Oliver Cromwell: “Un hombre nunca va tan lejos como cuando no sabe hacia donde va”<sup>175</sup>.

Cuando un movimiento de masas se pone en movimiento para liberar a una nación de la tiranía, propia o extranjera, o para resistir a un agresor, o para renovar una sociedad atrasada, existe un punto natural de finalización cuando la lucha con el enemigo acaba o el proceso de reorganización está casi completo. Por el contrario, cuando el objetivo es una sociedad ideal y desinteresada —ya sea la Ciudad de Dios, o el paraíso comunista en la tierra, o el estado combatiente de Hitler— la fase activa no tiene un final automático. Cuando la unidad y el sacrificio son indispensables para el funcionamiento normal de una sociedad, todos los días son de temor religioso (las tareas comunes se convierten en causas sagradas) o están militarizados. En ambos casos el modelo desarrollado por la fase activa será inmutable y perpetuo. Jacob Burckhardt y Ernest Renan eran de los pocos en la optimista segunda mitad del siglo XIX que sentían las implicaciones siniestras que estaban al acecho en el segundo milenio. Burckhardt intuyó la sociedad militarizada: “Tengo una premonición que parece una locura absoluta y sin embargo que no me abandona: el estado militar se convertirá en una gran fábrica... Lo que llegará inevitablemente es una definida y fiscalizada graduación de la miseria, con promociones y uniforme, comenzando y terminando cada día al toque de los tambores”<sup>176</sup>. La visión de Renan fue más profunda. Pensaba que el socialismo era la próxima religión de Occidente, y que siendo una religión secular conduciría a una fundamentación religiosa de la política y la economía. También temía un renacimiento del catolicismo como reacción contra la nueva religión: “Es para temblar. En este mismo momento, quizás, se está fabricando la religión del futuro; ¡y no participamos en nada!... La credulidad tiene raíces profundas. El socialismo con la complicidad del catolicismo puede traer de vuelta una nueva Edad Media, con bárbaros, iglesias, eclipses de la libertad y de la individualidad —en una palabra, de la civilización”<sup>177</sup>.

<sup>174</sup> Eva Lips, *Savage Symphony* (Nueva York: Random House, 1938), p. 18.

<sup>175</sup> Citado por J. A. Cramb, *The Origins and Destiny of Imperial Britain* (Londres: John Murray, 1915), p. 216.

<sup>176</sup> En una carta a su amigo Preen. Citado por James Hastings Nichols en su introducción a la traducción inglesa *Force and Freedom* de Jacob C. Burckhardt (Nueva York: Pantheon Books, 1943), p. 40.

<sup>177</sup> Ernest Renan, *History of the People of Israel* (Boston: Little Brown and Company, 1888-1896), Vol. V, p. 360.

Existe alguna esperanza derivada del hecho de que en la mayoría de los ejemplos de construcción de una sociedad ideal a partir de la rudeza y violencia de un movimiento activo de masas prolongado, el experimento se hizo a gran escala y en poblaciones heterogéneas. Ese fue el caso del cristianismo y del Islam, y de las revoluciones Francesa, Rusa y nazi. La promesa de asentamientos comunitarios en el pequeño estado de Israel y en los programas afortunados de socialización en los pequeños estados escandinavos indican que cuando el intento de realizar una sociedad ideal se hace por una nación pequeña con una población más o menos homogénea, puede continuar y tener éxito en una atmósfera que no es delirante ni coercitiva. El horror que una nación pequeña tiene de gastar su precioso material humano, su urgente necesidad de armonía y cohesión interna como salvaguardia contra la agresión y, finalmente, el sentimiento de su gente de que son todos de la misma familia, hacen posible alimentar la disposición a cooperar sin tener que recurrir ni al temor religioso ni a la militarización. Sería estupendo para Occidente que el desarrollo de los experimentos sociales intensos quede para los pequeños estados con poblaciones homogéneas y civilizadas. El principio de un modelo piloto, experimentado en grandes industrias de producción masiva, podría emplearse así en la realización del progreso social. El hecho de que las pequeñas naciones diesen a Occidente el diseño de un futuro esperanzador sería parte de un modelo muy conocido. Porque los estados pequeños de Oriente Próximo, Grecia e Italia, nos han proporcionado una religión y los elementos esenciales de nuestra cultura y civilización.

Existe otra conexión entre la calidad de las masas y la naturaleza y duración de un movimiento activo de masas. El hecho es que los japoneses, rusos y alemanes, que permitieron la continuación interminable de un movimiento activo de masas sin mostrar oposición, estaban acostumbrados a la sumisión o a una disciplina de hierro durante generaciones antes de que surgieran sus respectivos movimientos de masas modernos. Lenin era consciente de la gran ventaja que le dio la sumisión de las masas rusas: “¿cómo se pueden comparar [exclamó] las masas de Europa Occidental con nuestra gente —tan paciente, tan acostumbradas a la privación?”<sup>178</sup>. Madame de Staël dijo hace un siglo que los alemanes eran un material ideal para un movimiento de masas interminable: “Los alemanes son tremendamente sumisos. Emplean razonamientos filosóficos para explicar los mínimos aspectos filosóficos del mundo, el respeto por la fuerza y el temor que transforma ese respeto en admiración”<sup>179</sup>.

No se puede mantener con certeza que sería imposible que Hitler o Stalin levantasen un país con una tradición clara de libertad. Pero puede afirmarse con cierta probabilidad que en un país tradicionalmente libre Hitler o Stalin no encontrarían dificultad en conseguir el poder, pero sería muy difícil que lo mantuvieran por mucho tiempo. Cualquier mejoría notable en las condiciones económicas activaría la tradición de libertad que es una tradición insumisa. En Rusia, como señalamos en la Sección 45, el individuo que se enfrentaba a Stalin no tenía nada con que identificarse y su capacidad para resistir la coacción era nula. Pero en un país tradicionalmente libre, el individuo que se enfrenta a la coacción no se siente como un átomo humano aislado sino como uno de pura casta —como sus rebeldes antepasados.

La personalidad del líder es un factor crucial para determinar la naturaleza y duración de un movimiento de masas. Líderes tan poco comunes como Lincoln y Gandhi

<sup>178</sup> Angelica Balabanoff, *My Life as a Rebel* (Nueva York: Harper and Brothers, 1938), p. 281.

<sup>179</sup> Citado por W. R. Inge, “Patriotism”, *Nineteen Modern Essays*, ed. W. A. Archbold (Nueva York: Longmans, Green and Company, 1926), p. 213.

no solo intentaban reprimir la maldad inherente a un movimiento de masas, sino que querían poner un final al movimiento cuando su objetivo estaba más o menos realizado. Son de los pocos a quienes “el poder proporciona grandeza y generosidad de alma”<sup>180</sup>. La mente medieval de Stalin y su crueldad fueron factores clave en el prolongado dinamismo del movimiento comunista. Resulta inútil especular qué hubiese sido de la Revolución Rusa si Lenin hubiese vivido una o dos décadas más. Se tiene la impresión de que no tenía esa barbarie del alma tan evidente en Hitler y Stalin que, como decía Heráclito, convierte a nuestros ojos y oídos en “testigos perversos de los actos de los hombres”. Stalin formó a sus posibles sucesores a su imagen y semejanza, y los rusos pueden esperar más de lo mismo durante las siguientes décadas. La muerte de Cromwell produjo el final de la Revolución Puritana, mientras que la muerte de Robespierre marcó el final de la fase activa de la Revolución Francesa. Si Hitler hubiese muerto a mediados de los años treinta, probablemente el nazismo, bajo el liderazgo de un Goering, hubiese tenido un cambio fundamental en su desarrollo y podría haberse evitado la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el sepulcro de Hitler, el fundador de la religión nazi, podría haber sido un mal mayor que todas las atrocidades, derramamiento de sangre y destrucción de la guerra de Hitler.

### 123

La manera en que comienza un movimiento de masas también tiene consecuencias sobre la duración y modo de terminar de la fase activa del movimiento. Cuando contemplamos el final de la Reforma, las revoluciones Puritana, Americana y Francesa, después de una fase activa relativamente corta, un final con un orden social marcado por el incremento de la libertad individual, presenciamos la realización de los estados de ánimo y ejemplos que caracterizaron los primeros días de estos movimientos. Todos ellos comenzaron desafiando y derrocando una autoridad de larga tradición. Cuanto más nítido sea este acto inicial de desafío y más vívido su recuerdo en las personas, más probable es la aparición de libertad individual. No existe un acto tan claro de desafío en el surgimiento del cristianismo. No comienza derrocando un rey, una jerarquía, un estado o una iglesia. Había mártires, pero no individuos agitando los puños delante de una orgullosa autoridad y desafiándola con una visión completa del mundo<sup>181</sup>. Quizá sea por esto que el orden autoritario iniciado por el cristianismo se mantuvo casi sin cuestionamiento durante quince siglos. La emancipación de la mente cristiana en tiempos del Renacimiento en Italia obtuvo su inspiración no de la historia del cristianismo primitivo, sino de los ejemplos conmovedores de la independencia y rebeldía individual en el pasado greco-romano. Tampoco existió ese acto dramático de rebeldía en el nacimiento del Islam y en la colectividad japonesa, y en ninguno de los dos existen actualmente signos de auténtica emancipación individual. El nacionalismo alemán, a diferencia del nacionalismo de la mayor parte de países occidentales, no comienza con un acto espectacular de desafío contra una autoridad establecida. Estuvo desde sus comienzos bajo la protección del ejército prusiano<sup>182</sup>. La semilla de la libertad individual en Alemania está en su Protestantismo y no en su nacionalismo. La Reforma, las revoluciones americana, francesa y rusa, y la mayoría de los movimientos nacionalistas comenzaron con una grandiosa obertura de rebeldía individual, y su recuerdo se mantiene joven.

Mediante esta prueba, la aparición de libertad individual en Rusia todavía tiene esperanzas.

---

<sup>180</sup> John Maynard, *Russia in Flux* (Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1941), p. 29.

<sup>181</sup> “La resistencia cristiana a la autoridad era más que heroica, pero no era heroica”. Sir J. R. Seeley, *Lectures and Essays* (Londres: Macmillan, 1895), p. 81.

<sup>182</sup> Dijo Hardenberg al Rey de Prusia después de la derrota de Jena: “Majestad, debemos hacer desde arriba lo que los franceses han hecho desde abajo”.

A los ojos de un verdadero creyente, las personas que no tienen una causa sagrada carecen de columna vertebral y de carácter —un tonto para los hombres de fe. Por el contrario, los verdaderos creyentes de diversos colores, aunque se miran con un odio mortal y están dispuestos entre sí a lanzarse al cuello, reconocen y respetan la fortaleza de los otros. Hitler consideraba a los bolcheviques como sus iguales y ordenó que los antiguos comunistas fuesen admitidos inmediatamente en el partido nazi. Stalin vio en los nazis y los japoneses las únicas naciones dignas de respeto. Hasta los fanáticos religiosos y los ateos militantes no dejan de respetarse entre sí. Dostoyevsky pone las siguientes palabras en boca del Obispo Tihon: “el ateo categórico es más respetable que la indiferencia mundana... el ateo completo constituye el penúltimo paso para la fe más perfecta... pero la persona indiferente no tiene fe en nada salvo en un temor dañino”<sup>183</sup>.

Todos los verdaderos creyentes de nuestro tiempo —comunistas, nazis, fascistas, japoneses o católicos— hablaron con facilidad (y los comunistas todavía lo hacen) sobre la decadencia de las democracias occidentales. El núcleo de su razonamiento es que en las democracias las personas son demasiado blandas, demasiado amantes del placer y demasiado egoístas para morir por una nación, un Dios o una causa sagrada. Esta carencia de disposición a morir, nos dicen, indica un deterioro interno —una degeneración moral y biológica. Las democracias son viejas, corruptas y decadentes. No son comparables con las viriles congregaciones de fieles que heredarán la tierra.

Existe un poco de sentido y mucho más de sinsentido en estas afirmaciones. La disposición para la acción unificada y el sacrificio es, como indicamos en la Sección 43, un fenómeno del movimiento de masas. En tiempos normales, una nación democrática es una asociación institucionalizada de individuos más o menos libres. Cuando su existencia se ve amenazada y tiene que unificar a su gente y generar en ellos un espíritu de sacrificio máximo, la nación democrática debe transformarse en algo semejante a una iglesia militante o un partido revolucionario. Este proceso de fundamentación religiosa, aunque difícil y lento, no implica cambios en profundidad. Los propios verdaderos creyentes insinúan que la “decadencia” de la que hablan con tanta facilidad no es un deterioro orgánico. Según los nazis, Alemania era decadente en los años veinte y totalmente viril en los años treinta. Seguramente una década es un período demasiado breve para que actúen cambios biológicos o culturales significativos en una población de millones de habitantes.

Sin embargo es cierto que en tiempos como en la década de Hitler la capacidad de producir un movimiento de masas rápidamente es de vital importancia para una nación. La maestría en el arte de la religiosidad es un requisito esencial en el líder de una nación democrática, aún cuando la necesidad de practicarla puede que no aparezca. Y quizá sea cierto que un hastío intelectual extremo o la mentalidad práctica del hombre de negocios descalifica a un hombre para el liderazgo nacional. También existen ciertas cualidades en la vida normal de una nación democrática que pueden facilitar el proceso de religiosidad en tiempos de crisis y que son elementos de una potencial fortaleza nacional. La medida de la fortaleza potencial de una nación es como la reserva de sus aspiraciones. El dicho de Heráclito de que “no sería bueno para la humanidad que le fueran concedidos sus deseos” es cierto para las naciones y para los individuos. Cuando una nación deja de desear cosas con pasión o dirige sus deseos hacia

---

<sup>183</sup> Fëdor Dostoyevsky, *The Possessed*, Modern Library edition (Nueva York: Random House, 1936), p. 698.

un ideal concreto y limitado, está dañada su fortaleza potencial. Solo una meta que conduce a una perfección continuada puede mantener la fuerza de una nación aunque sus deseos se realicen continuamente. La meta no necesita ser sublime. El vulgar ideal de mantener un cierto nivel de vida ha mantenido la entereza de esta nación. El ideal inglés del caballero rural y el ideal de Francia del rentista retirado son concretos y limitados. Esta concreción de su ideal nacional quizá tenga algo que ver con el impulso limitado de las dos naciones. En América, Rusia y Alemania, el ideal es indefinido e ilimitado.

## 125

Como indicamos en la Sección 1, los movimientos de masas son un factor en el despertar y la renovación de las sociedades estancadas. Aunque no se puede mantener que los movimientos de masas sean los únicos instrumentos efectivos de renacimiento, parece cierto que en los cuerpos sociales grandes y heterogéneos como Rusia, China, el mundo árabe y hasta España, el proceso de despertar y renovación depende de la presencia de un entusiasmo amplio y extenso que sólo un movimiento de masas puede generar y mantener. Cuando el proceso de renovación tiene que realizarse rápidamente, los movimientos de masas pueden ser indispensables hasta en pequeñas sociedades homogéneas. La incapacidad para producir un movimiento de masas real puede ser una desventaja grave para un cuerpo social. Posiblemente ha sido una de las grandes desgracias de China durante el pasado siglo que sus movimientos de masas (la rebelión Taiping y la revolución Sun Yat-sen) se deterioraran o fueran reprimidas demasiado pronto. China fue incapaz de producir un Stalin, un Gandhi o hasta un Atatürk, que pudiese mantener un auténtico movimiento de masas suficientemente duradero para realizar reformas importantes. Ortega y Gasset opina que la incapacidad de un país para producir un auténtico movimiento de masas indica algún defecto étnico. Dice de la propia España que su “inteligencia étnica ha sido siempre una función atrofiada y que nunca tuvo un desarrollo normal”<sup>184</sup>.

Probablemente sea mejor para un país que cuando su gobierno muestra signos de incompetencia crónica, sea derrocado por un levantamiento de masas —aunque ese derrocamiento implique un gasto considerable de vida y riqueza— que permitirle caer y desmoronarse por sí mismo. Un levantamiento popular genuino es un proceso estimulante, renovador e integrador. Cuando se permite a los gobiernos que agonizan lentamente, el resultado es el estancamiento y la decadencia —quizá una decadencia irremediable. Y puesto que los hombres de palabras juegan un papel crucial en la aparición de los movimientos de masas<sup>185</sup>, es evidente que la presencia de una minoría educada y elocuente es indispensable para la energía continuada de un cuerpo social. Naturalmente es necesario que los hombres de palabras no estén estrechamente aliados con el gobierno establecido. El largo estancamiento social de Oriente tiene muchas causas, pero no hay ninguna duda de que una de las más importantes es el hecho de que durante siglos la gente instruida no solo era escasa sino que casi siempre eran parte del gobierno —funcionarios o sacerdotes.

El efecto revolucionario de la educación realizada por las potencias colonizadoras occidentales ya se ha mencionado<sup>186</sup>. Es lícito preguntarse si la capacidad de la India para producir a Gandhi o a Nehru se debe menos a los elementos inusuales de la cultura india que a la prolongada presencia del Raj Británico. La influencia extranjera parece ser un elemento predominante en el proceso de renacimiento social. Las influencias judías y cristianas fueron factores activos en el despertar de Arabia en tiempos de

---

<sup>184</sup> José Ortega y Gasset, *The Modern Theme* (Nueva York): W. W. Norton and Company, 1931), p. 128.

<sup>185</sup> Ver Sección 104 y siguiente.

<sup>186</sup> Ver Sección 104.

Mahoma. Cuando Europa despertó del estancamiento de la Edad Media también encontramos influencias extranjeras —greco-romanas y arábigas. Las influencias occidentales también activaron a Rusia, Japón y varios países asiáticos. Lo importante es que la influencia extranjera no actúa de forma directa. No es la introducción de maneras, modas, lenguajes, formas de pensar y de hacer las cosas lo que saca a un cuerpo social de su retraso. La influencia extranjera actúa creando una minoría educada que no existía antes o enemistando a una minoría ilustrada existente con el orden predominante; y es esta minoría ilustrada la que realiza el trabajo de renacimiento poniendo en marcha un movimiento de masas. En otras palabras, la influencia extranjera es simplemente el primer eslabón de una cadena de procesos, el último de los cuales es un movimiento de masas; y es el movimiento de masas el que sacude al cuerpo social de su retraso. En el caso de Arabia, las influencias extranjeras enfrentaron al hombre de palabras, Mahoma, con el orden establecido de la Meca. Mahoma comenzó un movimiento de masas (Islam) que agitó y unificó Arabia durante un tiempo. En la época del Renacimiento, las influencias extranjeras (greco-romanas y arábigas) facilitaron la aparición de hombres de palabras que no tenían ninguna conexión con la iglesia, y también enfrentaron a muchos hombres tradicionales de palabras con el orden predominante católico. El movimiento resultante de la Reforma despertó a Europa de su modorra. En Rusia, la influencia Europea (incluyendo el marxismo) separó la obediencia de la intelligentsia de los Romanov, y la revolución bolchevique todavía está en marcha renovando el gran imperio moscovita. En Japón, la influencia extranjera no actuó sobre los hombres de palabras sino sobre un extraño grupo de acción que incluía al Emperador Meiji. Estos hombres prácticos de acción tuvieron la visión que Pedro el Grande, también un hombre de acción, no tuvo; y tuvieron éxito donde él fracasó. Sabían que la simple introducción de costumbres extranjeras y métodos extranjeros no devolvería Japón a la vida, ni podrían solucionar en décadas el retraso de varios siglos. Reconocieron que el arte de la religiosidad es un factor indispensable para una tarea sin precedentes. Pusieron en marcha uno de los movimientos de masas más eficaz de los tiempos modernos. Los males de este movimiento están suficientemente ilustrados a lo largo de este libro. Sin embargo, resulta dudoso si alguna otra entidad de cualquier tipo podría haber causado el fenómeno de renovación que se ha realizado en Japón. También en Turquía la influencia extranjera incidió sobre un hombre de acción, Atatürk, y el último eslabón de la cadena fue un movimiento de masas.

J. B. S. Haldane pone al fanatismo entre las cuatro únicas innovaciones importantes realizadas entre el 3000 a.C. y el 1400 d.C.<sup>187</sup>. Fue un invento judeo-cristiano. Y resulta extraño que al recibir esta enfermedad del alma, el mundo también recibió un instrumento milagroso para salvar las sociedades y naciones de la muerte —un instrumento de resurrección.

---

<sup>187</sup> J. B. S. Haldane, *The Inequality of Man* (Nueva York: Famous Books, Inc., 1938), p. 49.